
los cinco
lo pasan
estupendo
Enid Blyton

Los Cinco se van de nuevo a pasar las vacaciones en unos carromatos, y el camino los lleva cerca de las ruinas del castillo Faynights Castle. Por allí también acampan unos feriantes, nada simpáticos con los niños hasta que aparece la sobrina de uno de ellos, que resulta ser su vieja amiga Jo.

Pero cuando las cosas empiezan a ir bien, los muchachos ven una cara en la ventana del abandonado castillo. ¿Quién será y qué está sucediendo en las ruinas?



Enid Blyton

Los cinco lo pasan estupendo

Los cinco - 11

ePub r1.0
Annatar 22.10.13

Título original: *Five have a wonderful time*
Enid Blyton, 1952
Traducción: Federico Ulsamer
Diseño de portada: José Correas

Editor digital: Annatar
ePub base r1.0



Enid Blyton



Capítulo 1

Jorge esta sola

—¡No hay derecho! —exclamó Jorge fieramente—. ¿Por qué no puedo ir yo si van los demás? Llevo quince días en casa, sin haber visto a los otros desde que terminaron las clases. Y ahora se han ido a pasar dos semanas maravillosas y yo he tenido que quedarme.

—No te portes mal, Jorge —le contestó su madre—. Podrás ir a reunirte con ellos en cuanto mejores de tu resfriado.

—Ya estoy mejor —insistió Jorge, cejijunta—. Mamá, tú sabes que digo la verdad.

—Basta ya, Jorgina —intervino su padre, levantando la vista del periódico—. Éste es el tercer desayuno en que sostenéis la misma cuestión. Calla de una vez.

Jorge jamás contestaba cuando le llamaban Jorgina…, a pesar de tener la respuesta en los labios. Cerró la boca y volvió la cabeza.

La madre se echó a reír.

—¡Oh, Jorge, querida! No pongas esa cara de fierecilla. Agarraste ese resfriado por tu propia culpa. Te empeñaste en bañarte en el mar y nadaste largo tiempo, cuando tan sólo estamos en la tercera semana de abril.

—Siempre me baño en abril —replicó Jorge, enojada.

—¡He dicho que te calles! —interrumpió su padre golpeando la mesa con el periódico—. Una palabra más, Jorge, y no irás con tus tres primos estas vacaciones.

—¡Guau! —intervino Tim desde debajo de la mesa. No podía sufrir que nadie gritara con enfado a Jorge.

—¿Qué significa esto? Tú tampoco has de discutir conmigo —

dijo el padre de Jorge, dando un puntapié a Tim y frunciendo el entrecejo exactamente igual que su hija.

Su mujer volvió a reírse.

—¡Vaya! Callaos los dos —exclamó—. Jorge, querida, ten paciencia. Te dejaré ir con tus primos tan pronto como pueda… mañana, si te encuentras bien y si hoy no tienes mucha tos.

—¡Mamá…! ¿Por qué no me lo dijiste antes? —contestó Jorge, desapareciendo su enfado como por encanto—. No he tosido en toda la noche. Hoy me encuentro completamente bien. ¡Si mañana puedo ir a Faynights Castle, prometo no toser ni una sola vez!

—¿Qué es eso de Faynights Castle? —preguntó su padre levantando de nuevo los ojos—. Es la primera vez que oigo hablar de ello.

—¡Pero, Quintín, querido! Te hablé de ello por lo menos tres veces últimamente —dijo su mujer—. A Julián, Dick y Ana les han prestado dos hermosos y antiguos carromatos unos amigos de la escuela. Con ellos acampan cerca del pueblo de Faynights Castle.

—¡Ah! ¿De manera que no están hospedados en un castillo? Menos mal —repuso el padre de Jorge—. No podría sufrirlo. No toleraría que Jorge regresase a casa altanera y engreída.

—No es posible que Jorge se vuelva jamás altanera y engreída —observó su mujer—. ¡Con lo que me cuesta conseguir que se limpie las uñas y que lleve los shorts decentes! Sé comprensivo, Quintín. Sabes perfectamente que a Jorge y a sus primos les gusta pasar juntos las vacaciones.

—Y correr juntos aventuras —añadió riendo Jorge, que ahora estaba de muy buen humor pensando en la alegría de reunirse con sus primos al día siguiente.

—No, esta vez no viviréis ninguna de vuestras antipáticas aventuras —replicó su madre—. Sea como sea, no veo cómo podríais correr ninguna, acampando en un lugar tan pacífico como es el pueblo de Faynights Castle y viviendo en un par de viejos carromatos.

—Creo a Jorge capaz de todo —dijo su marido—. Dale un simple sorbo de aventura y correrá tras ella. Jamás he conocido a nadie como Jorge. Gracias a Dios que sólo tenemos una hija. Creo que no sería capaz de convivir con dos o tres Jorges a la vez.

—Hay mucha gente parecida a Jorge —observó su mujer—. Julián y Dick, por ejemplo. Siempre se encuentran enredados en una u otra… con Ana tras ellos, tratando de conseguir una vida tranquila.

—Bien, basta de discusiones —exclamó el padre de Jorge empujando la silla al levantarse.

Descuidadamente dio un pisotón a Tim, el cual soltó un aullido.

—Este perro no tiene pizca de juicio —observó el hombre, impaciente—. Se pasa las horas de las comidas debajo de la mesa y se figura que yo he de recordar que está aquí. Bien, voy a trabajar un rato.

Salió de la habitación dando un portazo. Se oyó golpear la puerta del estudio. Luego se cerró una ventana de golpe. Los leños de la chimenea fueron revueltos vigorosamente. Crujió un sillón y se oyó el ruido de alguien que se sentaba pesadamente. Al fin, reinó el silencio.

—Ahora tu padre estará ausente del mundo hasta la hora de comer —comentó la madre de Jorge—. Querida, créeme, al menos le he contado tres veces lo de Faynights Castle, en donde acampan tus primos. ¡Es un bendito…! Bien, Jorge, creo que realmente mañana podrás irte con tus primos… Hoy tienes un aspecto mucho mejor. Puedes preparar tus cosas y ya las empaquetaré esta tarde.

—Gracias, mamá —gritó Jorge dándole un apretado abrazo—. De todos modos, papá se alegrará de tenerme fuera de casa durante una temporada. Le soy demasiado molesta.

—Sois una buena pareja —exclamó su madre, recordando los numerosos portazos y otras cosas—. Los dos me causáis a veces grandes problemas, pero no sabría arreglármelas sin vosotros. Tim, ¿aún sigues bajo la mesa? ¿Por qué encoges tanto el rabo? ¿Acaso te he hecho daño?

—No está resentido contigo, mamá —opinó Jorge generosamente—. Voy a preparar mis cosas ahora mismo. ¿Cómo iré a Faynights Castle? ¿En tren?

—Sí. Te llevaré a la estación de Kirrin y allí podrás tomar el tren de las diez cuarenta. Habrás de transbordar en Liming-Ho, donde enlazarás con el tren que se dirige a Faynights. Si envías una postal a Julián, la recibirá mañana y podrá ir a esperarte.

—Ahora mismo la escribo —contestó Jorge, feliz—. ¡Ay, mamá! Ya me temía que este antipático resfriado durase hasta el final de las vacaciones. Nunca más me bañaré en días tan fríos de abril.

—Ya lo dijiste el año pasado… y el anterior también —observó su madre—. ¡Qué mala memoria tienes, Jorge!

—Ven, Tim —llamó Jorge. Y los dos salieron como un torbellino por la puerta. Ésta se cerró de golpe, sacudiendo toda la casa.

En seguida se abrió la puerta del estudio y una voz gritó con fuerza:

—¿Quién da portazos mientras yo trabajo? ¿Es que en esta casa nadie es capaz de cerrar una puerta con suavidad?

Jorge hizo una mueca y voló escaleras arriba. Su padre era quien daba los portazos más fuertes, pero sólo oía los que daban los demás. Jorge revolvió su escritorio en busca de una postal. Tenía que enviarla inmediatamente para que Julián la recibiera a tiempo… ¡Sería tan bonito encontrar a los tres primos en la estación!

—Nos vamos mañana —contó a su amigo Tim. Éste la miraba atentamente, agitando el rabo—. Sí, tú vendrás conmigo, desde luego… para que los cinco estemos de nuevo juntos. ¡Los famosos cinco! ¿Te alegras, Tim, verdad? Yo también.

Escribió rápidamente la postal y corrió escaleras abajo para echarla al buzón. ¡Pam! Golpeó la puerta de la casa y su padre pegó un brinco de indignación. Era un hombre muy listo, un científico que trabajaba incansablemente. Impaciente, colérico, pero también benévolo y muy olvidadizo. ¡Cómo deseaba que su hija no se le pareciese, que fuera como su sobrinita Ana, quieta, gentil y amable!

Jorge llegó a tiempo para la recogida de cartas. Su misiva era escueta:

> *Curado el resfriado. Llego mañana. Espero encontraros*
> *a todos en la estación a las doce y cinco.*
> *Tim y yo agitamos el rabo, figuraos.*
> *Jorge.*

A su regreso a casa, Jorge abrió el armario y la cómoda. Sacó

todo lo que quería llevarse. Su madre acudió para ayudarla. Siempre discutían al empaquetar, porque Jorge quería guardar tan poco como fuera posible, y ninguna prenda de abrigo, desde luego. Su madre, en cambio, opinaba todo lo contrario.

Sin embargo, entre las dos lograron llenar la maleta de cosas útiles. Como siempre, Jorge se negó a meter en ella ningún vestido.

—Quisiera saber cuándo te sentirás mayor y dejarás de querer ser un chiquillo y de actuar como tal —suspiró su madre, exasperada—. Conforme, conforme… Empaqueta estos horrorosos shorts viejos que tanto te gustan. Y el jersey rojo. Pero también has de llevar estas camisetas de abrigo. Las metí antes en la maleta, pero tú las has vuelto a sacar. También has de llevar una buena manta, según Julián. Los carromatos no resultan muy calientes con este tiempo.

—Tengo curiosidad de saber cómo son —dijo Jorge metiendo las camisetas—. Julián dijo que eran antiguos y graciosos. A lo mejor, son como los de los gitanos… o como los remolques aerodinámicos modernos.

—Mañana los verás —observó su madre—. ¡Jorge, ya vuelves a toser!

—Es sólo el polvo, nada más —replicó Jorge, poniéndose colorada al luchar contra el escozor que sentía en el cuello.

Rápidamente bebió un vaso de agua. ¡Sería horroroso que su madre se volviera atrás y no la dejara partir!

Pero su madre estaba convencida de su curación. Había permanecido en cama toda una semana, originando un gran trastorno, pues era una paciente muy difícil. Ahora, después de llevar varios días levantada, volvía a ser ella misma.

«Le hará bien pasar unos días en Faynights, donde el aire es puro —pensó su madre—. Necesita compañía de nuevo. Además… no resiste estar sola sabiendo que los demás disfrutan de las vacaciones sin ella».

Jorge se sintió feliz aquella tarde. Sólo una noche más, y luego gozaría de quince días de camping. Con tal que el tiempo fuera bueno, pasarían unos días maravillosos.

De pronto sonó el teléfono. «¡R-r-r-r-ring! ¡R-r-r-r-ring!»

La madre de Jorge cogió el auricular.

—¡Hola! —gritó—. ¿Eres tú, Julián? ¿Todo en orden?

Jorge irrumpió corriendo en el vestíbulo.

«¡Que no ocurra nada malo! —pensaba—. ¡No es posible que ocurra nada! ¡No es posible que Julián llame para decirme que no vaya!»

Escuchó conteniendo la respiración.

—¿Qué dices, Julián? No entiendo de qué me hablas, querido. Sí, desde luego, tu tío se encuentra bien. ¿Por qué no había de estarlo? No, no ha desaparecido. Julián, ¿a qué te refieres?

Jorge escuchaba, impaciente. ¿De qué se trataba? Parecía que de nada extraordinario, a fin de cuentas. Cuando, por último, su madre colgó el auricular, explicó a Jorge:

—No temas nada, Jorge. Todo marcha bien, puedes irte mañana. Julián tan sólo llamó para convencerse de que tu padre no es ninguno de los científicos que han desaparecido repentinamente. Por lo visto, los diarios de esta tarde traen la noticia de dos que se han esfumado… y el pobre Julián quiso cerciorarse de que tu padre se encuentra a salvo.

—¡Cómo si papá pudiera esfumarse! —espetó Jorge, indignada —. Julián debe de estar loco. Sin duda se trata de otros dos de esos malvados científicos desleales a su país, que desaparecen para vender nuestros secretos al extranjero. Eso es lo que podías haber contestado a Julián.

Capítulo 2

Todos juntos de nuevo

A la mañana siguiente, en una ladera cuajada de rocío, situada a buena distancia de Kirrin, el lugar donde vivía Jorge, dos muchachos descendieron de un carromato y se dirigieron a otro que había contiguo. Golpearon la puerta.

—Ana, ¿estás despierta? Hace un día delicioso.

—Claro que estoy despierta —contestó una voz infantil—. La puerta está abierta. Entrad. Estoy preparando el desayuno.

Julián y Dick empujaron la puerta pintada de azul. Ana se hallaba frente a una cocinita en un rincón de su carreta, hirviendo huevos en un cazo.

—No puedo volver la cabeza —advirtió—. Tengo que estar atenta al reloj. Falta un minuto.

—El cartero acaba de traer una postal de Jorge —comunicó Julián—. Dice que tanto ella como Tim «agitan el rabo» de contentos. Me alegro de que venga al fin… lo mismo que Tim.

—Iremos todos a su encuentro —prepuso Ana con los ojos fijos aún en el reloj—. Sólo faltan veinte segundos.

—Total, sólo llevamos tres días aquí —puntualizó Dick—. De manera que no ha perdido gran cosa. Esos huevos van a quedar duros, Ana.

Ana levantó la vista.

—No, no quedarán duros. Estarán en su punto exactamente —los fue sacando del cazo con un cucharón—. Colócalos en las hueveras, Dick. Están allí, justamente debajo de tus narices.

Sin más ni más, Dick cogió un huevo del plato en que los había

colocado Ana. Pero se quemó y hubo de soltarlo, dejando escapar un grito. El huevo se estrelló en el suelo y la yema se salió de la cáscara y se derramó.

—¡Pero Dick! ¿No viste como los sacaba yo del agua hirviendo? —se lamentó Ana—. Ahora tendré que cocer otro huevo. Lástima que no esté Tim aquí. Habría lamido el suelo con toda rapidez y yo no tendría que fregarlo.

—¿Por qué no tomamos el desayuno sentados en los peldaños de tu carromato? —propuso Julián—. El sol brilla que da gusto.

Y allí se sentaron para comer huevos pasados por agua, rebanadas de pan untadas con mantequilla, después mermelada casera y, por último, unas jugosas manzanas. El sol calentaba y Julián se quitó la chaqueta.

Los dos carromatos habían sido emplazados en un prado verde en declive. Un alto seto se alzaba a sus espaldas, protegiéndolos del viento. A los pies del seto florecían doradas prímulas y las brillantes campanillas inclinaban sus cabezas a los rayos del sol.

Algo apartados de allí había otros tres carromatos, aunque éstos eran remolques modernos. La gente que los habitaba aún no se había levantado y sus puertas estaban herméticamente cerradas. Nuestros tres muchachos no habían tenido ocasión de hacer amistad con ellos.

Sobre la colina opuesta se elevaba un viejo castillo en ruinas, cuyos altos muros desafiaban todavía al viento que a veces soplaba por encima de las colinas. Tenía cuatro torres. Tres de ellas se hallaban derruidas, pero la cuarta parecía estar completa. En lugar de ventanas tenía aspilleras, construidas en la época en que arqueros disparaban sus flechas desde ellas.

Un sendero muy empinado conducía hacia el castillo. Terminaba ante un enorme portalón de grandes sillares blancos. Dicho portalón se encontraba cerrado actualmente por una madeja de hierros retorcidos que impedía el paso. La única entrada practicable quedaba al pie de una torre más pequeña. Había allí una pequeña puerta giratoria, por la que habían de pasar los habitantes del castillo.

Un muro alto y grueso rodeaba toda la construcción, en pie aún después de tantos años. Muchas piedras de su remate se habían

desprendido y yacían medio fragmentadas sobre la hierba. Había sido en otros tiempos un magnífico castillo, levantado en la cumbre de la escarpada colina como refugio, un lugar desde el que los guardas del castillo podían otear el país en muchos kilómetros a la redonda.

Según decía Julián, cualquier persona subida en una de las torres o en la muralla sería capaz de descubrir al enemigo avanzando desde siete condados. Sobraría tiempo para atrancar el gran portalón, ocupar los muros y preparar la resistencia para un largo sitio, si fuera necesario.

Terminado el desayuno, los tres siguieron sentados en los peldaños, ganduleando al sol. Miraban hacia las ruinas del viejo castillo y contemplaban los grajos que revoloteaban alrededor de las cuatro torres.

—En esas torres hay por lo menos unos mil grajos —afirmó Dick—. Lástima no tener unos buenos prismáticos para seguir sus evoluciones. Sería como en el circo. Me encanta cuando todos juntos levantan el vuelo para girar por el aire sin chocar nunca entre sí.

—¿Es que anidan en el viejo castillo? —preguntó Ana.

—Desde luego… Llenan las torres de palitroques —explicó Dick—, y construyen sus nidos encima. Apuesto a que cuando subamos encontraremos el suelo junto a las torres cubierto de palos. Seguro que nos llegan hasta los tobillos.

—Muy bien, iremos cualquier día, cuando ya Jorge esté aquí —repuso Ana—. La entrada tan sólo cuesta seis peniques. Me gustan los castillos antiguos. Me gusta el ambiente de lugares de otras épocas.

—A mí también —aseguró Julián—. Espero que Jorge se traiga los prismáticos que le regalaron por su cumpleaños. Podríamos llevárnoslos al castillo para observar desde allí el paisaje a muchos kilómetros de distancia. Podríamos ver los siete condados.

—Bueno. Tengo que fregar —suspiró Ana levantándose—. Quiero dejar limpios los carromatos antes de que llegue Jorge.

—No esperarás que Jorge se dé cuenta de si están limpios o no, ¿verdad? —observó Dick—. Vas a perder el tiempo, Ana.

Pero a la pequeña Ana le gustaba hacer la limpieza y guardar

todas las cosas en armarios y estantes. Presumía de tener los carromatos como tacitas de plata. Se había preocupado de darles sabor de hogar y quería causar buena impresión a Jorge.

Corrió hacia el seto e hizo un gran ramo de prímulas. Al volver, lo dividió en dos. Colocó una mitad en un jarrito azul, rodeando las flores de sus hojitas verdes, y luego puso la otra mitad en un segundo jarro.

—Haréis juego con las cortinas amarillas y verdes —murmuró.

Rápidamente barrió y limpió el polvo. Dudó en enviar a Dick al arroyo a lavar los platos del desayuno, pero desistió. Dick era algo torpe con la loza y ésta no les pertenecía… Era de los propietarios de los carromatos.

A las once y media, ambos quedaron listos y relucientes.

Las sábanas y mantas de Jorge estaban en el estante sobre su cama, que, de día, se plegaba adosándose a la pared para ocupar menos espacio. La cama de Ana estaba enfrente.

—Éstas son las vacaciones que a mí me gustan —se dijo Ana en voz alta—. Un rincón donde cobijarse, rodeado de campos y montañas, buenas merendolas… y sólo un poquitín de aventuras.

—¿Qué estás murmurando, Ana? —preguntó Dick asomando la cabeza por la ventana—. Me parecía oír algo sobre aventuras. ¿Ya estás tras de alguna?

—¡Ni pensarlo! —exclamó Ana—. Es lo último que desearía. Y es lo último que puede ocurrir en este lugar tan apacible, gracias a Dios.

Dick sonrió burlonamente.

—Bien, nunca se sabe —observó—. ¿Estás lista para ir a recibir a Jorge, Ana? Ya va siendo hora de marchar.

Ana bajó corriendo los escalones y se reunió con Dick y Julián.

—Será mejor que cierres la puerta con llave —le indicó Dick—. Nosotros ya hemos cerrado la nuestra.

Ana dio vuelta a la llave y los tres se pusieron en camino por el verde prado hacia el portillo que daba paso a la carretera. El viejo castillo, en la cumbre de la colina opuesta, parecía subir y subir sobre el horizonte mientras ellos se alejaban en dirección al pueblo.

—Será estupendo volver a ver a Tim —dijo Ana—. Y me alegro de poder tener a Jorge conmigo en la carreta. No me importa estar

sola de noche…, pero siempre es más agradable tener a Jorge cerca y a Tim gruñendo en sueños.

—Pues debieras dormir con Dick si te gustan los gruñidos, los ronquidos y los gemidos —se burló Julián—. ¿Qué es lo que sueñas, Dick? Debes de tener más pesadillas que cualquier otra persona en todo el país.

—Jamás gruño, ni ronco, ni gimo —contestó indignado Dick—. Deberías oírte a ti mismo. Porque…

—Mirad… ¿no es ése el tren que llega? ¿No es aquel que toma la curva allá lejos? —interrumpió Ana—. Tiene que serlo. Aquí sólo pasa un tren por las mañanas. ¡Corramos! No llegaremos a tiempo.

Los tres emprendieron una carrera salvaje y arribaron al andén en el mismo instante en que el tren entraba en la estación. Una cabeza de cabellera rizada asomaba por una ventanilla… y luego apareció otra de color castaño oscuro debajo de la primera.

—¡Jorge… y Tim! —gritó Ana.

—¡Hola! —exclamó Jorge, que por poco se cae por la portezuela.

—¡Guau! —ladró Tim, y saltó al andén derribando casi a Dick.

De un salto bajó también Jorge, con los ojos brillantes. Abrazó a Ana y dio unas palmadas a Julián y Dick.

—Ya estoy aquí —dijo—. Me sentía triste al saberos de camping sin mí. Hice pasar muy malos ratos a mi pobre madre.

—Me lo figuro —asintió Julián cogiéndola del brazo—. Déjame llevar la maleta. Iremos primero al pueblo para celebrar nuestro encuentro con unos mantecados. Hay una tienda que los hace bastante aceptables.

—¡Estupendo! Me siento dispuesta a tomar un helado —agradeció Jorge, feliz—. Mira, Tim ha comprendido lo que dices. Saca la lengua pidiendo un helado. Tim, ¿no te alegras de que volvamos a estar todos juntos?

—¡Guau! —aprobó Tim, y lamió la mano de Ana por vigésima vez.

—Habré de pensar en traerme una toalla cada vez que me encuentre con Tim —observó Ana—. ¡Tiene la lengua tan húmeda! ¡Oh, no! ¡Basta ya, Tim! ¡Anda, vete a lamer un poco a Julián!

—¿Qué os decía yo? Mirad, Jorge ha traído sus prismáticos —

dijo Dick, al darse cuenta de que la correa que su prima llevaba en bandolera no correspondía a una máquina fotográfica, sino al estuche de cuero de los anteojos—. ¡Qué bien! Ahora podremos observar los grajos del castillo. Y también algunas urracas que he visto por el pantano.

—¡Magnífico! Me figuré que debía traerlos —replicó Jorge—. Serán las primeras vacaciones en que tendremos ocasión de usarlos. Mamá no me dejó llevarlos al colegio. Pero… ¿falta mucho para llegar a la tienda de helados?

—Es aquí mismo, en esta lechería —dijo Julián conduciéndola al interior—. Y te recomiendo que empieces con vainilla, sigas con grosella y termines con chocolate.

—¡Vaya plan fenómeno! —aprobó Jorge—. Espero que tengáis dinero a montones para tanto festín de helados. Mamá no me dio demasiado para los pequeños gastos.

Se sentaron a una mesa y pidieron helados. La lechera, regordeta y pequeña, les sonrió. Ya los iba conociendo.

—No os quejaréis del tiempo que hace, ¿eh? —comentó—. ¿Hay muchas carretas en el camping de Faynights?

—No, no muchas —contestó Julián atacando su helado.

—Bueno, no tardaréis en tener más compañía —les reveló la regordeta lechera—. Oí decir que están a punto de llegar saltimbanquis… Suelen acampar en aquel lugar. Si es verdad, os divertiréis de lo lindo.

—Anda, ¡qué bien! —exclamó Dick—. Será estupendo hacernos amigos de ellos. Nos gustan los saltimbanquis, ¿verdad, Tim?

Capítulo 3

Una mañana muy agradable

—¿Va a celebrarse una feria por aquí? —preguntó Jorge, olvidando su helado de grosella—. ¿Qué clase de feria? ¿Acaso un circo?

—No. Tan sólo unas variedades —aclaró la lechera—. Habrá un tragallamas, que por sí solo hará que casi todo el pueblo asista al espectáculo. ¡Un tragallamas! ¿Oísteis jamás algo semejante? No comprendo cómo nadie puede hacer de algo así su profesión.

—¿Habrá algo más? —preguntó Ana, a quien no le pareció muy interesante ver a alguien tragando fuego.

—Pues sí. Un hombre que se desata en menos de dos minutos, sin importarle el tamaño de las cuerdas ni la presión de las ligaduras —continuó la mujer—. ¡Debe de ser algo extraordinario! Luego hay un hombre llamado «Mister Goma», de la India, porque se encoge y estira como la goma, se mete por cualquier tubo y se introduce por una ventana con sólo que tenga un resquicio abierto.

—¡Vaya gracia! Muy a propósito para un ladrón —interrumpió Jorge—. Me gustaría ser como el hombre de goma. ¿Rebota cuando se cae?

—Hay otro hombre con serpientes —continuó la mujer gordinflona estremeciéndose—. Yo no pararía de correr en un kilómetro si viera que se me acercaba una serpiente.

—¿Son venenosas sus serpientes? ¡Me extrañaría! —intervino Dick—. No me gustaría ver nuestros carromatos rodeados de serpientes venenosas.

—No digas eso —exclamó Ana—, que me marcho a casa.

Entró otro cliente y la lechera tuvo que abandonar a los niños para servirle. Los cuatro se sentían muy excitados. ¡No era poca suerte tener a gente tan emocionante en su mismo camping!

—¡Un tragallamas! —comentó Dick—. Siempre deseé ver a uno de cerca. Apuesto a que en realidad no se traga el fuego. Se quemaría la boca y el cuello.

—¿Habéis terminado todos? —preguntó Julián sacando unas monedas del bolsillo—. Es hora de llevar a Jorge al campamento y enseñarle nuestros alegres carromatos. No son como aquellos modernos en los que fuimos de excursión una vez, Jorge… Éstos son anticuados como los carromatos de los gitanos. ¡Te gustarán! Son alegres y muy pintorescos.

—¿Quién os los dejó? —preguntó Jorge cuando salieron de la tienda—. Algún compañero de colegio, ¿verdad?

—Sí. Él y su familia van con ellos de excursión en las vacaciones de Pascua y de verano —explicó Julián—. Pero estas Pascuas las pasan en Francia y, antes de dejarlos desocupados, prefirieron prestarlos a alguien. Y resultamos nosotros los favorecidos.

Fueron caminando carretera arriba hasta llegar al portillo. Jorge se quedó contemplando el castillo, con su torre que brillaba al sol coronando la cercana colina.

—Faynights Castle —declamó—, con centenares de años a cuestas. Cómo me gustaría saber las cosas que ocurrieron tras sus murallas a lo largo de los siglos. Me encantan las antigüedades. Propongo que subamos a explorarlo.

—Lo haremos. La entrada sólo vale seis peniques —aclaró Dick —. Creo que vale la pena gastarlos en verlo. Seguramente tendrá alguna mazmorra oscura, húmeda, triste y terrible.

Subieron la pendiente cuajada de hierbas hacia el campo en donde estaban sus carromatos. Jorge exclamó, entusiasmada:

—¿Son éstos nuestros famosos carromatos? ¡Si son maravillosos! Son exactamente iguales a los que usan los gitanos, sólo que éstos parecen más limpios y alegres.

—El carromato rojo, con adornos negros y amarillos, es el nuestro —dijo Dick—. El azul, con iguales adornos, es el tuyo y el de Ana.

—¡Guau! —protestó Tim.

—¡Perdón! También tuyo —añadió Dick. Y todos se echaron a reír.

Tenía gracia cómo Tim intervenía en la conversación con su ladrido, como si efectivamente entendiera todas cuantas palabras se decían. Jorge, desde luego, estaba convencida de ello.

Los carromatos se alzaban sobre ruedas altas. Tenían una ventana en cada lado. La puerta estaba en la parte trasera, lo mismo que los peldaños para alcanzarla, como es natural. Alegres cortinas colgaban de las ventanas y un borde esculpido asomaba en las esquinas por debajo del saliente del techo.

—Verdaderamente son antiguos carromatos de gitanos, remozados y modernizados —explicó Julián—. Por dentro son muy confortables… unas literas que de día se pliegan contra las paredes… un pequeño fregadero, aunque solemos llevar la vajilla en el río para no tener que acarrear tanta agua… una pequeña despensa, alacenas y estantes… pavimento de corcho en el suelo y alfombras de colorines que impiden las corrientes de aire…

—Parece como si trataras de vendérmelos —dijo Jorge riéndose —. No hace falta que los alabes. Me gustan los dos y los encuentro mil veces más bonitos que aquellos remolques modernos de allá abajo. Éstos parecen, en cierto modo, auténticos.

—Bueno, los otros también lo son —prosiguió Julián—, y tienen mucho más espacio… Pero nosotros no necesitamos espacio, puesto que la mayor parte del tiempo la pasamos fuera.

—¿Tenemos fuego de campamento? —preguntó Jorge, ansiosa —. ¡Ah, sí! Ya lo veo. Allí están las cenizas donde ardió la hoguera. Julián, por favor, encendamos una hoguera esta noche, para sentarnos a su alrededor en la oscuridad.

—Con mosquitos que nos piquen y murciélagos volando alrededor —observó Dick—. Pero la encenderemos. Entra, Jorge.

—Primero ha de entrar en mi carromato —invitó Ana empujando a Jorge peldaños arriba.

Jorge se mostró verdaderamente entusiasmada. Se sentía feliz pensando en que iba a pasar dos semanas llenas de paz en compañía de sus tres primos y de Tim. Abatió y volvió a plegar su litera para estudiar su funcionamiento. Abrió las puertas de la despensa y de la alacena. Luego, fue a ver el carromato de los muchachos.

—¡Qué limpio! —exclamó sorprendida—. Esperaba que el de Ana estuviera limpio… pero el vuestro resplandece también de limpieza. ¡Ay, amigos…! Espero que no hayáis emprendido un nuevo camino, transformándoos en modelos de pulcritud. ¡Yo no lo he hecho!

—No te preocupes —advirtió Dick con amplia sonrisa—. Ana hizo una de las suyas… Ya la conoces, tiene la manía de tener todo arreglado. No necesitamos preocuparnos cuando ella se pone a trabajar. ¡Nuestra buena madrecita Ana!

—De todos modos, Jorge tendrá que ayudarme —intervino Ana firmemente—. No espero que los chicos limpien, cocinen o hagan cosas de éstas… pero Jorge sí ha de hacerlo, puesto que es una mujer.

—¡Lo que daría por haber nacido chico! —suspiró Jorge—. Conforme, Ana, aportaré mi granito de arena… alguna vez. Qué te parece, ¿habrá sitio para Tim en mi litera cuando duerma?

—Lo que es en la mía no se acostará —contestó Ana—. Puede dormir en el suelo, sobre una alfombra, ¿verdad, Tim?

—¡Guau! —contestó Tim sin agitar el rabo. No parecía estar muy conforme.

—Ya lo veis… dice que ni pensar en tal cosa —tradujo Jorge—. Está acostumbrado a dormir sobre mis pies.

Volvieron a salir al exterior. El día era extremadamente agradable. Las prímulas abrían cada vez más sus florecillas amarillas y un mirlo silbó repentinamente su canción melodiosa desde las ramas de un espino en el cercano seto.

—¿Alguno de vosotros ha comprado un periódico en el pueblo? —preguntó Dick—. ¡Ah! Tú pensaste en ello, Julián. ¡Estupendo! Déjame ver el pronóstico del tiempo. Si es bueno, daremos un buen paseo esta tarde. El mar no queda muy lejos de aquí.

Julián sacó el periódico doblado de su bolsillo y se lo entregó a Dick. Éste se sentó en los peldaños de su carreta y lo abrió.

Buscaba el boletín meteorológico cuando unos titulares captaron su atención. Se le escapó un grito.

—¡Anda! Aquí vienen más detalles sobre los dos científicos desaparecidos, Julián.

—¡Oh! —exclamó Jorge, recordando la llamada telefónica de

Julián la noche anterior—. Julián, ¿cómo demonios pudiste creer que mi padre fuera uno de los científicos desaparecidos? ¡Cómo si él fuera capaz de traicionar a su patria y vender secretos a otro país!

—Bueno… yo no pensaba tal cosa —protestó Julián—. Desde luego que no. ¡Qué barbaridad! Jamás creí que tío Quintín hiciera algo por el estilo. No… los diarios de ayer sólo decían que dos de nuestros más famosos científicos habían desaparecido, y yo me figuré que quizá los hubiesen raptado. Y pensando que tío Quintín es muy famoso, se me ocurrió llamar para estar seguro.

—Eso es otra cosa —aceptó Jorge—. Bien, como mamá no sabía nada del asunto, se quedó boquiabierta cuando le preguntaste si papá había desaparecido. Sobre todo porque en aquel momento estaba en el estudio armando un ruido tremendo al buscar algo que había perdido.

—Algo que llevaría encima, como de costumbre, supongo —intervino Dick riendo—. Pero escuchad esto… No parece que los dos hombres hayan sido raptados… Más bien da la impresión de que huyeron llevándose documentos importantes. ¡Canallas! Abunda demasiado esta clase de gente hoy en día, creo.

Leyó un par de párrafos:

> *Derek Terry-Kane y Jeffrey Pottersham han sido dados por desaparecidos hace dos días. Se encontraron en casa de un común amigo para discutir cierto aspecto de su trabajo y luego se despidieron ambos para tomar el metro. Desde entonces no se les ha vuelto a ver.*
>
> *Ha podido comprobarse que Terry-Kane había renovado su pasaporte y había comprado un pasaje para volar a París. No ha habido noticia alguna de su llegada a aquella capital.*

—¿Lo veis? Es lo que dije a mamá —exclamó Jorge—. Se han escapado para vender sus secretos a otro país. ¿Por qué les dejamos?

—A tío Quintín no le gustará esto —advirtió Julián—. ¿No es verdad que colaboró una vez con Terry-Kane?

—Sí, creo que sí —contestó Jorge—. Me alegro de no estar hoy en casa… Papá estará inaguantable contándole centenares de veces

a mamá lo que piensa de los científicos traidores.

—Así lo creo —dijo Julián—. ¡Y lo comprendo! Es algo que no concibo: traicionar a su propio país. Sólo pensar en ello me produce mal sabor de boca. Bueno… pensemos en la comida, Ana. ¿Qué comeremos?

—Salchichas fritas y cebollas, patatas, melocotón en almíbar y, además, voy a hacer un flan.

—Yo freiré las salchichas —se ofreció Dick—. Encenderé el fuego aquí fuera y sacaré la sartén. ¿A alguno le gustan sus salchichas partidas mientras se fríen?

A todos les gustaban.

—Yo quiero las mías bien pasaditas —pidió Jorge—. ¿Cuántas hay para cada uno? Sólo he tomado aquel helado desde el desayuno.

—Hay doce —contó Ana mientras las entregaba a Dick—. Tres para cada uno. Ninguna para Tim. Pero he comprado un gran hueso grasiento para él. Julián, ¿querrás traerme algo de agua, por favor? Allí detrás está el cubo. Voy a pelar las patatas. Jorge, ¿querrás abrir la lata de melocotones sin cortarte un dedo, como hiciste la última vez?

—Sí, mi capitán —contestó Jorge haciendo un guiño—. ¡Ah…! Es como en nuestros viejos tiempos. Buena comida, buena compañía y un buen tiempo. ¡Tres vivas por nosotros!

Capítulo 4

Llegan los saltimbanquis

El primer día de estar todos juntos resultó agradabilísimo. Disfrutaron de lo lindo, especialmente Jorge, que había padecido sola, en su casa, los quince días anteriores. También Tim se sentía muy feliz. Perseguía conejos, en su mayoría imaginarios, a través del campo y dentro del seto, hasta quedar extenuado.

Después de sus correrías, se tumbaba junto a los cuatro niños, jadeando como una locomotora cuesta arriba, su larga lengua rosada cayendo fuera del hocico.

—Me das calor con sólo mirarte —suspiró Ana apartándolo de sí —. Mira, Jorge… Tiene tanto calor que hasta echa humo. Un día de éstos, Tim, te derretirás.

Al atardecer dieron un paseo, pero no llegaron a la orilla del mar. Lo vieron desde un altozano, brillando a lo lejos con un azul intenso, pareciendo las olas desde lejos cisnes con alas extendidas. Tomaron el té en una granja, admirados por un grupo de niños de grandes ojos curiosos.

—¿Queréis llevaros un poco de jamón casero? —preguntó la simpática granjera de cara colorada cuando los niños le pagaron la merienda.

—Sí, desde luego —aceptó Dick—. Y quizá nos quiera vender también un poco de tarta de frutas. Estamos de campamento con unos carromatos en Faynights Field, justo enfrente del castillo… Por eso hemos de prepararnos merienda todos los días.

—Sí, podéis llevaros una tarta entera —replicó la granjera—. Ayer encendí el horno, por lo que tengo en abundancia. ¿Queréis

tocino? También tengo exquisitas cebollas en vinagre.

¡Qué estupendo! Hicieron su compra a buen precio y se llevaron satisfechos las provisiones a casa.

A medio camino, Dick cogió el manojo de cebollas y se dedicó a olerlas.

—Mejor que cualquier perfume —exclamó—. Huele, Jorge.

La cosa no quedó en oler, desde luego. Cada uno se apoderó de una cebolla, excepto Tim, que se apartó haciendo muecas. Las cebollas eran un manjar que le repugnaba. Dick volvió a guardar el manojo.

—Creo que será preferible que cualquier otro se haga cargo de las cebollas para que no estén al alcance de Dick —propuso, preocupada, Ana—. No quedaría apenas una cuando llegásemos al campamento.

Mientras subían la cuesta que llevaba a la entrada del campo, el sol se estaba poniendo. La estrella vespertina había aparecido en el cielo y brillaba con todo su esplendor. Cuando se dirigieron hacia sus carretas, Julián se detuvo de pronto.

—¡Hola! Mirad —señaló—. Ahí hay otros dos carromatos parecidos a los nuestros. ¿Serán ya los saltimbanquis?

—Y por allí se ve otro… Avanza por la carretera —observó Dick —. Debe de dirigirse hacia el portalón del campo, ya que no puede subir la cuesta por donde hemos venido nosotros. Por allí viene.

—Pronto tendremos vecinos emocionantes —exclamó Ana alegremente.

Se acercaron a sus propios carromatos y contemplaron curiosos el que estaba más próximo a los suyos. Era de color amarillo, con adornos azules y negros, y necesitaba urgentemente una nueva capa de pintura. Se parecía mucho a los suyos, pero su aspecto era más viejo.

—Hay una gran caja debajo del carromato más próximo —observó Julián—. ¿Qué contendrá?

La caja era larga, plana y ancha. En los costados tenía taladrados agujeros redondos, repartidos regularmente. Jorge se acercó y se agachó para ver mejor la caja, deseosa de averiguar si contenía algún animal vivo.

Tim la acompañó y olfateó lleno de curiosidad en los orificios.

De pronto, dio un salto atrás y comenzó a ladrar con fuerza. Jorge lo agarró por el collar y trató de apartarlo, pero el perro no la obedeció. Ladraba sin parar.

Del interior de la caja salía un ruido sordo, crujiente, susurrante, que provocaba ladridos aún más furiosos de Tim.

—¡Calla, Tim, calla! —gritaba Jorge forcejeando con el perro—. Julián, ven, ayúdame. Hay algo en esta caja que Tim no conoce… ¡Quién sabe lo que será…! Tim está medio intrigado y medio asustado. Sus ladridos expresan desconfianza… y no parará hasta que logremos apartarlo.

Una voz colérica se oyó en el extremo del campo junto al portillo:

—¡Eh, vosotros! Apartad ese perro. ¿Qué pretendéis con meteros en mis asuntos…? Vais a alborotar a mis serpientes.

—¡Ay, serpientes! —gritó Ana corriendo hacia su carromato—. Jorge, ahí dentro hay serpientes. Aparta a Tim.

Julián y Jorge se esforzaron por llevarse a Tim tirando del collar hasta casi asfixiarle, pero el perro no parecía darse cuenta. La voz colérica sonaba ahora a sus espaldas.

Jorge se volvió y vio a un hombrecillo oscuro, de mediana edad y con ojos negros muy brillantes. Mientras vociferaba, agitaba los puños.

—Lo siento —se disculpó Jorge, sujetando con más fuerza a Tim —. Por favor, deje de gritar, o mi perro se lanzará sobre usted.

—¡Vaya frescura! ¿Que se lanzará sobre mí? Conque un perro peligroso, ¿eh? Espanta a mis serpientes y después se lanzará sobre mí —gritó el hombrecillo, furioso, saltando sobre uno y otro pie como un boxeador—. ¡Ahhh…! Esperad a que suelte a mis serpientes… y tu perro echará a correr, a correr… y jamás volverá.

La amenaza era alarmante. Con un supremo esfuerzo, Julián, Dick y Jorge se hicieron, finalmente, con Tim, lo arrastraron hasta la carreta de Ana y cerraron la puerta tras él. Ana trató de tranquilizarlo, mientras que los demás volvían junto al enfadado hombrecillo.

Éste, entre tanto, había sacado la caja de debajo de la carreta y abierto su tapa. Los tres miraban fascinados. ¿Qué clase de serpientes habría allí dentro? ¿Serpientes cascabel? ¿Culebras?

Estaban dispuestos a correr todo lo que pudieran si los bichos resultaban tan furiosos como su dueño.

Una gran cabeza surgió de la caja y se tambaleó de un lado para otro. Dos ojos fijos y oscuros relucieron… y, luego, un cuerpo larguísimo reptó hacia fuera y se deslizó por las piernas del hombre hacia arriba, rodeando su torso y su cuello. Éste la acarició y le habló con voz dulce y cariñosa.

Jorge se estremeció. Julián y Dick se mantenían alerta.

—Es una boa pitón —advirtió Julián—. Hay que ver, ¡qué monstruo! Jamás he visto una tan de cerca. No me extrañaría que estrujase a este individuo y lo aplastase.

—Se ha enroscado alrededor de él hasta la cola —observó Dick, atento—. Anda, ahora sale otro bicho.

En efecto, otra serpiente pitón se deslizaba fuera de la caja, anillo tras anillo. También ésta se enroscó alrededor de su amo, produciendo un fuerte sonido de roce al hacerlo. Su cuerpo era más grueso que la pantorrilla de Julián.

Ana contemplaba la escena desde la ventana de su carromato, incapaz de creer a sus ojos. Nunca en su vida había visto serpientes como aquéllas. Ni siquiera sabía de qué clase eran. Deseó que su carreta estuviera a una distancia de miles de kilómetros.

Por último, el hombrecillo tranquilizó a sus serpientes. Casi lo ocultaban bajo sus grandes anillos. Por cada lado de su cuello asomaba la cabeza de uno de los animales, plana y reluciente.

Tim también se asomó a la ventana, manteniendo su cabeza al lado de la de Ana. Se asustó al ver cómo se deslizaban las serpientes y comenzó a ladrar de nuevo. Bajó de la ventana y se acurrucó debajo de la mesa. Por lo visto, no le hacía gracia la presencia de tales bichos.

El hombre acarició a las serpientes y luego, hablándoles siempre suavemente, las volvió a introducir en la caja. Las dos reptaron al interior y se enrollaron, anillo sobre anillo. El hombre bajó la tapa y la cerró.

Después se volvió hacia los tres niños que le contemplaban.

—¿Habéis visto cómo alborotasteis a mis serpientes? —dijo—. Ahora, quitaos de delante, ¿habéis oído? Y cuidado con vuestro perro. ¡Ay, niños, niños! Siempre metiendo las narices en todas

partes, curioseando. No me gustan los niños y tampoco les gustan a mis serpientes. No volváis a acercaros, ¿entendido?

El hombrecillo escupió las últimas palabras tan enfurecido que los tres chiquillos dieron un brinco.

—Oiga usted —dijo Julián—, nosotros sólo venimos para decirle que sentíamos que nuestro perro ladrara de aquella manera. Los perros siempre ladran en presencia de cosas raras que no entienden. Es algo natural.

—También odio a los perros —añadió el hombrecillo entrando en su carromato—. De manera que mantenedlo apartado de aquí, especialmente mientras saque a mis serpientes, o una de ellas será capaz de darle un abrazo demasiado amoroso y aplastarlo. ¡Ja, ja, ja!

Desapareció en su carromato, cerrando de un portazo la puerta.

—¡Qué asco! —comentó Julián—. Parece que nuestras relaciones con los saltimbanquis han empezado de mala manera… ¡Y yo que esperaba hacer amistad con ellos y lograr descubrir alguno de sus secretos!

—No me gusta nada lo que dijo al final —observó Jorge, molesta—. Un «abrazo amoroso» de una de esas dos pitones supondría el final de Tim. Desde luego lo sujetaré cuando vea que ese extraño hombrecillo saca a sus serpientes. Parece que las quiere de veras, ¿verdad?

—En efecto, eso parece —contestó Julián—. Bien, ¿qué clase de personaje vivirá en el otro carromato? Me temo que no voy a atreverme a echarle ni una mirada, por si contiene gorilas o elefantes, o hipopótamos, o…

—¡No seas idiota! —interrumpió Jorge—. Anda, ven, está oscureciendo. ¡Ah! Ya llega el carromato que vimos venir por la carretera.

Éste iba subiendo lentamente la ladera del campo, dando trompicones. En su costado llevaba pintado un nombre con grandes letras rojas.

«Míster Goma», de la India.

—¡Oh… el hombre de goma! —exclamó Jorge—. Dick, ¿será el conductor? ¿Qué te parece?

Todos se quedaron mirando fijamente al conductor. Éste era

largo, flaco y marchito, y daba la sensación de que iba a romper a llorar de un momento a otro. Su caballo producía un parecido efecto lamentable.

—Pue… puede que sea el propio «Míster Goma» —opinó Julián —. Pero, desde luego, no parece ser muy elástico que digamos. Mirad… ahora baja.

El hombre descendió de un salto ágil y gracioso que no cuadraba con su cuerpo encogido. Desenganchó el caballo y lo dejó suelto en el campo. El animal se alejó mordisqueando la hierba aquí y allá, con su figura tan seca y marchita como la de su amo.

—Bufflo —llamó el hombre de pronto—. ¿Estás dentro?

Se abrió la puerta de la segunda carreta y se asomó un hombre joven… un enorme mozo con un mechón de cabello rubio, una camisa roja y una amplia sonrisa.

—¡Hola, «Goma»! —contestó—. Hemos llegado primero. ¡Anda, entra…! Skippy ha preparado algo para comer.

«Míster Goma», de la India, subió corriendo los peldaños del carromato de Bufflo y la puerta se cerró tras él.

—Es emocionante, ¿verdad? —exclamó Dick—. Un hombre de goma de la India… ¿Y quiénes serán Bufflo y Skippy…? Y un domador de serpientes a nuestro alrededor. ¿Qué más vendrá?

Ana los llamó:

—Venid, Tim está impacientísimo.

Subieron los peldaños de su carreta y encontraron que Ana les había preparado una cena ligera: un bocadillo de jamón, un trozo de tarta de fruta y una naranja para cada uno.

—Quisiera también una cebolla en vinagre con mi bocadillo, por favor —pidió Dick—. La aplastaré sobre el jamón y estará riquísimo. ¡Se me ocurre cada ideíta!

Capítulo 5

De la noche a la mañana

Después de la cena hablaron de los molestos recién llegados. Tim se arrimó a Jorge, tratando de expresarle su sentmiento por haber causado tanto trastorno. Ésta le acarició y le riñó al mismo tiempo:

—Comprendo perfectamente que no te gusten las serpientes, Tim…, pero, cuando yo te mando callar y te ordeno marcharte, has de obedecerme, ¿comprendes?

Tim agitó el rabo y colocó la cabeza sobre las rodillas de Jorge, emitiendo un ligero lamento.

—No creo que vuelva a acercarse jamás a aquella caja, ahora que vio su contenido de serpientes —opinó Ana—. Tenías que haber visto lo asustado que estaba cuando se asomó conmigo a la ventana y vio las serpientes. Se escabulló y se escondió debajo de la mesa.

—Es una lástima que nuestro primer encuentro con saltimbanquis haya sido tan desafortunado —se lamentó Julián—. No creo que a ninguno de ellos les gusten los niños, porque ya se sabe que los chiquillos suelen ser molestos… metiéndose por todos lados.

—Me parece oír que llegan más carromatos —observó Jorge. Tim enderezó sus orejas y se puso a gruñir—. Quédate quieto, Tim. No somos los únicos con permiso para instalarnos en este campo.

Dick se acercó a la ventana y miró al exterior en penumbra. Distinguió unas sombras grandes en un rincón del campo, destacándose en la oscuridad. Una pequeña hoguera ardía frente a una de ellas, descubriendo a una figura menuda, inclinada sobre las

llamas.

—¡Qué ricos son estos emparedados, Ana! —dijo al retirarse de la ventana—. ¿Que os parece otra cebolla en vinagre para cada uno?

—No Dick —contestó Ana con firmeza—. Ya te has comido tu bocadillo.

—Bien, pero creo que puedo comerme una cebollita sin bocadillo —opinó Dick—. ¿No te parece, Ana?

Ana se negó rotundamente.

—Las he escondido-dijo. —Supongo que querrás alguna mañana, ¿verdad? No seas insaciable, Dick. Toma un bizcocho, si aún sientes hambre.

—Antes os quería pedir que encendiéramos una hoguera de campamento en el exterior —recordó Jorge—. Pero ahora me sienta tan fatigada y tengo tanto sueño que temo que me dormiría frente a la hoguera.

—Yo también tengo sueño —suspiró Ana—. Recojamos, Jorge, y metámonos en nuestros camastros. Los chicos pueden ir a su carromato a charlar o a jugar si quieren.

Dick bostezó;

—De acuerdo… Pienso leer un ratito —dijo—. Espero que tendrás suficiente agua, Ana… porque yo no pienso ir al río a través del campo a oscuras, para tropezar con serpientes y demás bichos que los saltimbanquis hayan dejado diseminados por la hierba.

—No creerás que esas serpientes andan sueltas por ahí, ¿verdad que no? —preguntó Ana, asustada.

—Claro que no —intervino Julián—. De todos modos, Tim se cuidará de despertar a todo el campo con sus ladridos con sólo que se acerque un ratón, de manera que no te preocupes por las serpientes.

Los muchachos dieron las buenas noches y se retiraron a su carromato. Las chicas vieron encenderse una luz y unas sombras que se movían tras las cortinas que cubrían la ventana.

—Dick ha encendido su lámpara —advirtió Ana. La suya ya estaba encendida y, a su luz, la carreta ofrecía un aspecto acogedor y hogareño. Ana enseñó a Jorge cómo se abatía su litera. Ésta encajó en su sitio, quedando sólidamente sujeta. Aparentaba ser

blanda e invitaba al reposo.

Ambas hicieron sus camas colocando sábanas, mantas y colchas.

—¿Dónde está mi almohada? —preguntó Jorge—. ¡Ah! Es un cojín, ¿verdad? ¡Buena idea!

Ana y ella quitaron las fundas de colores de los cojines que había sobre las sillas. Debajo encontraron las fundas blancas, dispuestas para la noche.

Se desnudaron, se lavaron con un poco de agua en la pequeña palangana, se limpiaron los dientes y se cepillaron el pelo.

—Si quito el tapón, ¿el agua se vierte a tierra? —preguntó Jorge —. ¡Allá va!

El agua salió gorgoteando y se extendió por tierra, debajo de la carreta. Tim enderezó las orejas y escuchó. Se convenció de que tendría que acostumbrarse a una serie de nuevos ruidos en este lugar.

—¿Has traído tu linterna? —preguntó Ana, cuando finalmente las dos se habían metido en sus literas—. Voy a apagar la lámpara. Si necesitas algo durante la noche, tendrás que encender tu linterna, Jorge. Mira, Tim aún está en el suelo. No se da cuenta de que nos hemos acostado. ¡Tim!, ¿esperas a que subamos escaleras arriba?

Tim agitaba el rabo, dando golpes con él en el suelo. Sí, esto era precisamente lo que esperaba. Cuando Jorge se iba a la cama siempre tenía que subir unas escaleras, tanto en el colegio como en casa… Sin embargo, no había logrado descubrir ninguna escalera en la carreta, aunque confiaba en que Jorge supiese dónde estaba.

Tim tardó algún tiempo en comprender que Jorge dormiría en la litera que había abatido junto a la pared. Luego, de un bote, saltó encima de ella y se acostó sobre sus piernas. Jorge soltó un chillido.

—¡Ay, Tim! No seas bruto. Bájate de mis piernas… ponte más abajo… detrás de las rodillas.

Tim encontraba la litera demasiado estrecha para que fuese cómoda. Sin embargo, se las arregló para ocupar el menor espacio posible, colocó su cabeza sobre una de las rodillas de Jorge, suspiró lánguidamente y se durmió.

No obstante, mantuvo las orejas abiertas por si acaso… Con una escuchaba a una rata, que, por alguna razón sólo de ella conocida, corría sobre el techo del carromato… Con otra oía el ruidito que

hacía un conejo mordisqueando la hierba debajo del vehículo… Pero lo que más le intrigaba era un moscardón que volaba hacia la ventana de la derecha, hasta que chocó contra el vidrio, justamente sobre la litera de Jorge.

¡Plang! El choque fue violento y el moscardón cayó al suelo. Tim no llegó a comprender de lo que se trataba y volvió a dormirse, pero siempre con una oreja alerta. El mirlo que cantaba en el espino le despertó temprano. Había estudiado una nueva melodía y la ensayaba a toda potencia. Un tordo cercano se sumó a su canto.

«¡Mira lo que dices, mira lo que dices!», cantaba el tordo con el timbre más alto de su registro. Tim se levantó y se estiró. Jorge se despertó repentinamente, porque Tim pesaba demasiado sobre su cuerpo.

Al principio, no comprendía dónde se hallaba. Luego recordó y sonrió. Claro… en un carromato, con Ana. ¡Qué bien cantaba aquel mirlo…! Bastante mejor que el tordo. Unas vacas mugían a lo lejos y los primeros rayos del sol penetraban por la ventana y hacían abrirse las flores de las prímulas.

Tim se volvió a tumbar. Si Jorge no se levantaba, él tampoco lo haría. Jorge cerró los ojos y volvió a dormirse. En el exterior, el campamento empezó a despertarse. Se abrieron las puertas de varios carromatos. Fueron encendidos fuegos. Alguien bajó hacia el río en busca de agua.

Los chicos llamaron a la puerta de las niñas.

—¡Despertad, dormilonas! Son las siete y media y tenemos hambre.

—¡Santo Dios! —exclamó Ana sentándose en su cama, con los ojos aún medio cerrados de sueño—. Jorge, despierta.

No tardaron mucho en estar todos sentados alrededor de una pequeña hoguera, de la que se desprendía un olor apetitoso. Dick freía tocino y huevos, y el olor estimulaba el apetito. Ana había hervido un puchero de agua en su cocinita y estaba preparando el té. Bajó los peldaños, llevando una bandeja sobre la que había colocado la tetera y un pote con agua caliente.

—Ana siempre hace lo más conveniente —observó Dick—. Toma, Julián, acerca tu plato… ¡Oh!, tu tocino ya no vale. Aparta el hocico, Tim, perro estúpido… Te lo volveré a pasar por la sartén.

Has de vigilar a Tim, Jorge, mientras yo cocino. Ya ha robado una lonja de tocino.

—Bueno, así te evitas el tener que freírla —contestó Jorge—. Fijaos, ¿verdad que hay ahora una buena colección de carromatos? Deben de haber llegado durante la noche. Es una verdadera caravana.

Echaron una mirada alrededor del campo. Al lado del carromato del hombre de las serpientes, de la de Bufflo y de «Míster Goma» había cuatro o cinco más.

Una de ellas interesó sobremanera a los niños. Era de un color amarillo brillante, con llamas rojas pintadas en los costados. También llevaba un nombre: «Alfredo, el Tragallamas».

—Me figuro que será un tío alto y gordo —opinó Dick—. Un tipo que come fuego, con un temperamento terrible, un vozarrón enorme y que camina a grandes zancadas.

—Probablemente será un hombrecito pequeño y flaco, que camina a pasitos menudos, como un pony —rechazó Julián.

—Alguien sale ahora de su carromato —advirtió Ana—. Su mujer, supongo. ¡Qué menuda es… casi una muñeca! Parece española, con la tez tan oscura[1].

—Y ése debe de ser el tragallamas, el que sale tras ella —opinó Jorge—. Seguramente es él. Y es tal como te lo imaginabas, Dick. Eres la mar de listo.

Un tipo alto y gordo bajaba los peldaños tras una menuda mujercita. Tenía un aspecto bastante fiero, producido por una melena de pelo tostado como la de un león y una cara roja, con ojos grandes y brillantes. Daba unos pasos enormes al andar y su mujer, como era tan menuda, tenía que correr para no quedarse atrás.

—Corresponde exactamente a la idea que yo tenía de un tragallamas —confirmó Dick, satisfecho—. Creo que no debemos acercarnos a él hasta averiguar si a él tampoco le gustan los niños, como al hombre de las serpientes. ¡Qué mujer tan pequeña tiene! Apuesto a que la tiene dominada y la hace trabajar como a una esclava.

—Es posible… De todos modos, ahora él está sacando agua del río para ella —replicó Ana—. Dos cubos llenos. ¡Caray! Realmente tiene el aspecto de un tragallamas, ¿no oí parece?

—Hay alguien más, mirad cómo se dirige al río… Camina como un tigre o un gato… deslizándose majestuosamente.

—Es el hombre que sabe librarse de las ligaduras, no importa lo fuerte que sean —opinó Ana—. Estoy segura de que lo es.

Era emocionante observar a los recién llegados. Parecían conocerse todos los unos a los otros. Se paraban para conversar entre sí, reían, visitaban los carromatos de los demás. Finalmente, tres mujeres se alejaron juntas llevando sendas cestas.

—Sin duda van de compras —intervino Ana—. Es lo que voy a hacer yo también. ¿Vienes conmigo, Jorge? Hay un autocar hacia el pueblo dentro de diez minutos. Podemos hacer la limpieza al regreso.

—Me parece bien —aprobó Jorge. Y se levantó también—. ¿Qué harán los chicos mientras tanto?

—Muy sencillo: ir a buscar agua, recoger leña para el fuego y arreglar sus propias literas —propuso Ana con aire inocente.

—¿Todo eso esperas de nosotros? —contestó Dick con risa de conejo—. Bien, podríamos hacerlo. Por otra parte, quizá no lo hagamos. De todos modos, vosotras marchaos, puesto que se nos acaban las provisiones, lo cual es muy serio. Ana, ¿querrás traerme pasta para los dientes? Y si encontráis de aquellos buñuelos en la lechería, traed una docena.

—Sí… y si podéis, una lata de piña —añadió Julián—. No olvidéis tampoco que necesitamos leche.

—Si vais a pedir más cosas, tendréis que acompañarnos para traerlas —advirtió Ana—. ¿Algo más?

—Pasad por correos a ver si ha llegado alguna carta —pidió Dick—. Y no olvidéis comprar un periódico. Nos conviene enterarnos de lo que pasa en el resto del mundo. No es que me interese mucho de momento…

—Conforme —aprobó Ana—. Vamos, Jorge…, no podemos perder ese autocar.

Y las dos se marcharon a toda prisa.

Capítulo 6

Gente hostil

Los dos muchachos decidieron ir por agua y recoger leña mientras las dos chicas estuvieran de compras. También «arreglaron» sus literas, por el simple procedimiento de sacar toda la ropa y, haciendo un lío con ella, meterla en el armario, levantando después las literas contra la pared.

Terminado lo anterior, no tenían nada más que hacer que esperar a las chicas. Por lo tanto, se fueron a dar una vuelta por el campamento. Procuraron no acercarse al hombre de las serpientes, el cual estaba haciendo algo extraño a una de las boas.

—Parece que la está puliendo, cosa que no puedo creer —opinó Julián—. Me gustaría acercarme a observar, pero un tipo de tan mal talante es capaz de azuzar a una de esas enormes serpientes pitón contra nosotros.

El hombre estaba sentado sobre una caja y tenía a una serpiente extendida encima de sus rodillas. Algunos de los anillos rodeaban una de sus piernas y los otros se enroscaban alrededor del pecho. La cabeza se escondía en una axila. El hombre cepillaba con fuerza el cuerpo liso de la serpiente y ésta parecía disfrutar con ello.

Bufflo se entretenía con un látigo que tenía un puño magnífico, adornado con piedras semipreciosas, que reflejaban los rayos del sol y relucían en diversos colores.

—Fíjate en el látigo —dijo Julián—. Alcanza lejísimos. Me gustaría ver cómo lo maneja.

Como si le hubiese oído, Bufflo se puso de pie y agitó el gran látigo en su mano. Luego lo lanzó y seguidamente se oyó un ruido

igual a un pistoletazo. La correa crujió al ser lanzada por el aire. Los dos muchachos dieron un brinco, porque no esperaban un ruido tan fuerte.

Bufflo volvió a hacerlo estallar. Después silbó, y una mujer pequeña y ruda se asomó en los escalones de su carreta.

—¿Lo consigues ahora? —preguntó.

—Puede —contestó Bufflo—. Dame un pitillo, Skippy, corre.

Skippy metió la mano en el carromato, buscó en un anaquel y sacó una cajetilla. No bajó los peldaños; permaneció en lo alto, sosteniendo un pitillo entre el pulgar y los demás dedos.

Bufflo agitó su látigo. ¡Crac! El pitillo desapareció como por arte de magia. Los muchachos quedaron boquiabiertos. ¿Era posible que el extremo de la correa arrebatara el cigarrillo de los dedos de Skippy? Parecía imposible.

—Allí está —dijo Bufflo señalando a cierta distancia—. Sosténlo de nuevo, Skippy. Creo que este latigazo ha quedado ahora perfecto.

Skippy recogió el pitillo y lo colocó en su boca.

—No —exclamó Bufflo—. Todavía no estoy suficientemente entrenado en este latigazo. Sosténlo como antes.

Skippy se sacó el pitillo de la boca y volvió a sostenerlo con los dedos.

¡Crac! Como un pistoletazo volvió a restallar el látigo y de nuevo desapareció el cigarrillo.

—¡Ay, Bufflo…! Lo has roto por la mitad —reprochó Skippy, señalando el lugar en donde había caído el pitillo partido—. Esta vez no te ha salido bien.

Bufflo no dijo nada. Se limitó a volver la espalda a Skippy y se puso a trabajar de nuevo con el látigo, pero los muchachos no lograron averiguar lo que hacía realmente. Se acercaron algo más para verlo.

Bufflo les volvió la espalda, pero debió de oírles venir.

—¡Vosotros, fuera de aquí! —les espetó alzando la voz—. No se permiten niños en este lugar. ¡Ahuecad… u os daré un latigazo que os arranque los cabellos!

Julián y Dick no dudaron de que sería capaz de cumplir su amenaza y se retiraron con la mayor dignidad de que fueron

capaces.

—Me figuro que el hombre de las serpientes le contarla el barullo que armó anoche Tim con las boas —dijo Dick—. ¡Uf! Espero que eso no nos enemiste con todos los feriantes.

Cruzaron el campo. Por el camino vieron a «Míster Goma». No pudieron evitar quedarse parados para contemplarlo. Efectivamente, parecía estar hecho de goma… Era de un color gris especial, el gris de una goma de borrar corriente.

Con voz furiosa les gritó:

—¡Fuera de aquí! No se permiten niños en nuestro campo.

Julián se enfadó.

—Este campo es tan nuestro como de ustedes —contestó—. Tenemos un par de carromatos aparcados allá arriba.

—Bueno, éste ha sido siempre nuestro campo —insistió «Míster Goma»—. Por lo tanto, marchaos a otro camping.

—No tenemos caballos para arrastrar nuestras carretas, aunque quisiéramos irnos, lo que no pensamos hacer —continuó Julián, angustiado—. De todos modos, ¿qué tienen contra nosotros? Quisiéramos ser amigos de ustedes. No pensamos molestarles para nada ni causarles ningún trastorno.

—No puede mezclarse dos clases de gente —se obstinó el hombre—. No os queremos aquí… ni que nadie aparque sus remolques en el mismo sitio que nosotros —y señaló hacia los tres remolques modernos que había en un rincón del campo—. Siempre ha sido nuestro campo.

—No discutamos más —propuso Dick, que durante todo aquel rato había estado mirando al hombre, lleno de curiosidad—. ¿Es usted realmente tan elástico que puede deslizarse a través de tubos y cosas por el estilo? Usted…

Pero no consiguió terminar sus preguntas, porque el hombre de goma se lanzó al suelo, hizo algunas raras contorsiones, se deslizó por entre las piernas de los muchachos… y ¡patapán! Ambos se encontraron tumbados en tierra. El hombre de goma se marchaba tranquilamente, al parecer muy satisfecho de sí mismo.

—¡Huy! —exclamó Dick, palpándose un chichón que le salía en la cabeza—. Traté de agarrarle las piernas y, en verdad, daba la sensación de ser de goma. ¡Qué pena que esta gente nos sea tan

hostil! No es nada agradable tenerlos unidos en contra de nosotros. Tampoco es justo. Nosotros hemos tratado de mostrarnos amables con ellos.

—¡Qué le vamos a hacer! Puede que se trate precisamente de un caso de gente exclusivista —objetó Julián—. Modernamente hay mucha gente que siente como ellos, cosa realmente desagradable. Todos somos iguales debajo de nuestra piel. Siempre nos hemos entendido bien con otros feriantes.

No se atrevieron a acercarse a los otros carromatos a pesar de su deseo de ver de cerca a «Alfredo el Tragallamas».

—Su aspecto es exactamente igual a como yo imaginaba a un tragallamas —comentó Dick—. No me extrañaría que fuese el jefe de todos estos feriantes… suponiendo que tengan un jefe.

—Mira… aquí viene —señaló Julián.

Y, en efecto, corriendo como un loco, apareció Alfredo por detrás de su carromato. Se dirigía directamente hacia los muchachos y Julián creyó al principio que iba a echarles del campo. No pensó en escaparse de Alfredo, pero no resultaba muy agradable quedarse quieto, viendo cómo se les echaba encima aquel enorme tipazo, de mejillas coloradas como el fuego y con su gran melena flotando al aire.

Luego comprendieron por qué corría Alfredo. Tras él apareció su morena mujercita. Le estaba gritando algo en un idioma extranjero y le perseguía blandiendo una cacerola.

Alfredo frenó junto a los dos muchachos con cara de asustado. Bajó hacia la barrera, saltó por encima y desapareció carretera abajo.

La mujer menuda y morena se quedó parada viendo cómo huía. Una vez que Alfredo volvió la cabeza, le amenazó con la cazuela.

—Grandote malo —gritaba—. Otra vez quemas desayuno. Otra vez, otra vez. Yo te pegar con cacerola, grandote malo. Ven, Alfredo, ven.

Pero Alfredo no pensaba en volver. La mujercita, enfadada, se volvió hacia los dos muchachos.

—Él quemar desayuno —repitió—. Él no vigilar, él siempre quemar.

—Parece raro en un tragallamas quemar lo que está cocinando

—observó Julián—. Sin embargo, pensándolo bien, puede que no lo sea.

—¡Bah! Tragar llamas es fácil —manifestó la apasionada mujercita de Alfredo—. Cocinar no ser tan fácil. Hacer falta cerebro y ojos y manos. Pero Fredo no tener cerebro, sus manos son torpes… Sólo saber tragar fuego… ¿Para qué servir?

—Bueno… supongo que con ello ganará dinero —contestó Dick, divertido.

—Él ser mi grandote malo —continuó la menuda mujer. Dio media vuelta para marcharse, pero giró de nuevo con una sonrisa repentina—. Pero a veces es bueno —añadió.

Regresó a su carreta. Los chicos se miraron el uno al otro.

—¡Pobre Alfredo! —comentó Dick—. Parece tan fiero como un león… y verdaderamente es un gigante… pero ha resultado tan tímido como un ratón. Es chocante cómo escapa de una mujer tan pequeña.

—¡Toma! No estoy muy seguro de que yo no hiciera lo mismo, si saltase tras de mí blandiendo esa cacerola tan amenazadora —objetó Julián—. ¡Ah! ¿Quién es éste?

El hombre de quien Ana había supuesto que era aquel que sabía desatarse de cualquier ligadura iba acercándose al portillo. Caminaba rápido y ligero, auténticamente como un gato. Julián se fijó en sus manos… Eran pequeñas, pero parecían muy fuertes. Sí… No cabía duda de que, con tales manos, desharía fácilmente cualquier nudo. Lo contemplaron llenos de curiosidad.

—¡No se permiten niños aquí! —les dijo el hombre al llegar.

—Lo sentimos, pero también hacemos camping en un carromato —replicó Dick—. Dígame… ¿es usted el individuo que se deshace de sus ligaduras?

—Puede que sí —contestó el hombre continuando su camino. De pronto se volvió—. ¿Quieres que te ate? —vociferó—. Conozco muchas ligaduras para ensayar. Procura no entrometerte o, en verdad, lo haré.

—¡Hay que ver…! ¡Vaya una colección de gente simpática y amable! —suspiró Julián—. Muy diferentes a las demás gentes de circo que hemos conocido. Empiezo a creer que no haremos amistades con la facilidad que me imaginaba.

—Creo que hemos de tener mucho cuidado —opinó Dick—. Parece que están resentidos, Dios sabe por qué. Las cosas se van poniendo muy desagradables. No rondemos más por aquí esta mañana. Mantengámonos apartados de ellos hasta que se acostumbren a nuestra presencia. Entonces, puede que se vuelvan algo más amables.

—Bien, vayamos al encuentro de las chicas —propuso Julián.

Se dirigieron hacia el portillo y caminaron hacia la parada del autobús. Éste venía traqueteando cuesta arriba en aquel mismo instante y las chicas descendieron del vehículo, seguidas de las tres mujeres de los feriantes.

Las muchachas se acercaron a los chicos.

—Hemos hecho la mar de compras —exclamó Ana—. Nuestras cestas pesan una enormidad. Gracias, Julián, por llevarme la mía. Dick puede coger la de Jorge. ¿Os habéis fijado en esas mujeres que fueron con nosotras?

—Sí —contestó Julián—. ¿Por qué?

—Veréis, tratamos de entablar conversación con ellas, pero se mostraron muy poco amables —continuó Ana—. Nos sentimos desairadas. Tim gruñó como nunca, desde luego, con lo que la cosa resultó peor todavía. Creo que no le gustó su olor. Olían a sucias.

—A nosotros no nos ha ido mejor con el resto de los feriantes —repuso Julián—. Desde luego, no puedo afirmar que Dick y yo tuviéramos el menor éxito. Lo único que quieren de nosotros es que nos vayamos.

—Te traigo un periódico —interrumpió Ana—, y Jorge encontró en Correos una carta de su madre. Va dirigida a todos nosotros, por eso no la hemos abierto. La leeremos cuando nos reunamos en nuestras carretas.

—Espero que sea ya la hora de comer —observó Jorge—. ¿Qué te parece, Tim?

Tim conocía la palabra «comer». Soltó un alegre ladrido y pegó un brinco. ¿Comer? No podía haber oído nada mejor.

Capítulo 7

Una carta, un paseo y una mala jugada

Jorge abrió la carta de su madre al terminar la comida. Todos convinieron en que había sido un almuerzo verdaderamente mágico: dos huevos duros por cabeza, lechuga fresca, tomates, berros con mostaza y patatas asadas al fuego con su piel, seguidas por el plato solicitado por Julián: rodajas de piña en conserva, muy dulces y sabrosas.

—Estupendo —suspiró Julián tumbándose al sol—. Ana, eres una magnífica ama de casa. Ahora, Jorge, oigamos lo que tía Fanny dice en su carta.

Jorge desplegó la carta y la alisó.

—Es para todos nosotros —confirmó. Y empezó a leer:

> *Queridos Jorge, Ana, Julián y Dick: Espero que Jorge haya llegado sana y salva y que todos hayáis ido a recibirla. En realidad escribo para recordar a Jorge que el sábado su abuela cumple años y que ha de escribirle felicitándola. Me olvidé de advertírselo antes de partir, por lo que me apresuro a escribir esta carta.*
>
> *Jorge, tu padre está muy irritado por lo de los dos científicos desaparecidos. Conoce mucho a Derek Terry-Kane, con el que colaboró durante un tiempo. Dice que está absolutamente convencido de que no es un traidor a su patria. Cree que ha sido secuestrado, lo mismo que Jeffrey Pottersham… Probablemente llevados en avión a miles de kilómetros de aquí e*

internados en un país que quiere obligarles a revelar sus secretos. Te marchaste justamente a tiempo, porque esta tarde tu padre no para quieto un momento, le busca tres pies al gato y da portazos a todo pasto, el pobre.

Si escribes, por lo que más quieras, no menciones a los científicos, ya que tengo la esperanza de que no tardará en recobrar la calma. En verdad está fuera de sí; continuamente pregunta que adonde va el mundo, cuando sabe sin lugar a dudas que va adonde los científicos quieren que vaya.

Que lo paséis bien todos juntos. Y no te olvides de escribir a tu abuela, Jorge.

Os quiere vuestra madre y tía,

Fanny.

—¡Uf! Me imagino a papá vagando de un lado para otro como un… como un…

—Como un tragallamas —completó Julián, irónico, al ver que Jorge no encontraba la palabra—. Algún día conseguirá que tía Fanny le persiga blandiendo una cacerola. Es un caso desagradable el de estos científicos, ¿verdad? Al fin y al cabo, Terry-Kane había planeado salir del país… Ya había reservado su pasaje en avión y todo lo demás… Por lo que, aunque tu padre tenga fe en él, el asunto no está nada claro, ¿no os parece?

—¿No dice nada el diario? —preguntó Dick abriendo sus páginas—. Sí, aquí pone algo:

Ahora ya no hay duda de que Jeffrey Pottersham se hallaba a sueldo de una potencia hostil a nosotros y que planeaba llevarse a Terry-Kane en su fuga. Nada concreto se sabe de ambos, aunque se han recibido noticias de haber sido vistos en diversos lugares del exterior.

—Ya está —interrumpió Julián—. Dos tipos realmente indeseables. Mirad aquí… sus fotografías.

Los cuatro se inclinaron sobre el periódico para ver mejor los retratos de los dos hombres.

—¡Caramba! Me parece que cualquiera que viera a Terry-Kane habría de reconocerlo —opinó Ana—. Estas cejas tan pobladas y arqueadas y esta frente enorme… Si yo viera a alguien con unas cejas así, pensaría que son postizas.

—Se las habrá afeitado —advirtió Dick—, con lo que su aspecto actual será completamente distinto. Con toda probabilidad, se las habrá pegado debajo de la nariz para que le sirvan de bigotes.

—No seas tonto —rió Jorge—. El otro individuo no se diferencia en nada de un hombre corriente, a no ser por su frente, tan ancha. Es una pena que ninguno de los cuatro tengamos la frente despejada. Supongo que se deberá a que no somos muy inteligentes.

—No hay para tanto —protestó Julián—. Muchas veces hemos tenido que usar nuestros cerebros en nuestras aventuras… y no hemos quedado tan mal.

—Recojamos las cosas y demos un paseo —propuso Ana—. Si no lo hacemos, me quedaré dormida. El sol brilla que da gusto; noto cómo me voy tostando.

—Tienes razón, demos un paseo —aceptó Julián levantándose—. ¿Qué os parece si fuéramos a ver el castillo? ¿O preferís dejarlo para otro día?

—Dejémoslo —contestó Ana—. No me siento con fuerzas para escalar aquella cuesta tan empinada. Me parece mejor hora por la mañana.

Después de recoger y de limpiarlo todo, cerraron con llave ambos carromatos y se pusieron en camino. Julián miró hacia atrás. Algunos feriantes tomaban juntos la comida. Miraban a los niños en silencio. La cosa no era nada agradable.

—No nos tienen simpatía precisamente, ¿verdad? —suspiró Dick —. Ahora escúchame, Tim… No aceptes nada de esa gente, ¿entiendes?

—¡Dick! —exclamó Jorge, alarmada—. ¿No pensarás que traten de hacer algún daño a Tim?

—No, no lo creo en realidad —contestó Dick—. Pero hemos de tener cuidado. Tal como insinuó el hombre de goma esta mañana, los de su clase y los de la nuestra piensan de diferente manera

respecto a ciertas cosas. Eso no tiene remedio. Pero me gustaría que aceptasen nuestra amistad. No me agrada esta tensión.

—Bueno, sea como sea, mantendré a Tim pegado a mis pies todo el tiempo —determinó Jorge con toda firmeza—. Tim, aquí. Escúchame bien: mientras estemos en el campamento, tú pegadito a mis pies, ¿entendido?

—¡Guau, guau! —contestó Tim. E inmediatamente se pegó a los pies de Jorge, de manera que ésta tuvo que hacer esfuerzos para no tropezar con su hocico.

Decidieron tomar el autobús hacia Tinkers' Green y, desde allí, caminar hasta el mar. Tendrían tiempo de ir y volver antes de oscurecer. El autobús esperaba en la esquina y corrieron para alcanzarlo. Había unos tres kilómetros y medio hasta Tinkers' Green, una hermosa aldea con un estanque limpio y verde en el que nadaban patos blancos.

—¿Tomamos un helado? —sugirió Dick cuando llegaron a una tienda con señales de vender mantecados.

—No —contestó Julián rotundamente—. Acabamos de despachar un gran banquete, así que reservaremos los helados para la hora de merendar. Nunca llegaremos a la orilla del mar si nos sentamos a tomar helados la mayor parte de la tarde.

Fue un paseo delicioso. Descendieron por caminos pavimentados con guijarros y, después, a través de brezales salpicados de prímulas e incluso de campánulas azules muy tempranas, que entusiasmaron a Ana.

—Allí está el mar. ¡Qué cala tan acogedora! —exclamó Ana, emocionada—. ¡Y qué azul tan intenso! Parece un campo de nomeolvides. Podríamos darnos un baño, ¿no creéis?

—No te lo aconsejo —la frenó Julián—. El agua ha de estar helada. ¡Hala!, bajemos al muelle a echar un vistazo a las barcas de pesca.

Bajaron al muelle de piedra, calentado por el sol, y entablaron conversación con los pescadores que allí estaban. Algunos de ellos se ocupaban en remendar redes y se mostraron dispuestos a charlar.

—Qué agradable resulta la amabilidad de estos hombres, en comparación con la antipatía y rudeza de los feriantes —dijo Dick a Julián, quien se sentía igualmente contento.

Un pescador les dejó subir a su barca y les explicó la mar de cosas que ya conocían y otras que ignoraban. Era estupendo estar allí sentados, escuchando su conversación franca y contemplando sus azules y profundos ojos. Tenía la piel tan tostada como una bellota.

—¿Habría posibilidad de alquilar una barca? —preguntó Julián —. ¿No habrá alguna que pudiéramos gobernar nosotros mismos? Tenemos bastante práctica en navegar a vela.

—El viejo José tiene una barca que podría alquilaros si lo deseáis —les informó el hombre con el que conversaron—. La alquiló el otro día y supongo que también os la alquilará si verdaderamente sabéis navegar.

—Gracias. Se lo preguntaremos si decidimos dar un paseo por mar —prometió Julián mientras miraba su reloj—. Es hora de ir a algún lado a merendar. Hemos de estar de regreso antes de anochecer. Acampamos cerca de Faynights Castle.

—¿Ah, sí? —contestó el pescador—. Allí deben de acampar también los feriantes, ¿verdad? Hace quince días estuvieron aquí. Hay que ver, ese tragallamas es un verdadero portento, ya lo creo. Y aquel hombre de las ligaduras… pues, os contaré: lo até con la cuerda de mi red… podéis verla, más fuerte que cualquier otra. Lo até con todos los nudos que sé hacer… y en menos de un minuto se levantó… libre y con los nudos deshechos.

—Sí, así es —continuó el viejo llamado José, que se había unido a ellos—. Es una maravilla ese hombre. Lo mismo que el hombre de goma. Pidió un tubo estrecho como éste, ¿lo veis?, y se deslizó a través de él, resbaladizo como una anguila. Causaba espanto ver cómo salía por el otro extremo.

—Iremos a verles trabajar cuando empiecen su espectáculo — aseguró Julián—. De momento, no son muy amables con nosotros. No les gusta que acampemos junto a ellos.

—Les gusta estar ellos solos —continuó José—. Tuvieron bastante lío en el lugar donde actuaron antes de aquí… Alguien les denunció a la policía y ahora recelan de todo el mundo.

—Buenos, hemos de irnos —insistió Julián.

Se despidieron de los amables pescadores y se fueron. Merendaron en un pequeño café y luego continuaron hacia casa.

—¿Alguno de vosotros desea tomar el autobús? —preguntó Julián—. Nos sobra tiempo para llegar andando antes de oscurecer… pero si las chicas están cansadas, tomaremos el autobús desde Tinkers' Green.

—Claro que no estamos cansadas —se indignó Jorge—. ¿Me has oído jamás decir que estoy cansada, Julián?

—Está bien, está bien. Solamente lo pregunté por cortesía —se excusó Julián—. Adelante…, pongámonos en marcha.

El camino era más largo de lo que habían pensado. Oscurecía ya cuando llegaron al portillo que cerraba el campamento. Treparon por encima de él y caminaron lentamente hacia su rincón.

Repentinamente se quedaron parados, atónitos. Echaron una mirada alrededor, sin acabar de comprender.

Sus dos carromatos habían desaparecido. Veían el lugar en donde habían estado y donde encendieron la hoguera. Pero los carromatos no estaban allí.

—¡Bueno! —exclamó Julián, asombrado—. ¡Esto es el colmo! No veo señal ninguna de nuestras carretas por ninguna parte.

—Sí… pero…, ¿cómo es posible? —balbuceó Ana, extrañada—. Si no teníamos caballos para arrastrarlas. No es posible que se fueran por sí solas.

Silencio absoluto. Los cuatro no salían de su asombro. ¿Cómo podían volatilizarse dos carretas sólidas y pesadas?

—Mirad… allí hay huellas de ruedas en la hierba —señaló Dick de pronto—. Ved, nuestras carretas pasaron por aquí. Sigamos las huellas. Bajan por la ladera, mirad.

Con el mayor asombro, los cuatro niños y Tim siguieron las huellas de las ruedas. Julián volvió una vez la cabeza, presintiendo que los vigilaban. Pero no se veía a ninguno de los titiriteros. «Puede que nos vigilen escondidos tras las cortinas de sus carromatos», pensó, molesto.

Las huellas de las ruedas se dirigían campo abajo y llegaban al portillo. Ahora estaba cerrado, pero debió abrirse para dejar paso a los carromatos, puesto que las huellas continuaban en la hierba por el otro lado y se perdían en la carretera.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ana, asustada—. Han desaparecido. No tenemos donde dormir. ¡Oh, Julián! ¿Qué

haremos ahora?

Capítulo 8

¿Donde están los carromatos?

Por una vez, Julián se quedó sin saber qué decir. Según todas las apariencias, alguien había robado ambos carromatos… se los había llevado a alguna parte.

—Creo que deberíamos dar parte a la policía —logró decir al fin—. Recuperará los carromatos y detendrá a los ladrones. Pero esto no nos solucionará la noche. Hemos de buscar un lugar donde dormir.

—Yo opino que debiéramos tratar de sonsacar algo a cualquiera de los feriantes —propuso Dick—. Aunque no tengan nada que ver con lo ocurrido, tienen que haber visto cómo se los llevaban.

—Sí, me parece que tienes razón —asintió Julián—. Tienen que saber algo de lo que ha pasado. Jorge, quédate aquí con Ana, por si acaso esos saltimbanquis se vuelven groseros. Nos llevamos a Tim… Podría sernos útil.

Jorge no deseaba permanecer aparte, pero comprendió que Ana lo necesitaba. Por eso se quedó con ella, siguiendo con la vista a los dos muchachos, que volvían a subir la cuesta acompañados por Tim.

—No nos acerquemos al hombre de las serpientes —previno Dick—. Podría estar jugando con ellas en su carromato.

—No sé a qué se puede jugar con serpientes —reflexionó Julián—. ¿O acaso piensas en el juego de las serpientes y las escaleras?

—Pues es un juego bastante divertido —contestó Dick sin inmutarse—. Mira, aquí hay alguien junto a una hoguera… Supongo que se trata de Bufflo. No, es Alfredo. Bueno, sabemos que

no es tan fiero como aparenta… interroguémosle sobre los carromatos.

Se acercaron al gran tragallamas, que fumaba sentado frente a la hoguera.

El tragallamas no los oyó aproximarse y se estremeció cuando Julián le habló.

—Señor Alfredo —comenzó Julián—, ¿podría decirnos adonde han ido a parar nuestros carromatos? Los encontramos a faltar al regresar de nuestro paseo hace un instante.

—Preguntad a Bufflo —contestó Alfredo ásperamente, sin mirarlos.

—Pero ¿usted no sabe nada de lo ocurrido? —insistió Julián.

—Preguntad a Bufflo —repitió Alfredo soltando bocanadas de humo.

Julián y Dick se volvieron disgustados y se dirigieron hacia la carreta de Bufflo. Estaba cerrada. Llamaron a la puerta y apareció Bufflo, con su melena rubia brillando a la luz de la lámpara.

—Señor Bufflo —empezó de nuevo Julián amablemente—, el señor Alfredo nos indicó que le preguntáramos a usted por nuestros carromatos. Han desaparecido y…

—Preguntad al hombre de goma —atajó Bufflo, y cerró la puerta de golpe.

Julián se enfadó y volvió a llamar.

Se abrió la ventana y Skippy, la menuda mujer de Bufflo, se asomó.

—Id a preguntar a «Míster Goma» —les dijo, y cerró la ventana, haciendo una mueca que les pareció burlona.

—¿Nos estarán tomando el pelo? —exclamó Dick, a punto de reventar.

—Eso parece —confirmó Julián—. Bien, lo intentaremos con el hombre de goma. Vamos. Será el último con quien probemos suerte.

Se acercaron a la carreta del hombre de goma y llamaron suavemente a su puerta.

—¿Quién hay? —preguntó el hombre de goma.

—Salga, por favor; queremos preguntarle algo —contestó Julián.

—¿Quién hay? —repitió el hombre de goma.

—Sabe muy bien quiénes somos —contestó Julián levantando la

voz—. Nuestras carretas han sido robadas y queremos saber quién nos las ha quitado. Si usted no puede ayudarnos, vamos a telefonear a la policía.

La puerta se abrió y el hombre de goma se plantó en el último peldaño, mirando a Julián desde arriba.

—Nadie las ha robado —aseguró—. Nadie en absoluto. Preguntad al hombre de las serpientes.

—Si usted se figura que vamos a ir preguntando a cada uno en particular en el campamento, se equivoca —afirmó Julián, enfadado —. No tengo ningún deseo de denunciarles a la policía… Queríamos ser amigos de ustedes, los feriantes, no enemigos. Todo esto es muy desagradable. Si los carromatos han sido robados, no tenemos más remedio que dar parte a la policía… Y me imagino que no desearán ustedes tenérselas que ver de nuevo con ella. Sabemos que les molestaron hace pocas semanas.

—Sabéis demasiado —contestó el hombre de goma con voz muy insolente—. Vuestros carromatos no han sido robados. Voy a enseñaros dónde están.

Bajó rápidamente los peldaños de su carromato y echó a andar delante de los muchachos en la oscuridad. Atravesó la ladera de hierba hacia el lugar en que habían estado las carretas de los niños.

—¿Adonde nos lleva usted? —gritó Julián—. Sabemos perfectamente que las carretas no están ahí. Por favor, no nos tome el pelo, que ya estamos hartos.

El hombre no contestó y siguió andando. Los chicos y Tim no pudieron hacer otra cosa que seguirle. Tim no se sentía feliz. Todo el tiempo gruñía por lo bajo, haciendo un ruido como de un trueno lejano. El hombre de goma no dio muestras de enterarse.

Julián pensó si su falta de temor a los perros no se debería a que pensaba que éstos no son capaces de morder la goma.

El hombre los condujo hasta el seto que limitaba un lado del campo, detrás del lugar en que habían estado los carromatos.

Julián empezaba a perder la paciencia. Sabía perfectamente que los carromatos habían sido llevados al portillo del campo y de allí a la carretera. Entonces, ¿por qué este individuo les conducía en dirección contraria?

El hombre de goma se abrió camino a través del seto y los

muchachos le siguieron… Y allí, justamente al otro lado, dos sombras grandes y oscuras se destacaban en la penumbra… ¡Los carromatos!

—Bueno —exclamó Julián, sorprendido—. ¿Qué se proponían con traer los carromatos a este lugar, al campo vecino?

—Nuestra clase y vuestra clase no deben mezclarse —contestó el hombre—. No nos gustan los niños entrometidos. Hace tres semanas había entre nosotros un hombre con canarios, con más de cien pájaros adiestrados para un espectáculo… y unos chicos abrieron una noche todas las jaulas y los dejaron escapar.

—¡Caramba! —exclamó Julián—. Morirán, desde luego, en libertad… No saben buscarse la comida. Fue una mala jugada. Pero nosotros no hacemos cosas así.

—No queremos niños entre nosotros —continuó el hombre de goma—. Por eso hemos enganchado caballos a vuestros carromatos, los condujimos al portillo y de allí al campo vecino… y aquí están. Creímos que volveríais de día y los veríais.

—Bien, es agradable descubrir que usted sabe mostrarse hablador, así de sopetón —comentó Julián—. No gruñas más, Tim. Todo está en orden. Hemos encontrado nuestros carromatos.

El hombre de goma desapareció sin añadir palabra. Oyeron cómo se metía por el seto. Julián sacó la llave de su carreta, subió los peldaños y abrió la puerta. Tanteó alrededor y halló su linterna. La encendió y dirigió el haz hacia todos los rincones. Nada había sido tocado.

—Bien, así está la cosa —meditó—. Justamente una pequeña venganza de los feriantes, supongo… castigándonos por lo que aquellos gamberros hicieron con los canarios. Desde luego, fue algo vergonzoso eso de abrir las jaulas… La mitad de esas pobres aves habrán muerto. No me gustan los pájaros enjaulados… pero como los canarios son incapaces de vivir en este país fuera de sus jaulas, es cruel darles la libertad. Es igual a condenarlos a muerte.

—Pienso lo mismo que tú —se adhirió Dick.

Caminaron ladera abajo en busca del hueco en el seto por el que pasaron los carromatos.

Jorge y Ana se sentirían aliviadas al saber que los habían encontrado.

Julián emitió un silbido y Jorge contestó con otro.

—Seguimos aquí, Julián. ¿Qué ocurrió?

—Hemos recuperado las carretas —les hizo saber Julián alegremente—. Están en este campo.

Las chicas se reunieron con ellos y quedaron sorprendidas ante lo que Julián les explicaba.

—Resulta que los feriantes tienen antipatía a los niños —explicó—. Al parecer, había entre ellos un adiestrador de canarios, cuyo espectáculo consistía en canarios cantores… y unos niños los soltaron a todos durante una noche… por lo que la mitad se murió. Y ahora los feriantes no quieren tener de ninguna manera a chiquillos cerca de ellos.

—Supongo que el hombre de las serpientes teme que soltemos a sus animalitos —cloqueó Dick—. Bueno, a Dios gracias, hemos encontrado las carretas. Ya me temía que tuviéramos que dormir esta noche en un pajar.

—No me habría importado —intervino Jorge—. Me gustan los pajares.

—Encenderemos fuego para cocinar alguna cosa —propuso Julián—. Me siento hambriento después de tanto lío.

—Yo no —se quejó Ana—. Me duele que los feriantes no sean amables. Son malos. No nos lo merecemos.

—Sí…, pero ellos mismos son casi como chiquillos —replicó Julián—. Si alguien les juega una mala pasada, ellos se vuelven huraños y, a la primera ocasión, devuelven el golpe… Además, alguien azuzó a la policía contra ellos. Era lo que faltaba, no lo olvidéis… Por todo lo cual ahora son hipersensibles, me figuro.

—Bueno, es una pena —opinó Jorge, mientras contemplaba como Dick encendía hábilmente una hoguera—. ¡Yo que esperaba pasarlo tan bien con ellos! ¿Creéis que el dueño de este campo consentirá en tenernos aquí?

—Es verdad… no se me había ocurrido —exclamó Julián—. Este lugar no estará dedicado a camping seguramente. ¡Ojalá no se presente mañana un campesino malhumorado y nos eche de su campo!

—Además, ahora estamos demasiado lejos del río —observó Ana—. Nos han dejado en el extremo opuesto del campo… y el agua

nos es imprescindible.

—Esta noche habremos de pasarnos sin ella —sentenció Dick con energía—. No pienso exponerme a que Bufflo me arranque los cabellos, o a que el hombre de las ligaduras me ate las piernas, o a que me persiga una serpiente. Apuesto a que estos feriantes nos acechan a ver si vamos a buscar agua. ¡Qué asco! No me gusta nada todo esto.

La cena transcurrió solemne. Las cosas tomaban un cariz complicado. No podían denunciar a la policía una cosa tan estúpida…, ni tenían ganas de hacerlo. Pero si el amo del campo los echaba de allí, ¿cómo iban a regresar a su primitivo emplazamiento? Ninguno deseaba vivir en un campo rodeado de enemigos.

—Consultaremos con la almohada —aconsejó Julián por último —. No os preocupéis, muchachos. Encontraremos un camino para salir del atolladero. Tenemos bastante experiencia en vencer dificultades. ¡Quién dijo miedo!

—¡Guau! —asintió Tim de corazón.

Jorge lo acarició.

—Ésa es una de tus máximas, ¿verdad, Tim? —le dijo.

—Y otra máxima suya es: «Deja tranquilo al perro dormido» —intervino Dick riendo a gusto—. Le molesta ser despertado cuando sueña algo estupendo, como millones de conejos para cazar.

—Bueno, hablando de sueño, ¿qué os parece si nos retiramos a nuestras literas? —propuso Julián bostezando—. Hemos dado un paseo bien largo hoy y estamos cansados. Voy a tumbarme en mi litera a leer un rato.

Todos pensaron que era buena idea. Recogieron los utensilios de la cena y las chicas dieron las buenas noches a los muchachos.

Acompañadas de Tim, entraron en su carromato.

—Espero que estas vacaciones no resulten un fracaso —murmuró Ana al meterse entre las sábanas. Jorge soltó un resoplido.

—¡Un fracaso! Espera y verás. Tengo el presentimiento de que resultarán «súper».

Capítulo 9

Una gran sorpresa

No parecía, a la mañana siguiente, que el presentimiento de Jorge de que las vacaciones acabarían siendo «super» fuera a verificarse. Antes de que los chicos hubieran despertado, sonó una fuerte llamada a la puerta de su carromato.

Y, a continuación, una cara colorada apareció en la ventana, dando un susto considerable a Julián.

—¿Quién os dio permiso para acampar aquí? —preguntó la cara, hosca como una tormenta.

Julián se dirigió a la puerta en pijama.

—¿Es usted el dueño de este campo? —preguntó con toda corrección—. Verá usted, acampábamos en el campo de al lado, cuando…

—Aquél está dispuesto para acampar y para estacionar caravanas —sentenció el hombre, que vestía como un campesino—. Éste no lo está.

—Como le decía, acampábamos en el campo de al lado —repitió Julián—, y, por alguna razón, los feriantes nos han cogido antipatía… Mientras estábamos fuera, ellos trajeron nuestras carretas aquí. Como no disponemos de caballos para marcharnos, no pudimos hacer otra cosa que quedarnos.

—Bien, pero no podéis quedaros —respondió el campesino—. No alquilo mi campo. Lo necesito para mis vacas. Tendréis que marcharos hoy mismo. En caso contrario, llevaré vuestras carretas a la carretera.

—Sí, pero comprenda usted… —empezó Julián, pero se calló en

seguida. El campesino se alejaba ya. Era un tipo característico, con pantalones de montar y chaqueta raída. Las chicas abrieron su ventana y llamaron a Julián.

—Hemos oído lo que ha dicho. ¡Vaya fastidio! Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a levantarnos y a desayunarnos —contestó Julián—. Y después iré a dar otra oportunidad a los feriantes… tendrán que prestarnos dos caballos… los que ayer sirvieron para trasladar nuestros carromatos… y nos volverán a llevar a nuestro emplazamiento legítimo. Si se niegan, me temo que tendré que dar parte a la policía.

—¡Dios mío! —exclamó Ana—. Cómo me molestan estas cosas. Lo pasábamos tan bien antes de venir los feriantes. Y ahora me parece imposible alcanzar jamás su amistad.

—Así es —confirmó Julián—. Aunque no estoy muy seguro de que aún desee su amistad. Prefiero dar por terminadas estas vacaciones y regresar a casa antes que tener que pelearme continuamente. Dick y yo iremos a discutir con los saltimbanquis después del desayuno.

El almuerzo transcurrió con una solemnidad parecida a la de la cena. Julián permaneció callado. Pensaba en lo que había de decir a la gentuza del campo vecino.

—Tenéis que llevaros a Tim con vosotros —observó Jorge expresando el pensamiento de todos.

Julián y Dick, acompañados de Tim, se pusieron en camino pasadas las ocho y media. Todos los feriantes estaban levantados y en plena actividad. El humo de sus hogueras se elevaba por el aire de la mañana.

Julián se propuso discutir con el tragallamas, por lo que los dos muchachos se dirigieron a su carreta.

Los otros feriantes fueron levantando la cabeza y, uno tras otro, abandonaron sus carromatos o sus hogueras y rodearon a los muchachos. Tim rechinó los dientes y gruñó.

—Señor Alfredo —empezó Julián—, el dueño del campo vecino nos echa. Hemos de volver aquí. Necesitamos que nos preste dos caballos para arrastrar nuestras carretas.

Una sonora carcajada estalló entre la gente que escuchaba. El

señor Alfredo contestó correctamente, con amplia sonrisa.

—Es una pena, pero no alquilamos nuestros caballos.

—No pretendo alquilarlos —contestó Julián pacientemente—. Es deber de ustedes prestárnoslos para volver nuestros carromatos a su sitio. Si no lo hacen… Bien, habré de pedir ayuda a la policía. Estos carromatos no nos pertenecen.

Se oyó un murmullo de la gente que escuchaba. Tim gruñía cada vez con más fuerza. Uno o dos de los feriantes retrocedieron al oírlo.

¡Crac! Julián se volvió rápidamente. Los feriantes se apartaron y los dos muchachos se encontraron frente a Bufflo, quien, haciendo una mueca desagradable, blandía el látigo en su mano.

¡Crac! Julián pegó un brinco, porque un mechón de cabellos fue arrancado bruscamente de su cabellera… El extremo del látigo se lo había arrebatado.

La multitud rió estrepitosamente. Tim les mostró sus blancos dientes y gruñó. Dick agarró el collar del perro.

—Vuelva a hacerlo y no seré capaz de sujetar al perro —advirtió gritando.

Julián se mantuvo inmóvil, sin saber qué hacer. No podía quedarse esperando otro latigazo, acompañado de los gritos y burlas del público. Estaba tan furioso que no le salían las palabras.

Y entonces ocurrió algo inesperado. Algo tan sorprendente que nadie se sintió capaz de intervenir, dejando que los acontecimientos se sucedieran libremente.

Una figura infantil se acercó corriendo por el prado… alguien muy parecido a Jorge, con cabello corto y rizado y la cara muy pecosa… Alguien que vestía, sin embargo, una falda corta en lugar de shorts, como Jorge.

Venía corriendo y gritando con todas sus fuerzas:

—¡Dick! ¡Dick! ¡Eh, Dick!

Dick se volvió y quedó boquiabierto.

—¿Es posible?… ¡Pero si es Jo! ¡Jo! La gitanilla que una vez intervino en una aventura nuestra.

No había duda, era Jo. Llegaba alborozada, con la cara expresando la mayor alegría. Se abalanzó sobre Dick, Siempre lo había preferido a los otros.

—¡Dick! No sabía que estabas aquí. ¡Julián! ¿También están las niñas? Tim, querido y viejo Tim. Dick, ¿acampáis aquí? ¡Oh, es demasiado bonito para ser verdad!

Jo parecía estar a punto de abalanzarse otra vez sobre Dick, quien la apartó de sí.

—Jo, ¿de dónde demonios sales?

—Verás —contestó atropelladamente Jo—. Tengo vacaciones como vosotros… y pensé visitaros en «Villa Kirrin». Lo hice, pero vosotros habíais volado. Esto fue ayer.

—Sigue —la animó Dick, cuando Jo se calló porque había perdido la respiración.

—Bien, no tuve ganas de volverme a casa tan pronto —prosiguió Jo—. Y se me ocurrió hacer una visita a mi tío… Es el hermano de mi madre… Sabía que acampaba aquí, así que me vine anda que te andarás hasta llegar a última hora de la noche.

—Comprendo —replicó Julián—. ¿Y puede saberse quién es tu tío?

—Pues «Alfredo el Tragallamas» —fue la extrañada contestación de Jo—. ¿No lo sabíais? ¡Oh, Dick! ¡Julián! ¿Puedo quedarme aquí con vosotros? Decid que sí, por favor, decid que sí. ¿No me habréis olvidado, verdad que no?

—Claro que no —se apresuró a negar Dick, pensando que nadie sería capaz de olvidar a esta gitanilla salvaje, de maneras poco finas y de afectos desbordantes.

Fue entonces cuando Jo se dio cuenta de que algo extraño sucedía. ¿Qué significaba toda aquella multitud que rodeaba a Julián y Dick?

Miró alrededor e inmediatamente notó que los feriantes se mostraban hostiles a los dos muchachos…, aunque la expresión general de sus caras era ahora de sorpresa. ¿Cómo es que Jo conocía a estos chicos? Aquello les extrañaba. ¿Por qué se comportaba Jo tan cariñosamente con ellos? Estaban intrigados y confusos.

—Tío Alfredo, ¿dónde estás? —preguntó Jo mirando por todas partes—. ¡Ah!, aquí estás. Tío, éstos son mis mejores amigos… lo mismo que las chicas, donde sea que estén. Te contaré todo lo que sé de ellos y de lo buenos que fueron conmigo. Os lo contaré a

todos.

—Bien —intervino Julián, sintiéndose embarazado por lo que Jo pudiera revelar—, bien, cuéntales, Jo. Mientras tanto, iré a llevar la buena nueva a Jorge y a Ana. Se quedarán boquiabiertas al saber que estás aquí… y que Alfredo es tu tío.

Los dos muchachos dieron media vuelta para marcharse. El grupo se apartó para dejarles paso. Luego volvió a cerrarse alrededor de la excitada Jo, cuya voz pudieron oír los chicos mientras cruzaban el campo.

—Bueno, bueno —comentó Dick mientras atravesaban el seto—. ¡Qué cosa más sorprendente! No podía creer a mis ojos cuando apareció la pequeña Jo. ¿Y tú? Espero que a Jorge no le moleste. Solía sentir celos de Jo y de sus habilidades.

Las dos muchachas se asombraron al escuchar la noticia que les traían los chicos, aunque Jorge no se alegró demasiado. Prefería a Jo distante mejor que cerca de ella. Quería y admiraba a Jo, pero casi contra su voluntad. Jo se parecía demasiado a la propia Jorge para que ésta le entregara toda su amistad.

—¡Qué suerte que Jo esté aquí! —exclamó Ana—. Julián… fue un prodigio que Jo llegase en el instante en que lo hizo. No me gusta nada la mala jugada de Bufflo, arrancándote los pelos con su látigo.

—Sólo fueron cuatro pelos —concedió Julián—. Pero ¡menudo susto me dio! Y creo que los feriantes también se llevaron un buen susto cuando Jo llegó como un vendaval, gritando con toda su fuerza y abalanzándose sobre el pobre Dick. Casi lo tira.

—No es mala —la defendió Dick—, pero nunca se para a pensar. Me temo que las personas con quienes vive no sepan adonde ha ido. No me sorprendería que hubiese desaparecido sin decir palabra.

—Lo mismo que los dos científicos —completó Julián riendo—. ¡Caramba! No logro sobreponerme. Jo es la última persona que esperaba encontrar aquí.

—Bueno, no es tan extraño, si reflexionamos un poco —dijo Ana —. Su padre es gitano, ¿verdad?… y su madre actuaba en un circo, nos lo contó ella misma. Amaestraba perros, ¿no lo recordáis? Es, pues, natural que Jo esté relacionada con saltimbanquis y titiriteros. Resulta chocante tener a un tragallamas por tío.

—Sí… me había olvidado de que la madre de Jo actuaba en un circo —concedió Julián—. Supongo que tendrá amistades raras por todo el país. ¿Qué diablos les estará contando de nosotros a los feriantes?

—En todo caso, seguro que está cantando las alabanzas de Dick —comentó Jorge—. Siempre ha sido su preferido. Puede que los feriantes nos demuestren menos antipatía cuando se enteren de cómo nos quiere Jo.

—Bueno, estarnos en una estacada —dijo Dick—. No podemos quedarnos en este campo o el dueño volverá a molestarnos… No veo que los feriantes nos dejen sus caballos… y sin caballos no podemos salir de aquí.

—Podemos pedir al campesino que nos deje los suyos —sugirió Ana.

—Tendríamos que pagarle, encima, y no veo por qué habríamos de hacerlo —protestó Julián—. Al fin y al cabo, no es culpa nuestra que los carromatos se encuentren aquí.

—Pienso que éste es un lugar horrible e inhóspito —manifestó Ana—. Yo no deseo quedarme aquí ni un día más. No disfruto lo más mínimo.

—¡Arriba los ánimos! —exclamó Dick—. ¡Nunca te des por vencido!

—¡Guau! —aprobó Tim.

—Mirad… alguien está pasando por aquel hueco en el seto, junto a la carretera —advirtió Jorge—. ¡Es Jo!

—Sí… ¡Hurra! Trae un par de caballos —gritó Dick—. ¡Viva la pequeña Jo! Ha conseguido los caballos de Alfredo.

Capítulo 10

De nuevo con los feriantes

Los cuatro, seguidos de Tim, corrieron al encuentro de Jo. Ésta abrazó a cada una de las niñas.

—¡Hola, Ana! ¡Hola, Jorge! Estoy contenta de volveros a ver. Es una sorpresa a medias.

—Jo, ¿cómo conseguiste estos caballos? —preguntó Dick, cogiendo a uno por la brida.

—Muy fácil —rió Jo—. No hice más que contarle todo los que sabía de vosotros al tío Fredo… lo estupendos que sois… todo lo que hicisteis por mí… ¡Y cómo me enfadé al enterarme de que os habían echado del campamento! Entonces tuvieron que oírme. Les solté todo lo que pensaba de ellos, por tratar a mis mejores amigos de tal manera.

—¿Lo hiciste verdaderamente? —dudó Jorge.

—¿Es que no me oísteis? —preguntó Jo—. Le grité con todas mis fuerzas al tío Fredo, y después su mujer, mi tía Anita, también le gritó… y luego las dos les gritamos a todos los demás.

—Debió de ser un concurso de gritos —comentó Julián—. Y el resultado es que te has salido con la tuya y has conseguido los caballos para volver al campamento con nuestros carromatos, ¿verdad, Jo?

—Bien, cuando tía Anita me contó cómo llevaron vuestros carromatos al campo vecino y los abandonaron allí, y que no os querían prestar los caballos para volverlos a traer, les dije a todos unas cuantas cosas —prosiguió Jo—. Les dije… no, será mejor que no os lo cuente. No era muy fino lo que dije.

—Apuesto a que no lo era —aprobó Dick, el cual ya había tenido experiencias, el año anterior, con la suelta lengua de Jo.

—Y cuando les conté cómo mi padre fue llevado a la cárcel y cómo vosotros me proporcionasteis un hogar, con alguien que cuidase de mí, sintieron haberos tratado tan mal —continuó Jo—. Y así le dije al tío Fredo que me llevaba los caballos para devolver vuestros carromatos al campamento.

—Comprendo —repuso Julián—. ¿Y los demás feriantes lo consintieron?

—Claro que sí —confirmó Jo—. De manera que enganchémoslos y volvamos al campamento. ¿No será ese que se acerca el dueño del campo?

Lo era y venía con cara de pocos amigos. Julián se apresuró a enganchar uno de los caballos al carromato de las chicas y Dick hizo lo mismo con la otra carreta. El campesino se los quedó mirando.

—¿De manera que decidisteis, al fin, conseguir caballos? —observó—. Ya me figuré que lo haríais. No sé para qué me contasteis el cuento de haber encallado aquí y no poder salir.

—¡Grrr! —gruñó Tim, el único que se dignó contestar.

—¡Arre, anda! —gritó Jo, llevando las riendas del caballo que arrastraba el carromato de las chicas—. Adelante, arre, de prisa.

El caballo arrancó y Jo lo condujo tan cerca del campesino que éste tuvo que apartarse de un salto. Gruñó algo contra Jo. Tim, apareciendo por el otro lado de la carreta, le contestó con un gruñido más fuerte. El campesino se apartó aún más y se quedó contemplando como los dos vehículos bajaban la ladera, cruzaban el amplio hueco en el seto y seguían por la carretera.

Llegaron al portillo y Ana lo abrió. Los caballos entraron resoplando, porque ahora iban cuesta arriba y los carromatos pesaban lo suyo.

Finalmente, llegaron al rincón donde se habían instalado antes.

Julián maniobró para dejarlos en la posición primitiva.

Desenganchó los caballos y entregó las riendas de uno de ellos a Dick.

—Vamos a devolverlos nosotros mismos —ordenó.

Los dos muchachos condujeron los caballos al lugar en que se

encontraba Alfredo. Estaba ocupado en tender la ropa lavada en una cuerda. No parecía un trabajo muy digno para un tragallamas, pero aquello no parecía importarle a Alfredo.

—Señor Alfredo, gracias por habernos prestado los caballos —dijo Julián con voz amable—. ¿Los atamos a algún sitio o los dejamos sueltos?

Alfredo se volvió y se sacó unas pinzas, para la ropa, de la boca. Aparentaba sentirse algo avergonzado.

—Soltadlos —contestó. Titubeó antes de poner la pinza en la cuerda—. No sabíamos que erais amigos de mi sobrina —añadió—. Nos contó todo lo vuestro. Teníais que habernos dicho que la conocíais.

—¿Y cómo iban a hacerlo si no sabían que era tu sobrina? —intervino la mujer de Alfredo desde la puerta de su carromato—. Fredo, no tienes cerebro, ni pizca de cerebro. ¡Ay! Has dejado caer al suelo mi mejor blusa.

Se le acercó corriendo y Alfredo puso cara de asustado. Afortunadamente, esta vez no llevaba ningún cacharro en la mano. Se volvió hacia los muchachos, que la contemplaban divertidos.

—Alfredo siente haber trasladado vuestros carromatos —dijo—. ¿No es verdad, Fredo?

—Bueno, tú fuiste quien… —empezó Alfredo con una mirada de asombro. Pero no le dejaron terminar. Su morena mujercita le dio un fuerte codazo y volvió a hablar ella, atropellándose con las palabras.

—No hagáis caso a este mal hombrón. No tiene cerebro. Sólo sabe tragar llamas, bien poca cosa. Pero Jo sí tiene cerebro. Es una niña salvaje, lo comprendo, pero tiene cabeza. Bien, ¿no estáis contentos de volver a ocupar vuestro rincón?

—Nos sentiríamos mucho más satisfechos si ustedes se hubieran comportado amablemente con nosotros —contestó Julián—. Creo que ya no nos quedan ganas de permanecer mucho tiempo aquí. Probablemente nos marcharemos mañana.

—¿Lo ves, Fredo? Mira lo que has hecho. Has echado a estos simpáticos muchachos —gritó la mujer de Alfredo—. Son educados estos chicos, algo de lo que tú no tienes idea, Fredo. Deberías aprender de ellos, Fredo, deberías…

Fredo extrajo algunas pinzas de su boca con intención de dar una contestación indignada, pero su mujer dejó escapar un chillido y corrió hacia su carromato dando gritos y gesticulando.

—¡Algo se quema! ¡Algo se quema!

Alfredo soltó una carcajada, tan fuerte que sorprendió a los muchachos.

—¡Ja! Hoy cuece pan y quema la tarta. No tiene cerebro esta mujer. Ni pizca de cerebro.

Julián y Dick giraron sobre sus talones para irse. Alfredo les habló en voz baja:

—Ahora podéis quedaros aquí en este campo. Sois amigos de Jo. Esto es suficiente para nosotros.

—Puede que lo sea —contestó Julián—. Pero no nos basta a nosotros. Lo siento. Nos iremos mañana.

Los muchachos regresaron a su rincón. Jo estaba sentada en la hierba con Jorge y Ana, contándoles apasionadamente cosas de su vida en el hogar de una familia muy simpática.

—Pero no me dejan llevar shorts o comportarme como un chico —terminó, compungida—. Por eso ahora llevo falda. ¿Podrías prestarme algún short, Jorge?

—No, no puedo —contestó Jorge con firmeza. Jo ya se le parecía bastante tal como era, sin necesidad de llevar shorts—. Bien, pareces haber comenzado una nueva vida, Jo. ¿Sabes leer y escribir ahora?

—Bastante —confirmó Jo, volviendo la vista a otra parte. El estudio se le hacía muy difícil, ya que anteriormente, cuando vivía con su padre, no había ido nunca a la escuela. Volvió a mirarles con ojos brillantes—. ¿Puedo quedarme con vosotros? —preguntó—. Mi madre adoptiva me dejaría, estoy segura, si supiera que estoy en vuestra compañía.

—¿No le dijiste que venías aquí? —intervino Dick—. Eso no está bien, Jo.

—No se me ocurrió —contestó Jo—. Envíale una postal por mí, Dick.

—Envíala tú misma —terció Jorge—. Dijiste que sabías escribir.

Jo no le hizo caso.

—¿Puedo quedarme con vosotros? —insistió—. No dormiré en

los carromatos, dormiré debajo. Siempre lo hice así con buen tiempo, cuando vivía con mi papá en su carreta. Resultará algo desacostumbrado ahora eso de no vivir en una casa. Hay muchas cosas en las casas que me gustan, cosas que nunca imaginé, pero siempre preferiré dormir al aire libre.

—Bien… podrías quedarte con nosotros, si permaneciésemos aquí —otorgó Julián—. Pero no me apetece demasiado después del recibimiento tan poco amable que hemos tenido por parte de todos.

—Hablaré con cada uno de ellos para que se porte bien con vosotros —prometió Jo. Y se levantó como si fuese a ir ahora mismo a obligar a cada uno a ser amable.

Dick la obligó a sentarse de nuevo.

—No. Nos quedaremos aún hoy y esta noche. Lo decidiremos mañana. ¿Qué te parece, Julián?

—Conforme —aceptó Julián. Miró su reloj—. Vayamos a celebrar la llegada de Jo con unos cuantos helados. Supongo que vosotras tendréis que ir de compras, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas —confirmó Ana, y cogió la cesta de la compra.

Los cinco y Tim bajaron la ladera. Cuando pasaban cerca del hombre de las serpientes, éste les saludó cariñosamente:

—Buenos días. Un día muy hermoso hoy, ¿verdad?

Después de los desprecios y malos modos sufridos de los feriantes hasta entonces, esto constituyó una verdadera sorpresa.

Ana sonrió, pero los chicos y Jorge se limitaron a inclinar la cabeza y seguir su camino. No perdonaban tan fácilmente como Ana.

Se cruzaron con el hombre de goma, que traía agua del río. Detrás de él iba el hombre de las ligaduras. Ambos saludaron a los niños y la cara adusta del hombre de goma ahora sonreía.

Luego vieron a Bufflo ensayando su látigo… crac, crac, crac… Se acercó a ellos.

—Si queréis probar a manejar mi látigo, seréis bienvenidos a cualquier hora —dijo Julián.

—Gracias —contestó Julián amablemente, aunque con frialdad —. Pero probablemente nos iremos mañana.

—Guarda tu cabello —exclamó Bufflo, sintiéndose reprendido.

—Lo haría si usted me dejase —replicó Julián, pasando su mano por el lugar de donde Bufflo le había arrancado el mechón de pelos.

—¡Ajá! —se rió Bufflo, y luego calló bruscamente, temeroso de haberle ofendido. Julián le sonrió. Sentía simpatía por Bufflo, con su cabellera rubia y rizada.

—Quedaos con nosotros —invitó Bufflo—. Os prestaré uno de mis látigos.

—Probablemente nos marcharemos mañana —repitió Julián. Hizo un gesto amistoso y siguió su camino junto con los otros.

—Empiezo a creer que preferiría quedarme, a pesar de todo —observó Jorge—. ¡Resulta tan diferente cuando la gente es amable!

—Bueno, pues no nos quedaremos —contestó Julián con brusquedad—. Yo ya me había decidido… pero esperaremos a mañana. Es una especie de orgullo lo que siento. Vosotras, muchachas, no podéis comprender lo que me pasa después de todo lo ocurrido.

No le comprendieron. Dick sí, y pensó lo mismo que Julián.

Siguieron hacia el pueblo y se dirigieron a la tienda de los helados.

Pasaron un día muy agradable. Tuvieron una comida estupenda, sentados en la hierba, junto a sus carromatos… y, para sorpresa de todos, la mujer de Alfredo se presentó con una bandeja de bocadillos que les había preparado. Ana expresó con vehemencia su agradecimiento para contrarrestar la frialdad de las gracias dadas por los muchachos.

—Podríais haber sido un poco más efusivos —les reprochó—. Es realmente una mujercita simpática. Francamente, no me importaría quedarme ahora.

Pero Julián se mostraba muy obstinado. Negó con la cabeza.

—Nos vamos mañana —dijo—. A no ser que ocurra algo inesperado que nos decida a quedarnos. Aunque no ocurrirá.

Pero Julián se equivocaba. Ocurrió algo inesperado. Algo realmente particular, en verdad.

Capítulo 11

Algo muy extraño

La cosa inesperada sucedió aquella tarde, después de la merienda. Ésta había sido estupenda, si bien algo tardía. Pan con mantequilla y miel… nuevos buñuelos de la lechería… y la tarta que la mujer de Alfredo les había regalado y que, ciertamente, estaba muy suculenta.

—Ya no me cabe nada más —suspiró Jorge—. Esta tarta era demasiado buena. No me siento siquiera con ánimos para levantarme a lavar los platos… Por lo tanto, no intentes proponerlo, Ana.

—Ni pensarlo —contestó Ana—. Tenemos tiempo de sobra. Hace una tarde espléndida… Quedémonos un rato sentados. Ya vuelve a cantar el mirlo. Cada vez nos sorprende con una nueva melodía.

—Por eso precisamente me gustan los mirlos —intervino Dick con indolencia—. Son auténticos compositores. Inventan sus propias melodías… lo contrario de los tordos, que no hacen más que repetir la misma cantinela, siempre la misma. Esta mañana escuché a uno que se repitió cincuenta veces sin parar.

—Chip-chip-chip, cherri-erri-erri, chipii-uu-ai-ai-ar —se oyó cantar a un tordo, como si se lo supiese de memoria—. Chip-chip-chip…

—Ya empieza de nuevo —continuó Dick—. Cuando no canta eso, silba «pico-pico-pico», como alabando el suyo. Miradlo allá arriba… ¿no es precioso?

En efecto, era una hermosura. Voló sobre la hierba junto a los niños y se puso a picotear las migas, atreviéndose incluso a coger

una de la rodilla de Ana. Ésta se mantuvo quieta, maravillada.

Tim gruñó y el tordo escapó volando.

—¡Feo Tim! —le riñó Jorge—. ¡A quién se le ocurre tener celos de un tordo! ¡Oh, mira, Dick! Mira esas garzas. ¿Estarán volando hacia el pantano, al este del monte del castillo?

—Sí —confirmó Dick levantándose—. ¿Dónde tienes tus prismáticos, Jorge? Podríamos observar a esas grandes aves con ellos.

Jorge fue a buscarlos a su carromato y los entregó a Dick. Éste enfocó el pantano.

—Sí… hay cuatro garzas… Hay que ver qué patas más largas tienen, ¿verdad? Caminan tranquilamente por el agua… Ahora una coge algo con su gran pico. ¿Qué será? Sí, es una rana. Puedo ver sus patas traseras.

—No puede ser —exclamó Jorge arrebatándole los prismáticos —. Eres un embustero. Los anteojos no son lo bastante potentes como para distinguir las patas de una rana a tanta distancia.

Pero sí que eran lo bastante potentes. Eran efectivamente magníficos, casi demasiado buenos para Jorge, la cual no prestaba demasiado cuidado a las cosas valiosas.

Llegó justamente a tiempo para ver cómo las patas de la pobre rana desaparecían en el enorme pico de la garza. Pero luego algo debió de espantar a las aves y, antes de que los demás pudieran echar un vistazo, se fueron volando.

—¡Con qué suavidad mueven sus alas! —comentó Dick—. Seguramente lo hacen con más suavidad que cualquier otro pájaro. Déjame otra vez los anteojos, Jorge. Quiero echar una mirada a aquellos grajos. Hay una bandada de miles volando sobre el castillo… Debe de ser la hora de su cena, me figuro.

Se llevó los prismáticos a los ojos y fue siguiendo con la vista las evoluciones de los negros grajos. El sonido de sus graznidos llegó hasta ellos a través del aire tibio de la tarde. «¡Chac-chac-chac-chac!»

Dick observó que algunos de ellos descendían sobre la única torre intacta del castillo. Apuntó con los anteojos y vio como un grajo se posaba en el alféizar de una de las aspilleras, en lo más alto de la torre. Permaneció medio segundo allí y luego levantó el vuelo,

como asustado.

Y entonces Dick percibió algo que hizo que el corazón le diese un vuelvo. Los prismáticos enfocaban directamente la aspillera. Lo que vio era algo muy sorprendente. Miró fijamente, como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Luego dijo en voz baja a Julián:

—Julián, toma los prismáticos, ¿quieres? Enfoca la aspillera en lo alto de la única torre completa… y dime lo que ves. ¡Date prisa!

Julián, extrañado, alargó la mano para hacerse cargo de los prismáticos. Los demás levantaron la cabeza, sorprendidos. ¿Qué podía haber visto Dick? Julián miró por los anteojos, enfocando el vano que le había indicado Dick. Miró con atención.

—Sí, sí, puedo verlo. ¡Qué cosa más extraordinaria! Debe de tratarse de un efecto de luz…

Entre tanto, las niñas habían alcanzado un grado de curiosidad tal que ya no podían contenerse. Jorge arrebató los anteojos a Julián.

—Déjame ver —gritó fieramente. Enfocó la aspillera y se quedó mirando con fijeza.

—No hay nada —exclamó Jorge, disgustada. Dick se apoderó de los anteojos para volver a contemplar la aspillera. Al cabo de un rato, dijo a Julián:

—Se ha ido, ya no hay nada.

—Dick, si no nos dices lo que has visto, te echamos rodando prado abajo —amenazó Jorge, enfadada—. ¿Estás en la pista de algo? ¿Qué has visto?

—Bien —concedió Dick mirando a Julián—, he visto una cara. Una cara que miraba a través de la ventana, o aspillera, o lo que quiera ser aquella abertura. ¿Y tú qué viste, Julián?

—Exactamente lo mismo —confirmó Julián—. También me pareció incomprensible.

—¡Una cara! —exclamaron Jorge, Ana y Jo a la vez—. ¿Qué queréis decir con eso?

—Pues… justamente lo que hemos dicho —replicó Dick—. Una cara… con ojos, nariz y boca.

—¡Pero si no vive nadie en el castillo! Es una ruina —advirtió Jorge—. Se tratará de algún visitante, ¿no lo creéis?

Julián miró su reloj.

—No, no puede tratarse de un visitante. Estoy seguro… Cierran a las cinco y media y son ya las seis pasadas. Además… parecía una… una especie de cara desesperada.

—Si. A mí también me lo pareció —se sumó Dick—. Es, bien, es algo muy extraño, ¿verdad, Julián? Tiene que haber una explicación vulgar, pero… no puedo evitarlo, creo que ocurre algo extraño.

—¿Era la cara de un hombre? —preguntó Jorge—. ¿O de una mujer?

—De un hombre, me parece —aclaró Dick—. No pude ver bien el cabello a causa de la oscuridad que reina en el interior de la ventana. Tampoco distinguí la ropa que llevaba. Pero parecía la cara de un hombre. ¿Te fijaste en las cejas, Julián?

—Sí, en efecto —contestó Julián—. Eran muy pobladas, ¿verdad que sí?

Jorge reaccionó con viveza.

—¡Cejas! —exclamó, excitada—. ¿Recordáis el retrato de aquel científico, Terry-Kane? Tiene unas cejas negras enormes… Tú decías que se las habría afeitado y se las habría pegado debajo de las narices para simular unos bigotes, ¿recuerdas, Dick?

—Sí, lo recuerdo —confirmó Dick mirando significativamente a Julián. Pero éste negó con la cabeza.

—Yo no veo la semejanza —dijo—, aunque, al fin y al cabo, aquello está muy distante. Gracias a que los prismáticos de Jorge son tan extraordinarios, hemos sido capaces de descubrir una cara mirando por una ventana a tanta distancia. Me imagino que la cosa ha de tener una explicación sencilla… Es precisamente lo que nos ha alarmado… y nos ha hecho creer en algo misterioso.

—Quisiera haber visto la cara —se quejó Jorge—. Al fin y al cabo, son mis prismáticos y, sin embargo…, no he visto la cara.

—Bueno, puedes seguir mirando para ver si vuelve a aparecer —propuso Dick entregándole los anteojos—. Quizá dé resultado.

Así fue como Ana, Jorge y Jo se fueron turnando en observar seriamente a través de los prismáticos…, pero no descubrieron ninguna cara. Finalmente se hizo tan oscuro que casi resultaba imposible ver siquiera la torre, cuando menos el ventanillo o cualquier cara que fuese.

—Os diré lo que deberíamos hacer —propuso Julián—.

Podríamos subir mañana al castillo para indagar. Podríamos entrar en aquella torre y convencernos si realmente hay allí alguna persona.

—Pero yo creía que mañana nos marchábamos —observó Dick.

—¡Ah!, sí, habíamos pensado en irnos, ¿verdad? —admitió Julián, que había ol-vidado su propósito con la excitación—. Bien… me temo que no podremos marcharnos antes de explorar ese castillo y descubrir la explicación de la presencia de la cara.

—¡Desde luego que no podemos! —asintió Jorge—. Sería gracioso observar una cosa así y abandonarla sin indagar su causa. Me sería imposible.

—Yo me quedaré de todos modos —anunció Jo—. Puedo vivir con mi tío Alfre-do, si os vais. Y os haría saber si reaparece la cara… si Jorge me presta sus prismáticos.

—¡Ca! No te los dejaría —determinó Jorge—. Si yo me voy, mis prismáticos se van conmigo. Pero yo no me voy. ¿Verdad que ahora querrás quedarte, Julián?

—Nos quedaremos a indagar lo de la cara —determinó Julián—. Estoy verdaderamente muy intrigado. ¡Hola! ¿Quién viene?

Una gran figura emergió de la semioscuridad. Era «Alfredo el Tragallamas».

—Jo, ¿estás aquí? —preguntó—. Tu tía te invita a cenar… y también a todos tus amigos. Venid conmigo.

Hubo una pausa. Ana miró a Julián llena de expectación. ¿Aún se haría el ofendido? Esperaba que no.

—Gracias —contestó Julián por último—. Aceptamos complacidos. ¿Quiere que vayamos ahora mismo?

—Me sentiré muy honrado —confirmó Alfredo haciendo una breve reverencia—. Tragaré llamas en vuestro honor. ¿Os parece bien?

Era demasiado tentador para resistirse. Todos se levantaron apresuradamente y siguieron al grandote de Alfredo por el prado hasta su carromato. Afuera había una buena hoguera, sobre la que colgaba una olla negra que despedía un olor maravilloso.

—La cena todavía no está lista —comunicó Alfredo.

Los cinco niños se sintieron aliviados. Después de su abundante merienda, no se sentían preparados para consumir una comida que

oliera tan bien como la que había en la olla. Se sentaron junto a la hoguera.

—¿Es verdad que usted nos va a ofrecer una exhibición de tragallamas?

—¡Oh, es muy difícil! —contestó Alfredo—. Únicamente lo haré si me prometéis no intentarlo vosotros. Supongo que no querréis tener llagas en vuestra boca, ¿verdad que no?

Ninguno quería tenerlas.

—Tampoco quiero que usted se queme la boca —añadió Ana.

Alfredo se extrañó.

—Soy un tragallamas extraordinario —aseguró—. Los buenos tragallamas jamás se causan llagas en la boca. Ahora…, estaos quietos, que yo encenderé mi antorcha y tragaré llamas para vosotros.

Alguien más se sentó junto a ellos. Era Bufflo. Les sonrió. También vino Skippy y se acomodó entre ellos. Luego apareció el hombre de las serpientes y se sentó al otro lado de la hoguera.

Alfredo volvió trayendo varias cosas en sus manos.

—Será un circo familiar —comentó—. Ahora, mirad… Voy a tragar llamas para vosotros.

Capítulo 12

El tragallamas y otras cosas

Alfredo se sentó en la hierba, algo apartado de la hoguera. Colocó enfrente de él una cazuelita de metal, que olía a petróleo. Mostró a los niños dos cosas.

—Son sus antorchas —explicó la mujer de Alfredo—. Le sirven para comer fuego.

Alfredo dijo algo al hombre de las serpientes, mientras apuntaba con las dos antorchas a la cazuela. Todavía no estaban encendidas y a los niños les parecían simplemente unos palos largos, con un mechón de lana sujeto en un extremo.

El hombre de las serpientes se inclinó y sacó una rama encendida de la hoguera. De un certero golpe la tiró en la cazuela de metal. Inmediatamente prendió el petróleo y surgieron llamas en la oscuridad.

Alfredo sostenía las antorchas una en cada mano, las aproximó al fuego del petróleo.

Se encendieron inmediatamente, despidiendo cada antorcha una llama roja. Sus ojos relucían reflejando la luz brillante de las llamas. Los cinco niños contenían la respiración, expectantes.

Entonces Alfredo inclinó la cabeza hacia atrás, cada vez más atrás, abriendo por completo su gran boca. Introdujo una de las antorchas encendidas en ella y, al cabo de un rato, la sacó. Cerró la boca, de manera que sus mejillas transparentaban el brillo rojo extraño e inverosímil de las llamas en el interior de su boca. Ana soltó un pequeño grito y Jorge suspiró. Los dos chicos mantenían la respiración. Únicamente Jo contemplaba fríamente la escena. Había

visto a su tío hacer lo mismo muchas veces.

Alfredo abrió la boca y soltó una bocanada de llamas, como una cascada de fuego. La visión de la otra antorcha encendida en su mano izquierda, el petróleo ardiendo en la cazuela, la antorcha en su mano derecha y las llamas saliendo de su boca constituían, realmente, una escena fantástica.

Repitió lo mismo con la otra antorcha y de nuevo sus mejillas brillaron como una lámpara. Volvieron a surgir llamas de su boca, meciéndose de un lado para otro en la brisa del anochecer.

—¿Qué…? ¿Os ha gustado verme tragar el fuego? —preguntó Alfredo apagando sus antorchas. También se había apagado la cazuelita y únicamente la luz de la hoguera iluminaba la escena.

—¡Es maravilloso! —manifestó Julián, admirado—. Pero ¿no se quema usted la boca?

—¿Quién, yo? No, nunca —rió Alfredo—. Al principio puede que sí, cuando empecé… hace muchos años. Pero ahora no. Sería vergonzoso si me quemara la boca… Bajaría la cabeza y abandonaría el oficio.

—¿Pero cómo consigue usted no quemarse la boca? —preguntó Dick, intrigado.

Alfredo no quiso dar ninguna explicación. Era parte del secreto de su acto y no iba a divulgarlo.

—Yo también sé tragar llamas —anunció Jo inesperadamente—. A ver, tío, déjame una de tus antorchas.

—¡Que te lo has creído! No harás nada de eso —refunfuñó Alfredo—. ¿Es que quieres quemarte viva?

—No, no me quemaré —aseguró Jo—. Te he observado y sé cómo hay que hacerlo. Ya lo he probado.

—¡Embustera! —saltó de repente Jorge.

—Escúchame —empezó de nuevo Alfredo—. Si intentas tragar llamas, te daré una paliza que te acordarás toda tu vida. Yo haré…

—Calla, Fredo —interrumpió su mujer—. No harás nada de eso. Yo me las entenderé con Jo si intenta hacer disparates. En cuanto a tragar llamas… bueno, si hay alguien que lo intente, seré yo, tu mujer.

—Tú no te dedicarás a tragallamas —se obstinó Alfredo, indudablemente alarmado de que su apasionada mujer intentara

hacerlo.

Ana soltó de pronto un grito de miedo. Un cuerpo largo y gordo se deslizaba entre ella y Julián… Era una pitón del hombre de las serpientes. La había traído consigo sin que los niños se dieran cuenta. Jo la agarró y se puso a acariciarla.

—Dejadla en paz —aconsejó el hombre de las serpientes—. Volverá conmigo. Es que necesita dar un paseo.

—Déjemela tener un poco —pidió Jo—. ¡Es tan suave y tan fría! Me gustan las serpientes.

Julián alargó su mano para tocar tímidamente la gran serpiente. Al tacto la encontró inesperadamente suave y bastante fría. Era extraordinario. Por el aspecto aparentaba ser escamosa y áspera.

La serpiente, mientras tanto, reptó por el cuerpo de Jo, pasó por su hombro y descendió por la espalda.

—Cuidado, no dejes que te rodee con la cola —advirtió el hombre de las serpientes—. Ya te avisé antes.

—La llevaré alrededor del cuello —propuso Jo. Y procedió a rodearse con el cuerpo de la serpiente, sosteniendo cabeza y cola con las manos. Jorge la contemplaba llena de admiración involuntaria. Ana se había apartado de Jo lo más lejos que pudo. Los chicos observaban a Jo boquiabiertos, sintiendo nuevo motivo de respeto por la gitanilla.

Alguien hizo sonar una suave melodía en una guitarra. Era Skippy, la mujer de Bufflo. Era una pequeña canción melancólica, como un zumbido, a cuyo refrán se unieron a coro los demás feriantes. Casi todo el campamento se había reunido allí, entre ellos muchos que los niños no habían visto anteriormente.

Fue una sesión memorable. Sentados alrededor de la hoguera, escuchando el tañido de la guitarra y la voz suave y clara de Skippy… junto al tragallamas y a un palmo de una serpiente que también parecía disfrutar de la música. Se erguía al ritmo del coro y luego descendió del cuerpo de Jo y reptó hacia su amo, el hombre de las serpientes, como obedeciendo a una atracción mágica.

—¡Encanto mío! —exclamó el gracioso hombrecito, dejando deslizarse entre sus manos los potentes anillos de la pitón—. ¿Te gusta la música, preciosa?

—Parece que en verdad quiere a sus serpientes —murmuró Ana

a Jorge—. ¿Cómo es posible?

La mujer de Alfredo se levantó.

—Es hora de terminar —dijo al auditorio—. Alfredo tiene que cenar. ¿No es así, grandullón mío?

Alfredo asintió y volvió a colocar el pesado puchero de hierro sobre el rescoldo de la hoguera. A los pocos minutos, se volvió a sentir un olor tan apetitoso que los cinco muchachos se pusieron a olfatear llenos de expectación.

—¿Dónde está Tim? —preguntó Jorge de pronto. No se le veía por ninguna parte.

—Se escabulló con el rabo entre las piernas en cuanto vio a la serpiente —reveló Jo—. Le vi marcharse. ¡Tim, vuelve! Todo está en orden, Tim. ¡Tim!

—Ya lo llamaré yo, gracias —interrumpió Jorge—. Es mi perro. ¡Tim!

Tim vino con el rabo entre piernas todavía. Jorge lo acarició y también lo hizo Jo. El perro lamió a las dos por turno. Jorge trató de apartarlo de Jo. No le gustaba que Tim se mostrara afectuoso con la gitanilla…, pero no podía evitarlo. Tim la quería.

La cena fue muy agradable.

—¿Qué ha puesto en el puchero? —preguntó Dick, aceptando un segundo plato—. Nunca en mi vida probé un guisado tan rico.

—Cabrito, pato, buey, jamón, conejo, liebre, erizo, cebollas, nabos… —fue enumerando la mujer de Alfredo—. Meto todo lo que se presenta. Cuece y remuevo, cuece y remuevo. A veces añado una perdiz y otro día un faisán y…

—Ten quieta la lengua, mujer —le riñó Alfredo, quien sabía demasiado bien que los campesinos de los alrededores podrían indagar sobre la procedencia de los ingredientes del puchero.

—¿Tú me dices que tenga quieta la lengua? —gritó la pequeña señora de Alfredo, enfadada, blandiendo un cucharón—. ¿Tú me mandas callar?

—¡Guau! —intervino Tim al caerle algunas gotas en el hocico y lamerlas entusiasmado—. ¡Guau!

Se levantó y corrió tras el cucharón, esperando alcanzar algo más.

—Tía Nita, dale un cucharón de guisado —pidió Jo.

Y para gran alegría de Tim, recibió un plato repleto para él solo. Apenas podía creerlo.

—Muchas gracias por la espléndida cena —dijo Julián, viendo que era hora de marcharse. Se levantó y los demás siguieron su ejemplo.

—Gracias también por la exhibición que ha hecho para nosotros, Alfredo —añadió Jorge—. Parece que comer fuego no estropeó su apetito.

—¡Quiá! —exclamó Alfredo, despreciando tal probabilidad—. Jo… ¿piensas pasar la noche con nosotros? Serás bienvenida.

—Sólo necesito una manta vieja, eso es todo, tía Nita —contestó Jo—. Voy a dormir bajo el carromato de Jorge.

—Puedes dormir dentro, en el suelo, si quieres —propuso Jorge. Pero Jo negó con la cabeza.

—No. Ya he dormido bastante en interiores por toda una temporada. Quiero dormir al aire libre. Debajo de la carreta me encontraré estupendamente. Los gitanos suelen dormir ahí cuando hace buen tiempo.

Regresaron por la ladera en la oscuridad. Brillaban algunas estrellas, pero la luna aún no había salido.

—Fue una tarde estupenda e interesante —opinó Dick—. Me gustó. Encuentro simpáticos a tus tíos, Jo.

Jo estaba encantada. Siempre apreció las alabanzas de Dick. Se cobijó debajo de la carreta de las chicas y se envolvió en su manta. Se había acostumbrado a limpiarse los dientes, a lavarse la cabeza y a peinarse en los pocos meses que llevaba viviendo con su madre adoptiva…, pero todo eso quedaba olvidado al reemprender su vida de gitana.

—En uno o dos días volverá a ser la niña asquerosa, sucia, despeinada y grosera que era cuando la conocimos —comentó Jorge mientras se cepillaba el pelo cuidadosa-mente—. Me alegro de que nos quedemos, a pesar de todo. ¿Tú también, Ana? Estoy convencida de que los feriantes se mostrarán en adelante amables con nosotros.

—Gracias a Jo —asintió Ana.

Jorge calló. No le gustaba sentirse obligada a Jo. Terminó de arreglarse y se metió en su litera.

—Me gustaría haber visto aquella cara de la ventana; ¿a ti no, Ana? —preguntó—. Me gustaría saber a quién pertenecía… y por qué se encontraba allí, mirando al exterior.

—Me parece que no tengo muchas ganas de hablar de caras asomadas a ventanas, precisamente ahora —protestó Ana, metiéndose a su vez en su litera—. Cambiemos de tema.

Apagó la lámpara y se acostó. Hablaron entre ellas un rato, hasta que de pronto Jorge oyó algo en el exterior del carromato. ¿Qué podía ser? Tim levantó la cabeza y emitió un débil gruñido.

Jorge miró hacia la ventana que tenía enfrente. Se veía una estrella solitaria… De súbito, algo se interpuso ante ella, apagó su brillo y se apretó contra el cristal. Tim volvió a gruñir, aunque no muy fuerte. ¿Sería alguien a quien conocía?

Jorge encendió su linterna e inmediatamente vio de lo que se trataba. Soltó una ligera carcajada. Luego llamó a Ana.

—¡Ana! ¡Ana! Date prisa, hay una cara en la ventana. ¡Ana, despierta!

—No estoy dormida —se oyó la voz de Ana, que se sentó en la cama y miró en la dirección indicada—. ¿Qué cara? ¿Dónde? Tratas de asustarme, ¿verdad?

—No… allí está, mira —insistió Jorge, dirigiendo el haz de su linterna a la ventana.

Una cara grande, larga, parda, miraba por el cristal. Ana dio un chillido. Después se echó a reír.

—¡Jorge, animal…! Si no es más que el caballo de Alfredo. ¡Qué susto me diste! Me dan ganas de echarte de la litera abajo. Vete, caballo antipático y curioso… ¡Sooo, vete!

Capítulo 13

Excursión al castillo

Por la mañana, una vez que se hubieron desayunado, los niños volvieron a discutir sobre la cara que apareció en la ventana del castillo. Habían enfocado los prismáticos varias veces hacia la aspillera, pero no se veía nada de particular.

—Vayamos al castillo para visitarlo en cuanto abran —propuso Dick—. Pero ¡cuidado…! Que nadie mencione nada sobre caras en los ventanillos… ¿Me entiendes, Jo? A veces no eres capaz de mantener quieta la lengua.

Jo protestó violentamente:

—Yo no me voy de la lengua. Sé guardar un secreto, bien lo sabes.

—Conforme, tragallamas —respondió Dick riendo. Echó una mirada a su reloj—. Aún es temprano para ir.

—Voy a ayudar al señor Slither con sus serpientes —anunció Jo —. ¿Me acompaña alguno?

—Señor Slither… ¡Qué nombre más apropiado para un domador de serpientes! —comentó Dick—. No me importa ir a mirar, pero no me gusta la manera en que esos bichos suben y bajan por el cuerpo de uno.

Todos fueron al carromato del señor Slither, excepto Ana, que prefirió quedarse a limpiar las cosas del desayuno.

El hombre de las serpientes había sacado a ambos reptiles de su caja.

—Les está sacando brillo —explicó Jorge, sentándose cerca de él —. ¡Hay que ver cómo hace relucir sus cuerpos castaños!

—Ven acá, Jo…, ¿quieres pulir a Beauty por mí? —propuso el señor Slither—. Encontrarás crema en aquella botella. Se le han metido otra vez esos molestos granos de arena bajo las escamas. Frótala con la crema y pronto se verá libre de la molestia.

Jo parecía saber lo que tenía que hacer. Cogió un trapo y lo empapó en la crema amarilla. Acto seguido, se puso a frotar suavemente a una de las serpientes, haciendo penetrar la loción entre las escamas.

Jorge, deseando tomar parte en la faena, se ofreció a limpiar a la otra serpiente.

—Toma, hazte cargo de ella —aceptó el señor Slither.

E hizo deslizarse la serpiente hacia Jorge. Él se levantó y entró en su carromato. Jorge no se había esperado aquello. La serpiente subió sobre sus rodillas y luego empezó a enroscarse alrededor de su cuerpo.

—No dejes que la cola encuentre un punto de apoyo —le advirtió Jo.

Los muchachos pronto se cansaron de contemplar a Jo y Jorge, ocupadas con sus respectivas serpientes, y se dirigieron hacia el lugar en donde Bufflo se entrenaba con su látigo. Trazaba con el mismo complicadas figuras en el aire. Sonrió a los chicos.

—¿Queréis probar? —invitó. Pero ninguno de los dos logró nada con el látigo.

—A ver si coge usted algo con el extremo del látigo —propuso Dick—. Creo que es usted habilísimo.

—¿Qué queréis que alcance? —preguntó Bufflo, preparando su larguísimo látigo—. ¿Las hojas más altas de aquel arbusto?

—Sí —aceptó Dick.

Bufflo miró hacia las hojas, agitó varias veces el látigo, lo levantó y lo lanzó. Como por arte de magia, desaparecieron las hojas más altas del arbusto. Los muchachos quedaron admirados.

—Ahora arranque aquella margarita —señaló Julián.

¡Crac! La margarita desapareció.

—Esto es fácil —dijo Bufflo—. Veamos, que uno de vosotros sostenga en la mano un lápiz o algo por el estilo. Lo arrebataré sin tocaros los dedos.

Julián titubeó, pero Dick metió su mano en el bolsillo y extrajo

un lápiz rojo, no muy largo. Extendió la mano con el lápiz sujeto entre los dedos. Bufflo miró con los ojos medio cerrados, como calculando la distancia. Después levantó el látigo.

¡Crac! El extremo del látigo se enrolló alrededor del lápiz y lo arrancó limpiamente de la mano de Dick. Voló por el aire y Bufflo lo atrapó con la suya.

—¡Maravilloso! —exclamó Dick, lleno de admiración—. ¿Se tarda mucho en aprender a hacer algo así?

—Es cuestión de veinte años… o más —contestó Bufflo—. Hay que empezar cuando se es todavía un crío… a los tres años o algo así. Mi papá me enseñó… Y cuando me portaba lento y torpe, me arrancaba la piel del borde de las orejas con un lazo. ¡Qué de prisa se aprende cuando uno sabe lo que le espera!

Los muchachos miraron las orejas de Bufflo. Su borde mostraba, en efecto, unas huellas rugosas.

—También lanzo cuchillos —reveló Bufflo, gozando de la admiración de los muchachos—. Coloco a Skippy ante una tabla y lanzo cuchillos alrededor de ella… de manera que, cuando ella, al final, se aparta de la tabla, los cuchillos clavados dibujan su silueta. ¿Os gustaría verlo?

—Sí, pero no ahora —contestó Julián mirando su reloj—. Queremos subir al castillo. ¿Lo ha visitado alguna vez, Bufflo?

—No. ¿Quién va a perder el tiempo recorriendo un viejo castillo en ruinas? —objetó Bufflo, burlonamente—. No seré yo.

Se encaminó hacia su carromato, trazando círculos en el aire con su látigo mientras caminaba. Dick sintió envidia en el fondo de su corazón. ¡Qué pena no haber empezado a tiempo a aprender estas cosas! Sospechaba que nunca lograría adquirir habilidad en la materia. Era demasiado viejo.

—Jorge, Jo, es hora de irnos —llamó Julián—. Dejad las serpientes y venid. ¡Ana! ¿Estás lista?

El señor Slither vino a recoger sus serpientes. Reptaron hacia él con alegría y él acarició sus cuerpos suaves y brillantes.

—Tengo que lavarme las manos antes de irnos —dijo Jorge—. Están algo viscosas. ¿Vienes, Jo?

Jo no comprendía la necesidad de lavarse las manos después de tocar serpientes, pero fue con Jorge hasta el río y las hundió en el

agua. Jorge secó sus manos en un pañuelo no muy limpio y Jo lo hizo con su falda, bastante menos limpia todavía. Contempló con envidia los shorts de Jorge. ¡Qué pena tener que llevar faldas!

No cerraron con llave sus carromatos. Julián estaba seguro de que los feriantes serían ahora buenos con ellos y no les quitarían nada, ni permitirían que otros lo hiciesen. Todos juntos caminaron colina arriba, con Tim dando alegres saltos a su alrededor, bajo la impresión de que se trataba de un paseo bien largo.

Treparon por encima del portillo, siguieron un trozo de la carretera y llegaron a la verja de madera de la que arrancaba el sendero empinado que conducía al castillo.

Éste se hallaba ahora tan cerca de ellos que parecía a punto de derrumbarse sobre sus cabezas.

Siguieron el sendero y llegaron a la pequeña torre. En ella vieron una puertecita por la que se entraba en el recinto del castillo. Había allí una vieja que parecía algo así como una bruja. Si sus ojos fueran verdes, Ana habría asegurado que se trataba, en efecto, de la descendiente de una bruja. Pero sus ojos eran negros como el azabache. No tenía dientes, por lo cual resultaba difícil entender lo que decía.

—Cinco entradas, por favor —pidió Julián entregando media corona.

—No podéis entrar con el perro —advirtió la vieja, pero lo dijo gruñendo, de manera que no la comprendieron. Señaló al perro mientras repetía su objeción, moviendo la cabeza de un lado para otro.

—¡Oh…! ¿No puede entrar nuestro perro? —preguntó Jorge—. No hará ningún daño.

La vieja señaló un cartel en el que se decía: No se permiten perros.

—Bueno, entonces lo dejaremos fuera —aceptó Jorge con enfado —. Qué instrucciones más antipáticas. Tim, quédate aquí, no tardaremos mucho.

Tim encogió el rabo. No estaba conforme. Pero sabía, que existían lugares en los que no podía entrar, como las iglesias, por ejemplo, y se imaginó que aquello sería una iglesia enorme…, algo parecido al lugar en el que Jorge desaparecía muchos domingos. Se

echó en un rincón soleado.

Los cinco niños atravesaron el portillo giratorio. Luego abrieron la puerta que había detrás y entraron en los dominios del castillo. La puerta se cerró tras ellos.

—Esperad…, necesitamos una guía —observó Julián—. Quiero saber detalles de aquella torre.

Volvió atrás y compró una por una moneda de seis peniques. Se reunieron en el gran patio del castillo para estudiar la guía. Contenía la historia del antiguo lugar…, una historia de paz y de guerra, batallas, querellas y disputas, feudos familiares, matrimonios y las demás cosas por el estilo que forman la historia.

—Sería una historia emocionante si estuviera bien escrita —comentó Julián—. Mirad, aquí está el plano del castillo. Figuran también las mazmorras.

—No están abiertas al público —leyó Dick con amargura—. ¡Qué pena!

—En otros tiempos fue un castillo fuerte y potente —explicó Julián observando el plano—. No le falta el grueso muro que aún lo rodea… y el castillo en sí está construido en medio de un gran patio, que lo rodea por todas partes. Aquí dice que los muros del propio castillo miden un metro veinte, aproximadamente, de grueso. ¡Un metro veinte nada menos! No es extraño que una gran parte siga en pie.

Contemplaron atemorizados las silenciosas ruinas. El castillo se elevaba con algunas grietas aquí y allá. En algún lugar faltaba todo un muro y todas las puertas estaban derruidas.

—Como se indica, tuvo cuatro torres —continuó Julián, con la nariz metida en las páginas de la guía—. Aquí dice que tres de ellas están actualmente en ruinas, que la cuarta sigue en condiciones bastante buenas…, pero la escalera de piedra que conducía a los pisos superiores se ha derrumbado.

—Bien, en ese caso es imposible que hayáis visto una cara en aquel ventanillo —observó Jorge mirando hacia lo alto de la cuarta torre—. Si la escalera se ha derrumbado, nadie puede subir allá arriba.

—¡Hum! Comprobaremos hasta qué punto se ha derrumbado. Puede que sea peligroso para el público en general y puede que

encontremos un cartel avisando el peligro…, pero puede también que aún sea posible trepar por ella.

—Si es así, ¿subimos? —preguntó Jo, con los ojos brillantes—. ¿Qué haremos si encontramos la cara?

—Esperemos a encontrarla primero —la frenó Julián. Cerró la guía y la metió en su bolsillo—. Bien, parece que somos los únicos aquí. En marcha. Primero demos una vuelta por el patio.

Caminaron a lo largo del patio que rodeaba el castillo. Estaba salpicado de grandes piedras blancas sueltas, que se habían desprendido de los muros del castillo. En un lugar había caído todo un muro y pudieron ver el interior del castillo, oscuro e inhóspito.

Llegaron de nuevo al punto de partida.

—Entremos por la puerta principal…, si merece tal nombre aquel gran arco de piedra —propuso Julián—. Me imagino… figuraos caballeros cabalgando por el patio, impacientes por ir a algún torneo, sus caballos piafando continuamente.

—Sí —exclamó Dick—. Ya lo creo que me lo imagino.

Entraron por el portal del arco y caminaron de sala en sala, todas ellas con pavimentos de losas y paredes de piedra y con ventanillos estrechos como aspilleras que dejaban pasar muy poca luz.

—No conocían el vidrio de ventana en aquellos tiempos —comentó Dick—. Supongo qué en los días fríos y ventosos se alegrarían de que las ventanas fueran tan estrechas. ¡Brrrr! Debió de ser un lugar muy frío para vivir en él.

—Los suelos solían estar cubiertos de alfombras y grandes tapices colgaban en las paredes —aclaró Ana, recordando sus lecciones de Historia—. Julián… vayamos adonde está la escalera de la torre. ¡Hala, no tardemos más! Estoy impaciente por descubrir si realmente hay una cara en aquella torre.

Capítulo 14

«Faynights Castle»

—¡Chac-chac-chac! ¡Chac-chac-chac!

Los grajos evolucionaban alrededor del viejo castillo, llamándose los unos a los otros con sus amables y divertidas voces. Los cinco niños levantaron la vista y se quedaron contemplándolos.

—Se pueden ver plumas grises en sus pescuezos —observó Dick—. ¡Quién sabe los años que llevan estos bichos dando vueltas al castillo!

—Supongo que las ramas que hay esparcidas por el patio las habrán traído ellos —repuso Julián—. Construyen sus nidos con palos bastante gruesos… De verdad, deben de haber tirado tantos como han utilizado. Fijaos en aquel montón.

—Hay una enormidad —asintió Dick—. Me gustaría que algunos de ellos dejasen caer unos cuantos palos cerca de nuestro carromato. Así me evitaría el recoger leña cada día.

Se habían detenido en la gran arcada que adornaba la entrada al castillo. Ana se impacientó.

—Echemos una mirada a las torres ahora —imploró.

Se dirigieron a la más próxima, pero les resultó imposible comprobar que jamás hubiera sido una torre. Ahora no era más que un informe montón de piedras, apiladas de cualquier manera.

Fueron hacia la única torre en buen estado. Habían tenido la esperanza de hallar algún vestigio de la escalera de piedra, pero tuvieron un desengaño. Ni siquiera pudieron mirar a su interior. Una de las paredes interiores se había derrumbado y los escombros bloqueaban completamente el suelo. No había huella de escalera. O

se había caído también o quedaba cubierta por las piedras del muro derrumbado.

Julián quedó pensativo. Resultaba obvio que nadie podía subir a la torre desde el castillo. Entonces, ¿cómo diablos pudo haber una cara en el ventanillo de la torre? Empezaba a sentirse molesto. ¿Se trataba de una cara? Y si no lo era, ¿qué podía haber sido?

—Esto es ridículo —exclamó Dick, pensando lo mismo que Julián y señalando el montón de piedras de la planta baja de la torre—. Parece absolutamente imposible subir por aquí. Bien… ¿qué hay entonces de aquella cara?

—Vayamos a preguntar a la vieja si hay otro camino para subir a la torre —sugirió Julián—. Puede que lo sepa.

De manera que abandonaron el edificio del castillo y caminaron a través del gran patio hacia la pequeña torre en la muralla exterior, en la que estaba la garita del portero. La vieja se hallaba sentada junto al portillo giratorio, haciendo calceta.

—¿Podría decirnos, por favor, si hay alguna manera de subir a aquella torre? —preguntó Julián.

La vieja contestó algo, pero no había manera de entenderle una palabra. Sin embargo, como movía vigorosamente la cabeza de un lado para otro, resultaba evidente que no había otra subida a la torre. La cosa era extraña.

—¿Existe algún plano del castillo mejor que éste? —preguntó Julián mostrando su guía—. ¿Un plano de las mazmorras, por ejemplo…, y un plano de las torres, tal como fueron antes de convertirse en ruinas?

La vieja farfulló algo así como «Sociedad de Conservación de Alguna Otra Cosa».

—¿Qué dice usted? —insistió Julián con paciencia.

La mujer parecida a una bruja se iba cansando, evidentemente, de las preguntas. Abrió un gran libraco que contenía su contabilidad y fue mirando las páginas. Puso el dedo sobre algo anotado allí y lo enseñó a Julián.

—«Sociedad de Conservación de Monumentos Antiguos» —leyó éste—. ¡Oh! ¿Ha venido algo de ellos últimamente? ¿Saben algo más de lo que dice la guía?

—Sí —contestó la vieja—. Vinieron dos hombres. Pasaron todo

el día aquí… el jueves pasado. Pregunta a esa sociedad lo que quieras saber… no a mí. Yo sólo me encargo de cobrar.

Sus palabras sonaron bastante claras por un instante. Luego volvió a enmudecer y nadie logró entenderle otra palabra.

—De todos modos, nos ha dicho lo que deseábamos saber —comentó Julián—. Telefonearemos a la Sociedad y les preguntaremos si pueden revelarnos algo más sobre el castillo. Puede haber pasadizos secretos y otras cosas no mencionadas en la guía.

—¡Qué emocionante! —exclamó Jorge estremeciéndose—. Propongo volver a la torre para estudiar la parte de fuera. Es posible que pueda treparse por allí.

Volvieron atrás para verlo…, pero no era escalable. Aunque las piedras con que estaba construida eran irregulares, formando hendiduras donde apoyar las manos y los pies, la escalada resultaría demasiado peligrosa para ellos…, incluso para Jo, con sus pies de gato. Desde luego era imposible saber qué piedra estaba suelta y qué otra firme, hasta que el escalador no se apoyase en ella… y entonces se desplomaría probablemente.

A pesar de todo, Jo estaba dispuesta a intentarlo.

—Yo seré capaz de hacerlo —propuso, sacándose un zapato.

—Ponte el zapato —ordenó Dick—. No probarás ninguno de tus trucos. Ni siquiera hay hiedra por la que puedas trepar.

Jo volvió a calzarse, disgustada, poniendo una cara enfurruñada, parecida a la de Jorge cuando se enfadaba. Y luego, ante el asombro de todos, vieron venir a Tim alegremente hacia ellos.

—¡Tim! ¿De dónde sales? —preguntó Jorge, sorprendida—. No hay otra entrada que por el portillo giratorio… y la puerta que hay detrás del mismo está cerrada. La cerramos nosotros mismos. ¿Cómo has conseguido entrar?

—¡Guau! —ladró Tim tratando de explicarse. Corrió hacia la torre entera, trepó por encima de los bloques de piedra amontonados y se paró ante un paso estrecho entre tres o cuatro de las piedras caídas—. ¡Guau! —y volvió a saltar ladrando a una de las piedras.

—Ha salido por aquí —señaló Jorge. Empujó una de las piedras, aunque, claro está, no logró moverla ni un milímetro—. No

comprendo cómo Tim ha logrado deslizarse a través de este hueco… ¡Si ni siquiera parece suficiente para un conejo! Desde luego, ninguno de nosotros puede entrar por aquí.

—Lo que me intriga —intervino Julián— es por dónde entró Tim ahí desde el exterior. Le dejamos fuera del castillo…, por lo tanto, debió de correr a lo largo de la muralla hasta encontrar un agujero en algún sitio. Y entonces se metió por él.

—Sí, así debió de ser —confirmó Dick—. Sabemos que la muralla tiene un grueso de un metro veinte, de manera que debió de encontrar un lugar con alguna piedra desprendida y se habrá metido por allí. Pero…, ¿es posible que un agujero atraviese el metro veinte de la muralla?

La cosa resultaba intrigante. Todos se quedaron mirando a Tim y éste movió el rabo, lleno de expectación. Luego se puso a ladrar y a brincar jugueteando.

La puerta que había junto al portillo giratorio se abrió de pronto, dejando pasar a la vieja portera.

—¿Cómo entró este perro? —gritó—. Tiene que salir inmediatamente.

—No sabemos cómo entró —respondió Dick—. ¿Hay algún agujero en la muralla?

—No —respondió la vieja—. Ninguno. Seguro que vosotros dejasteis entrar al perro mientras yo estaba distraída. Tiene que marcharse. Y vosotros también. Ya habéis estado bastante tiempo.

—Nos íbamos de todos modos —aceptó Julián—. Hemos visto todo lo que hay que ver… o todo lo que permiten ver. Estoy seguro de que existe algún modo de subir a esa torre, a pesar de haberse derrumbado la escalera. Llamaré a la «Sociedad de Conservación de Monumentos Antiguos» y les pediré que me pongan en contacto con las personas que examinaron el castillo la semana pasada.

—Sí. Seguramente poseerán un plano detallado —aprobó Dick —. Pasadizos secretos, mazmorras, habitaciones ocultas y demás…, si es que existen.

Agarraron a Tim por el collar y pasaron por el portillo giratorio: «clic-clic-clic».

—Siento la necesidad de comer unos buñuelos en la lechería — exclamó Jorge—. Y también de beber limonada. ¿Alguno de

vosotros siente algo parecido?

Todos estaban de acuerdo, incluso Tim, que expresó su conformidad ladrando.

—Tim se enfada por los buñuelos —interpretó burlona Jorge—. Sus ladridos van contra ellos.

—Es un derroche —advirtió Ana—. Se comió cuatro la última vez… más que cualquiera de nosotros.

Fueron caminando hacia el pueblo.

—Entrad vosotros y encargad lo que queráis —decidió Julián—. Mientras tanto voy a tratar de localizar aquella Sociedad. Puede que tenga una delegación en este distrito.

Se dirigió a la oficina de Correos para telefonear y el resto del grupo entró en la bonita y alegre lechería. La regordeta lechera los recibió radiante. Ya los consideraba como sus mejores clientes, y, en efecto, lo eran.

Todos tomaban ya su segundo buñuelo cuando regresó Julián.

—¿Alguna novedad? —preguntó Dick.

—Sí —afirmó Julián—. Y muy extraña, por cierto. Encontré la dirección de la Sociedad… Tienen una delegación a unos noventa kilómetros de aquí. Se ocupa de todos los monumentos antiguos en un radio de ciento ochenta kilómetros. Les pregunté si tenían algún folleto reciente sobre el castillo.

Hizo una pausa para tomar un buñuelo y darle un mordisco. Los demás esperaron pacientemente mientras mascaba.

—Me informaron de que no tenían. La última vez que confrontaron algo sobre «Faynights Castle» fue hace dos años.

—Pero…, pero entonces, ¿qué hay de los dos hombres que visitaron el castillo la semana pasada por encargo de la Sociedad? —preguntó Jorge.

—Eso mismo objeté yo —contestó Julián dando otro bocado—. Y aquí está el intríngulis. Me dijeron que ignoraban totalmente de qué les hablaba, que nadie había sido enviado allí por la Sociedad y que, de todos modos, quién era yo.

—¡Troncho! —exclamó Dick, pensando intensamente—. Entonces… aquellos hombres examinaron y exploraron el castillo por su propia cuenta.

—Exactamente —confirmó Julián—. Y no puedo evitar seguir

pensando en aquella cara que vimos en la aspillera. Esos dos hombres tienen algo que ver con el asunto. Es casi seguro que dichos hombres no tenían la menor relación con ninguna entidad oficial… Lo dijeron únicamente como excusa, porque querían averiguar qué clase de escondites podía haber en el castillo.

Todos quedaron boquiabiertos, sintiendo que una emoción familiar se iba apoderando de ellos… lo que Jorge llamaba «sensación de aventura».

—Entonces hubo de verdad una cara en aquella aspillera de la torre… Y, en cierto modo, algo está ocurriendo allí —dedujo Ana.

—Sí —confirmó Julián—. Reconozco que lo que imagino parece demasiado inverosímil, pero creo que pudiera haber la posibilidad de que los dos científicos desaparecidos se ocultasen allí. No sé si lo leísteis en el periódico, pero uno de ellos, Jeffrey Pottersham, ha escrito un libro sobre ruinas célebres. Podía conocerlo todo sobre «Faynights Castle», ya que era un castillo muy célebre. Si querían ocultar algo hasta que se calmara el escándalo causado por su desaparición y luego escapar a otro país, bien…

—Podían esconderse en la torre y luego salir silenciosamente de allí cualquier noche, bajar hasta el mar y alquilar un bote de pesca —gritó Dick, quitándole a Julián las palabras de la boca—. Atravesarían el Canal de la Mancha en un instante.

—Sí, eso mismo es lo que yo me imagino —confirmó Julián—. Casi creo que debo telefonear a tío Quintín y explicárselo todo. Le describiré la cara lo mejor que pueda. Siento que todo esto es demasiado importante para que lo llevemos nosotros solos. Esos hombres pueden estar en posesión de secretos importantísimos.

—Volvemos a tener una aventura —exclamó Jo con la cara seria, pero con los ojos muy brillantes—. ¡Estoy contenta de tomar también parte en ella!

Capítulo 15

Una jornada interesante

Todos se sentían terriblemente excitados.

—Me parece que tomaré el autobús hasta la próxima ciudad —dijo Julián—. El teléfono de aquí está demasiado a la vista. Escogeré una cabina en alguna calle, donde nadie puede oír lo que diga.

—Muy bien, vete tú —contestó Dick—. Nosotros haremos algunas compras y volveremos a nuestros carromatos. Me gustaría saber lo que dirá tío Quintín.

Julián se dirigió a la parada del autobús. Los otros recorrieron las escasas tiendas del lugar e hicieron sus compras: tomates, lechugas, mostaza y berros, salchichas, tarta de frutas y fruta en conservas, así como mucha leche en pequeñas botellas.

Por el camino tropezaron con alguno de los feriantes, que se mostraron muy corteses. La esposa de Alfredo llevaba una cesta enorme, casi tan grande como ella misma. Alegremente les contó:

—Ya veis, yo misma tengo que ir de compras. Ese mal hombre grandullón es demasiado gandul para hacerlo por mí. Además, no tiene cabeza. Le digo que me traiga carne y me trae pescado; le digo que me compre coles y trae lechugas. No tiene ni pizca de cabeza.

Los niños se echaron a reír. Resultaba tan chocante que el grandísimo Alfredo, un auténtico tragallamas, se dejara mandar y regañar por su mujer, tan menuda…

—¡Vaya cambiazo que han dado! Ahora son todos tan amables… —observó Jorge, complacida—. ¡Ojalá dure! Por ahí viene el hombre de las serpientes, el señor Slither… Y no lleva ninguna

serpiente consigo.

—Eso faltaba. Si lo hiciera, tendría todo el pueblo para él solo —replicó Ana—. ¿Qué comprará para dar de comer a sus reptiles?

—Sólo hacen una comida cada quince días —explicó Jo—. Engullen…

—No, no me lo expliques —interrumpió Ana con vehemencia—. No quiero saberlo. Mira, aquí tenemos a Skippy.

Skippy saludó cariñosamente. Llevaba dos capazos llenos hasta los topes. Los feriantes, verdaderamente, se cuidaban bien.

—Deben de ganar mucho dinero —calculó Ana.

—Sí, pero lo gastan tan pronto como lo ganan —aclaró Jo—. Jamás ahorran. Tanto si la temporada es buena como si es mala. Debieron de tener buena entrada en su última exhibición. Todos parecen muy ricos.

Regresaron al campo y disfrutaron de un día muy entretenido, porque los feriantes, deseosos de corregir el hostil comportamiento anterior, los recibían con los brazos abiertos. Alfredo amplió sus explicaciones sobre el arte de tragar fuego y les mostró cómo colocaba pelotas de algodón en rama en el extremo de las antorchas y cómo las empapaba en petróleo para inflamarlas con facilidad.

El hombre de goma deslizó su cuerpo entre los radios de las ruedas de su carromato, cosa que requería enorme destreza. También se doblaba hasta enlazar brazos y piernas de manera tan particular que, en vez de un ser humano, parecía un enorme pulpo.

Se ofreció a enseñar a Dick cómo hacerlo, pero Dick ni siquiera logró doblar su cuerpo por completo. Se sintió defraudado por perder la ocasión de aprender un maravilloso truco para exhibirse y lucirse en el campo de juego de la escuela.

El señor Slither les dio una interesante conferencia sobre reptiles y terminó con algunas informaciones sobre serpientes venenosas que podían serles muy útiles.

—Por ejemplo, las serpientes cascabel —explicó—, o las cobras, o cualquier otra serpiente venenosa. Si queréis capturar una para domarla, no la persigáis con un palo, ni la sujetéis contra el suelo. Esto la asustaría y no lograríais hacer nada con ella.

—¿Qué hay que hacer entonces? —preguntó Jorge.

—Bien, habéis de observar sus lenguas partidas —continuó el

señor Slither muy serio—. ¿Sabéis cómo las sacan y cómo las hacen vibrar?

—Sí —contestaron todos.

—Bien. Pues si una serpiente venenosa mantiene la lengua tiesa, sin vibrar, tened cuidado —siguió diciendo el señor Slither solemnemente—. No la toquéis entonces. Pero si su lengua vibra y no está hinchada, podéis acercar vuestros brazos a su cuerpo y se dejará coger.

Mientras hablaba, iba haciendo todos los gestos que describía, como si recogiese una serpiente imaginaria y dejara deslizarse su cuerpo entre sus brazos. Era fascinante contemplarle. Parecía un brujo.

—Muchas gracias —dijo Dick—. Cuando trate de capturar serpientes venenosas, haré exactamente como usted nos lo ha explicado.

Los demás se rieron. ¡Cómo si la captura de bichos venenosos fuera un trabajo cotidiano para Dick! Al señor Slither le complacía tener un auditorio tan atento.

Jorge y Ana, sin embargo, pensaron que, ante una serpiente venenosa, no se pararían a observar su lengua. Muy al contrario, echarían a correr inmediatamente.

Había todavía más feriantes sobre los cuales los niños lo ignoraban todo. Dacca, «El Zancudo», que se calzó unos zancos muy largos y estuvo bailando para los niños sobre el techo de su carromato; Pearl, una equilibrista que sabía caminar y bailar maravillosamente sobre una cuerda, cayendo después en pie sobre un alambre que había debajo. Y otros, que tomaban parte también en el espectáculo, aunque sólo hicieran de comparsas o como números de relleno entre las atracciones más importantes.

Jo no los conocía a todos, pero pronto hizo buenas amistades e incluso daba la sensación de encontrarse allí como en su propia casa, tanto que la pandilla empezó a dudar de que jamás volviera al hogar de su madre adoptiva.

—Ahora es exactamente igual a todos ellos —observó Jorge—. Aseada y sucia al mismo tiempo; avara y generosa, gandula y también trabajadora, igual que hace Bufflo, capaz de pasar horas y horas practicando incansablemente con el lazo y en cambio luego

deja transcurrir el tiempo tumbado sin dar golpe. Son gente extravagante. Pero me gustan, lo confieso.

Los demás opinaban lo mismo. Comenzaron a comer sin Julián, que no había vuelto todavía. ¿Por qué tardaba tanto? Si sólo tenía que telefonear a su tío.

Por fin llegó.

—Siento venir tarde —se excusó—, pero, en primer lugar, no contestaban, por lo que tuve que esperar un rato por si tía Fanny y tío Quintín habían salido. Y aproveché para tomarme unos bocadillos. Luego volví a llamar y me contestó tía Fanny, pero me dijo que tío Quintín se había marchado a Londres y no regresaría hasta la noche.

—¿A Londres? —preguntó Jorge, asombrada—. Pero si no suele ir nunca a Londres.

—Por lo visto fue por el asunto de los dos científicos desaparecidos —aclaró Julián—. Él está seguro de que su amigo Terry-Kane no es un traidor y ha ido a decirlo a las autoridades. Y, claro, yo no podía esperar hasta la noche.

—¿Les dijiste lo que hemos averiguado? —preguntó Dick, preocupado.

—Sí, pero se lo tuve que decir a tía Fanny —repuso Julián—. Me prometió que se lo repetiría palabra por palabra a tío Quintín cuando éste regresara por la noche. Es una pena que no pudiera hablarle y saber su opinión acerca de todo esto. Le dije a tía Fanny que le pida que me escriba inmediatamente.

Después de la merienda volvieron a tumbarse al sol en el prado. El tiempo era realmente maravilloso. Julián miró hacia las ruinas del castillo, enfrente de ellos. Fijó su mirada en la torre en la que habían visto la cara. Estaba tan lejana que únicamente distinguía la ranura de la aspillera.

—Dame tus prismáticos, Jorge —pidió—. Echaremos otra ojeada hacia aquella abertura. Sería poco más o menos esta misma hora cuando vimos aquella cara.

Jorge los cogió, pero no quiso dárselos a Julián sin antes mirar ella misma primero. Enfocó la ventana. Primero no vio nada, pero después, súbitamente, se le apareció un rostro. Jorge quedó tan asombrada que soltó un chillido. Julián se apoderó de los anteojos y

enfocó la ventana, descubriendo a su vez aquella cara. Sí, era la misma del día anterior, con sus cejas negras y todas las demás facciones idénticas.

Los anteojos pasaron a Dick y todos fueron turnándose para observar aquel misterioso rostro. No se movía en absoluto. Podían verle inmóvil y mirando fijamente. Luego, cuando le tocó el turno a Ana, desapareció de pronto y ya no volvió a asomarse.

—Bien… ¡No fue imaginación nuestra! —sentenció entonces Julián—. Sigue allí. Y donde hay una cara, podemos creer que hay también un cuerpo. ¿Alguno de vosotros ha observado si la cara tenía expresión desesperada?

—Sí —confirmó Dick, mientras que los demás asentían con gestos—. También ayer me lo pareció. ¿Supones que esa persona, quienquiera que sea, está prisionera allí arriba?

—Eso parece —contestó Julián—. Pero ¿cómo demonios pueden haberle metido allí? Es un lugar estupendo para encerrar a alguien, desde luego, pues nadie sospecharía un escondite semejante. Y si no fuera porque observábamos los grajos con estos magníficos prismáticos, jamás lo hubiésemos descubierto. Había una posibilidad entre mil de que le viéramos.

—Entre un millón —amplió Dick—. ¿Qué te parece, Julián? Deberíamos ir al castillo y llamarle. Podría contestarnos a gritos y darnos un mensaje.

—Pero ¿no crees que si hubiera podido dar un mensaje ya lo habría hecho antes? —opinó Julián—. Sólo conseguiría hacerse oír sacando la cabeza por entre los muros y no llegaría, que son demasiado gruesos.

—¿No podríamos encaramarnos y descubrir algo dentro? —propuso Jorge, deseosa de entrar en acción—. Al fin y al cabo, Tim entró de alguna manera y nosotros también lo lograremos.

—¡Buena idea! —aprobó Julián—. Tim encontró una manera de entrar. Puede que sea el camino que conduzca a la cima de la torre.

—¡Adelante entonces! —animó Jorge, impaciente.

—Todavía no —frenó Julián—. Nos verían si trepáramos allá arriba por el exterior de los muros del castillo. Hemos de hacerlo de noche. Podemos salir cuando aparezca la luna.

Una ráfaga de entusiasmo se apoderó de los cinco. Tim golpeaba

el suelo con su rabo. Había permanecido atento a la conversación, como si lo entendiera todo.

—También te llevaremos, Tim —prometió Jorge—, por si nos pasa algo…

—No debe pasarnos nada —protestó Julián—. Únicamente vamos a explorar y no creo encontrar gran cosa, porque estoy seguro de que no seremos capaces de hallar la entrada. Sin embargo, espero que opinéis lo mismo que yo: que no podemos resolver el misterio de la cara en la ventana nosotros solos, pero que tenemos necesidad de intentarlo. El trepar alrededor de las viejas ruinas en seguida es para nosotros un deber. Lo intentaremos.

—Sí, eso es lo que opino exactamente —confirmó Jorge—. No seré capaz de dormir tranquila esta noche, lo sé. ¡Oh, Julián, qué emocionante es todo!

—¡Y tanto! —dijo Julián—. Me alegro de no haber regresado hoy como pensábamos. De veras, ya estaríamos en camino si no hubiera sido por el descubrimiento del rostro en la ventana.

El sol se puso y la temperatura descendió. Se metieron en el carromato de los chicos y jugaron a las cartas, sin sentir sueño. Jo era mala jugadora y dejó pronto el juego, que no entendía bien. Se quedó velando, abrazada al cuello de Tim.

La cena consistió en salchichas fritas y grosellas en compota.

—Es una pena que en la escuela no nos den comidas como ésta —observó Dick—. Se prepara sin trabajo y se come con gusto. Julián, ¿no será hora de irnos?

—Sí —aceptó Julián—. Abrigaos todos, que nos ponemos en camino inmediatamente. ¡Será una noche llena de emoción!

Capítulo 16

Pasadizos secretos

Esperaron a que la luna se ocultara tras una nube y entonces, como sombras vivientes, descendieron a toda velocidad por el prado del campamento. No deseaban ser vistos por ningún feriante. Saltaron por encima del portillo y subieron por la carretera. Después continuaron por el sendero empinado que conducía al castillo, pero, al llegar a la torrecilla donde se hallaba la entrada al recinto, torcieron a la derecha y avanzaron arrimados al pie de las grandes y gruesas murallas.

El camino era muy dificultoso, debido a lo escabroso del terreno y a la mucha humedad que lo hacía resbaladizo. Tim les acompañaba, excitado por lo inesperado del paseo.

—Ahora, Tim, escucha: queremos que nos enseñes cómo entraste —le aleccionó Jorge—. ¿Me oyes, Tim? Entra, Tim, entra por donde lo hiciste esta mañana.

Tim agitó su largo rabo, jadeó y dejó caer la lengua en señal de que ayudaría en la medida de sus fuerzas. Inmediatamente se puso a la cabeza de la comitiva, husmeando el camino.

De pronto se paró y miró atrás. Soltó un débil gemido. Los demás se apresuraron a alcanzarlo.

En aquel momento, la luna tuvo la mala idea de desaparecer tras una nube. Julián encendió su linterna y dirigió el haz de luz hacia el lugar donde estaba Tim. El perro se mantenía quieto, muy satisfecho.

—Bien, ¿qué hay aquí para que estés tan satisfecho y contento, Tim? —preguntó Julián, intrigado—. No veo por parte alguna

ningún agujero por el cual podamos entrar. ¿Qué tratas de mostrarnos?

Tim soltó un pequeño ladrido. Y, repentinamente, trepó unos ciento veinte centímetros por encima de unas piedras salientes de la muralla y desapareció.

—Demonios, ¿por dónde se ha ido? —exclamó Julián, alarmado. Elevó su linterna—. Ya lo veo. Allí falta una piedra, un gran sillar, y Tim se ha metido por el hueco.

—Aquí está el sillar caído, que ha rodado ladera abajo —observó Dick señalando un enorme bloque blanco, toscamente labrado—. Pero ¿cómo ha podido entrar Tim por ahí, Julián? Esta muralla tiene un grueso enorme y, aunque se desprenda una piedra, han de quedar muchísimas más detrás.

Julián trepó muro arriba. Alcanzó el hueco dejado por la piedra desprendida y dirigió el haz de luz hacia el interior.

—¡Caramba! Esto se pone interesante —exclamó—. La muralla está hueca precisamente en este sitio. Tim se ha metido en el hueco.

Todos quedaron sobrecogidos por la emoción.

—¿Podemos entrar nosotros y seguir a Tim? —preguntó Jorge —. Llámale, Julián, para saber dónde está.

Julián llamó por el hueco:

—Tim, Tim, ¿dónde estás?

Le contestó un ladrido distante y amortiguado y, súbitamente, los ojos de Tim brillaron reflejando la luz de la linterna. El perro se hallaba en el hondo orificio que partía del hueco de la piedra desprendida.

—Aquí está —notificó Julián a los demás—. Os diré lo que me parece que hemos descubierto. Cuando se construyó esta enorme muralla, debieron dejar este hueco en su interior, bien para ahorrar piedras o con el propósito de hacer un pasadizo secreto, no sé con cuál de las dos ideas. La piedra desprendida ha puesto al descubierto ese hueco. ¿Qué os parece? ¿Lo exploramos?

—¡Sí, sí! —fue la contestación unánime.

Julián se introdujo por el hueco de la muralla y enfocó la linterna escudriñando a su alrededor.

—En efecto —gritó—, se trata de una especie de pasadizo. Es estrecho, sin embargo. Tendremos que agacharnos mucho para

recorrerlo. Ana, tú primero. Así podré ayudarte.

—¿Será respirable el aire? —preguntó Dick.

—Huele a humedad —contestó Julián—. Pero, si realmente es un pasadizo, ha de haber orificios disimulados para la entrada de aire fresco. Así va bien, Ana, mantente siempre junto a mí. Ahora le toca a Jo, luego sigue Jorge y, por último, Dick.

Pronto se encontraron en el curioso pasadizo que se extendía por el interior de la muralla. Era en verdad muy bajo de techo y todos se cansaron de caminar tan agachados. La oscuridad, además, era absoluta, y aunque cada cual, excepto Jo, llevaba su linterna, la visibilidad era escasa.

Ana no soltaba la chaqueta de Julián, a la que se agarraba como un náufrago. No las tenía todas consigo, pero por nada del mundo hubiera renunciado a ir con los demás.

Julián se paró repentinamente y todos chocaron entre sí:

—¿Qué ocurre? —preguntó Dick desde la retaguardia.

—Aquí hay escalones —contestó Julián—, peldaños que descienden… Es toda una escalera muy empinada. Tened mucho cuidado.

Los peldaños eran realmente muy altos.

—Será mejor descender de espaldas —decidió Julián—. Así podremos sostenernos con pies y manos. Ana, espera que llegue al fondo y podré ayudarte.

Los escalones bajaban poco más o menos tres metros. Julián llegó sano y salvo al fondo. Ana se puso de espaldas a su vez y fue descendiendo, como por la escala de un barco. Así resultaba mucho más fácil.

Ya en el fondo, encontraron otro pasadizo, más ancho y alto que el anterior, de lo cual se alegraron todos.

—¿Adonde conducirá éste? —se preguntó Julián, parándose para reflexionar—. Este pasadizo forma ángulo recto con la muralla… De manera que ahora hemos abandonado la muralla exterior… Debemos de encontrarnos en algún lugar del patio, me figuro.

—Apuesto a que no estamos lejos de la torre —exclamó Dick—. Creo… espero que este túnel nos lleve hasta ella.

Ninguno podía asegurar con certeza adonde iban a llegar. Sea

como fuere, parecía que se dirigían directamente adonde querían. Después de recorrer unos veinticinco metros, Julián volvió a detenerse.

—Otra vez escalones, esta vez subiendo —avisó—. Una escalera igual que la anterior. Me figuro que estamos en el interior de un muro del castillo. Probablemente es un pasadizo secreto que comunica con uno de los antiguos aposentos del castillo.

Subieron con cuidado los peldaños de piedra y llegaron a un lugar que ya no era corredor, sino una minúscula habitación construida en el interior de un muro del propio castillo.

Julián se paró, sorprendido, y los demás fueron metiéndose como pudieron en el reducido espacio. Verdaderamente no era mucho mayor que un gran armario. Había un banco estrecho en un lado y un estante encima de él.

Sobre éste asomaba un viejo cántaro con el asa rota y, sobre el banco, había un cuchillo roto y enmohecido.

—¡Hay que ver! Es un auténtico cuarto secreto, como solía haberlos en las mansiones antiguas, para servir de escondite en caso necesario —explicó Julián—. Nos encontramos en el interior de los muros del propio castillo, quizás en la pared de un antiguo dormitorio.

—Y aquí está el viejo cántaro de agua —declaró Jorge—. Y un puñal. ¿Quién se escondería aquí… y cuánto tiempo habrá pasado desde entonces?

Dick fue iluminando todos los rincones, tratando de descubrir más cosas. De pronto soltó una exclamación, mientras enfocaba una de las esquinas del cuarto.

—¿Qué hay? —preguntó Julián.

—Papel… papel de plata, rojo y azul —explicó Dick—. Una envoltura de chocolate. ¡Cuántas veces hemos comprado chocolate envuelto en esta clase de papel, papel de plata con franjas rojas y azules!

Lo recogió y lo alisó. En efecto, aún podía leerse la marca del fabricante de chocolate.

Todos se quedaron callados. Esto sólo podía significar una cosa. Alguien había estado recientemente en este lugar, alguien que comía chocolate, alguien que había tirado la envoltura seguro de

que jamás sería encontrada.

—Bien —dijo Julián rompiendo el silencio—. Es sorprendente. Hay otra persona que conoce este camino. ¿Adonde conducirá? A lo alto de la torre, supongo.

—¿No deberíamos tomar precauciones? —advirtió Dick, bajando la voz—. El que estuvo aquí puede andar cerca.

—Sí, será mejor retroceder —propuso Julián, pensando en las chicas.

—No —replicó Jorge en voz baja, pero enérgica—. Sigamos adelante. Tendremos cuidado.

Un pasadizo partía del extraño escondite. Seguía al mismo nivel durante un trecho, hasta llegar al pie de una escalera de caracol, que ascendía como un sacacorchos. Terminaba ante una puertecilla muy estrecha. Tenía por picaporte una gran anilla de hierro forjado.

Julián dudó si abrir o no la puerta. Tras un minuto de reflexión, susurró a los que iban detrás de él:

—He llegado ante un portillo, ¿lo abro?

—Sí —le contestaron todos de la misma manera.

Julián asió con cuidado la vieja anilla y la hizo girar suavemente. No emitió el menor chirrido. Por un momento, Julián temió que la puerta estuviera sujeta por el otro lado. Pero no lo estaba. Se abrió silenciosamente.

Julián esperaba encontrar una habitación al otro lado. Se equivocaba. Se vio en una galería estrecha, que parecía dar la vuelta por el interior de la torre. Un rayo de luna penetraba a través de una aspillera y Julián se dio cuenta de que esta galería rodeaba una sala de la segunda o tercera planta de una torre…, probablemente la tercera.

Ayudó a pasar a Ana, y los otros tres le siguieron. No se oía ningún sonido. Julián murmuró a los demás:

—Hemos salido a una sala de la torre, mejor dicho, a una galería que corona una sala. Debe de ser la segunda planta, puesto que sabemos que el suelo de la primera está hundido. También puede ser el tercer piso.

—Tiene que ser el tercero, seguro —opinó Dick—. Estamos a bastante altura.

Su bisbiseo se difundió por los rincones de la galería y el eco

devolvió sus palabras. Dick había hablado más fuerte que Julián. Se llevaron un buen susto.

—¿Cómo podremos subir más arriba? —preguntó Jorge—. ¿Tiene alguna salida esta galería?

—La recorreremos y podremos verlo —sentenció Julián—. ¡Por Dios! Haced el menor ruido posible. Yo no creo que haya nadie aquí, pero nunca se sabe. Y vigilad vuestros pasos. Puede haber piedras sueltas. Hay muchos escombros por aquí.

Julián abrió marcha por la estrecha y curiosa galería. ¿Había servido alguna vez aquella sala para representaciones, juegos o actos públicos? ¿Era la galería una especie de «gallinero» para los espectadores?

Le gustaría poder retroceder en el tiempo, hasta siglos atrás, y, reclinado sobre la baranda de la galería, contemplar lo que ocurría en el fondo de la sala, cuando el castillo estaba lleno de vida.

Después de recorrer un trecho, unos escalones conducían al fondo de la sala.

Pero, precisamente donde empezaba la bajada, vieron otra puerta en la pared. Era muy parecida a la que ya habían atravesado.

Tenía también una gran anilla de hierro en lugar de plomo. Julián la hizo girar, pero la puerta no se abrió. ¿Estaría cerrada con llave? Una, muy grande, aparecía metida en la cerradura y Julián probó a darle la vuelta. A pesar de ello, tampoco pudo abrir la puerta. Por fin, se dio cuenta de que había, además, un gran cerrojo.

El cerrojo atrancaba la puerta. Por lo tanto, era de suponer que alguien se hallaba encerrado en el otro lado. ¿Sería el individuo cuyo rostro veían por el ventanuco?

Julián se volvió hacia Ana y le dijo al oído:

—Hay una puerta atrancada por nuestro lado. Parece que llegamos a descubrir el misterio de la cara. Dile a Jorge que haga subir a Tim.

Ana dio el recado a Jorge y ésta empujó a Tim hacia adelante. Se coló entre las piernas de Ana y llegó junto a Julián, como dispuesto a cooperar.

«Probablemente llegamos a la escalera que conduce a la parte superior de la torre, donde está el ventanillo en que vimos la cara»,

pensaba Julián mientras descorría el cerrojo con todo cuidado.

Empujó la puerta y ésta se abrió. Se quedó escuchando sin encender la linterna. Luego la encendió.

Tal y como había imaginado, otra escalera de piedra subía muy empinada. Al final de ella hallarían quizás al prisionero, quienquiera que éste fuese.

—¡Subamos! —ordenó Julián en voz baja—. ¡Que nadie haga el menor ruido!

Capítulo 17

Intriga y emoción

Tim tiraba hacia adelante, pero Julián lo sujetaba con firmeza del collar. Acabó de subir aquella escalera de piedra, tan angosta y empinada. Los demás le seguían sin hacer ruido. Todos llevaban suelas de goma en los zapatos, excepto Jo, que iba descalza. Tim era el que hacía más ruido, porque sus uñas rascaban contra las piedras.

Al final hallaron otra puerta, a través de la cual percibieron un extraño ruido, algo así como un sonido gutural. Tim empezó a gruñir, aunque por lo bajo. Al principio, Julián no lograba identificar el ruido que provocó el gruñido del perro, pero luego comprendió de qué se trataba.

—Alguien está roncando ahí dentro. Bueno, algo es algo. Esto nos facilita la tarea. Puedo echar una mirada para saber quién es. Sin duda nos encontramos ahora en lo más alto de la torre.

La puerta no estaba atrancada. Julián abrió y miró al interior sin soltar el collar de Tim.

Un rayo de luna pasaba por una estrecha aspillera e iba a caer justamente sobre el rostro de un hombre dormido, iluminándolo. Julián lo contempló lleno de emoción. ¡Aquellas cejas! Sí, eran las mismas de la cara que vieron aparecer desde lejos detrás de la aspillera. «Y también sé de quién se trata. ¡Es Terry-Kane! —pensó Julián al penetrar más en la habitación—. Es exactamente igual a la fotografía que apareció en el periódico. Quizás el otro hombre esté aquí también».

Miró a su alrededor, pero no pudo descubrir a nadie más, aunque acaso estuviera en el rincón, donde las sombras eran más

densas. Se quedó escuchando.

Únicamente se oían los ronquidos del hombre iluminado por la luna. No podía percibir ninguna otra respiración. Con la mano todavía en el collar de Tim, Julián encendió su lámpara y dirigió el haz luminoso por todo el cuarto, iluminando los rincones oscuros.

¡Nadie en absoluto! Sólo aquel hombre durmiendo, y, con gran sobresalto, Julián se percató de que estaba atado con cuerdas.

Tenía los brazos atados a la espalda y las piernas ligadas entre sí. Si aquél era Terry-Kane, entonces su tío tenía razón: aquel hombre no podía ser un traidor, sino al contrario, la víctima de un rapto. Estaba prisionero.

Entre tanto, todos habían entrado en la habitación y contemplaban estupefactos al hombre que estaba acostado. Éste, sin darse cuenta de nada, dormía con la boca abierta y emitía grandes ronquidos.

—¿Qué vamos a hacer, Julián? —susurró Jorge—. ¿Piensas despertarlo?

Julián asintió y, acercándose al hombre dormido, le tocó en la espalda. Con un sobresalto, el individuo se despertó y contempló asustado a Julián, iluminado entonces por los rayos de la luna. Al fin, se incorporó, quedándose sentado.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Cómo entraste aquí? ¿Quiénes son esos otros que hay en la sombra?

—¡Escúcheme! ¿Es usted el señor Terry-Kane? —preguntó Julián.

—Sí, soy yo. Pero ¿quiénes sois vosotros?

—Nosotros acampamos en la colina, enfrente del castillo —contestó Julián—. Vimos su cara por la aspillera con nuestros prismáticos y hemos venido a buscarle.

—Pero ¿cómo sabes quién soy? —preguntó el hombre, más asombrado todavía.

—Hemos leído algo sobre usted en los periódicos —aclaró Julián— y, además, vimos su retrato. Nos llamaron la atención sus cejas tan gruesas, que incluso podían descubrirse a través de los anteojos.

—Está bien. Ahora, ¿puedes desatarme? —pidió el hombre, muy emocionado—. Tengo que escapar de aquí inmediatamente. Mañana por la noche, mis enemigos piensan sacarme de esta torre para

llevarme hasta la orilla del mar, donde hay preparado un barco para pasarme al continente. Quieren obligarme a revelarles los resultados de mis últimas investigaciones. No pienso hacerlo, desde luego, pero ya veis que la vida que me espera no será muy agradable ni tranquila.

—Voy a cortar las cuerdas —dijo Julián sacando su navaja, y en seguida cortó los nudos que oprimían las muñecas de Terry-Kane y luego liberó también sus piernas. Tim estaba preparado para saltar encima del hombre, si éste hacía algún movimiento sospechoso.

—¡Gracias! Así estoy mejor —suspiró el hombre, estirando sus brazos.

—¿Cómo se las arreglaba usted para alcanzar la ventana? —preguntó Julián, mientras el nombre se frotaba los brazos y las rodillas.

—Cada tarde, uno de mis carceleros me traía comida y bebida —contestó Terry-Kane—, y me desataba las manos para que pudiera comer. Mientras tanto, él se ponía a fumar, sin prestarme atención alguna. Entonces yo me estiraba de puntillas hacia la ventana, para poder respirar un poco de aire fresco. No podía estar mucho rato, claro está, pues me resultaba incómoda la posición y me cansaba pronto. No comprendo cómo pudisteis descubrir mi cara a través de un ventanuco tan hondo.

—Gracias a nuestros anteojos —explicó Julián—. Son muy potentes. Pero también fue la suerte de coincidir con los momentos en que usted estaba tomando el fresco en la ventana.

—Julián, oigo un extraño ruido —advirtió Jo repentinamente. Tenía los oídos como un gato, capaces de detectar el menor sonido.

—¿Dónde? —preguntó Julián volviéndose bruscamente.

—¡Por las escaleras! —susurró Jo—. Espera, voy a mirar yo misma.

Se deslizó por la puerta, bajando los empinados escalones con su andar sigiloso. Llegó a la puerta del fondo, la que daba a la galería. La traspasó, pero entonces oyó que alguien se acercaba. Ya estaba en la galería. Jo reflexionó con rapidez. Si volvía atrás para avisar a los demás, el nuevo personaje podía subir también y todos quedarían atrapados. A lo mejor atrancaba la puerta de arriba, dejando seis prisioneros en vez de uno solo. Decidió, por lo tanto,

agazaparse en el suelo, en el rincón más oscuro de la galería. Las pisadas se acercaron al lugar en que ella se encontraba y se detuvieron frente a la puerta. El recién llegado se quedó de una pieza cuando descubrió el cerrojo descorrido. Se quedó parado un buen rato, escuchando atentamente. Jo creyó que por fuerza tenía que oír el latido de su corazón, que tan fuertemente redoblaba en su pecho. Y no se atrevió a gritar para dar la alarma a sus amigos, porque, si lo hacía, caerían en poder del recién llegado.

Entonces Jo oyó a Julián llamándola por la escalera de piedra:

—¡Jo, Jo! ¿Dónde estás? —y le pareció que bajaba las escaleras en su busca.

«¡No vengas, Julián! —gritó mentalmente Jo—. ¡No vengas, por Dios!»

Pero Julián se acercaba al galope, y tras él, Terry-Kane y Dick, seguidos de las chicas y Tim, todos hacia el camino de la luz.

El hombre que estaba al pie de la escalera quedó todavía más estupefacto al oír voces y pisadas. Reaccionó pronto y cerró la puerta con el cerrojo. Las pisadas en la escalera cesaron inmediatamente.

—¡Eh, Jo! ¿Eres tú? —gritó Julián—. Abre la puerta.

Le contestó una voz desconocida:

—La puerta está cerrada. ¿Quién es usted?

Hubo un profundo silencio.

Luego contestó Terry-Kane:

—¿Conque está usted de regreso, Pottersham? Abra inmediatamente la puerta.

«¡Caracoles! —pensó Julián—. De manera que el otro científico también está aquí. ¡Jeffrey Pottersham! Debe de ser él quien ha raptado y encerrado a Terry-Kane. ¡Santo Dios! ¿Y qué le habrá ocurrido a Jo?»

El hombre que estaba frente a la puerta permanecía inmóvil. No sabía qué hacer. Jo estaba encogida y escuchaba con toda atención. Por fin oyó que el hombre decía:

—¿Quién le ha desatado? ¿Quién hay con usted?

—Escuche, Pottersham —se oyó de nuevo decir a Terry-Kane con energía—. Estoy harto de tantos disparates. Usted ha de estar loco para actuar de esta manera. Engañarme, raptarme, decirme

que va a llevarme al continente en un barco de pesca y todo lo demás. Aquí hay cuatro niños que vieron mi cara por la ventana y vinieron a descubrir lo que había aquí.

—¿Niños? —exclamó Pottersham, sorprendido—. Pero ¿cómo puede ser, en plena noche? ¿Cómo subieron a la torre? Yo soy el único que conoce el camino.

—Pottersham, abra la puerta de una vez —gritó furioso Terry-Kane, dando una patada a la puerta. Sin embargo, ésta era maciza y fuerte.

—Volveos a la torre todos juntos —ordenó Pottersham—. Yo me voy en busca de nuevas órdenes. Me parece que también tendremos que raptar a esos chiquillos, Terry-Kane. De veras se arrepentirán de haber husmeado y descubierto su cara. Esto les pasa por meterse donde no les importa. No les gustará la vida del lugar adonde les llevaremos.

Pottersham dio media vuelta y se marchó por donde había venido. Jo dedujo que seguía el mismo camino que ellos habían descubierto y esperó hasta comprobar que se había alejado lo suficiente. Entonces se alzó hacia la puerta para golpearla con todas sus fuerzas.

—¡Dick, Dick!

En el acto oyó la contestación y los pasos de Dick.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Descorre el cerrojo, de prisa!

Jo lo descorrió, pero la puerta no se abría. Mientras tanto, se había acercado también Julián, que aconsejó:

—¡Dale la vuelta a la llave, Jo! Habrá cerrado con ella también.

—¡Julián! ¡Pero si la llave ha desaparecido! —gritó Jo, zarandeando en vano la puerta al tiempo de descorrer el cerrojo—. Ha echado la llave y se la ha llevado. ¿Cómo podré salvaros?

—No puedes —contestó Dick—. Sin embargo, estás libre para ir a avisar a la policía. Corre ahora mismo. Sabes el camino, ¿verdad?

—No tengo linterna —se lamentó Jo.

—¡Diablos! Eso no lo podemos arreglar —dijo Dick—. A menos que podamos darte una de las nuestras. Será mejor que esperes la luz del día. Podrías perderte por esos pasadizos tan oscuros. No hay más remedio que esperar hasta mañana.

—Los pasillos seguirán oscuros de madrugada —exclamó Jo—.

Será mejor que me ponga en camino ahora mismo.

—¡No! Tienes que esperar hasta mañana —ordenó Julián, temiendo que Jo se extraviara en el laberinto de pasadizos y se perdiera para siempre. Podría caer en las mazmorras. El solo pensamiento le daba escalofríos.

—Conforme —aceptó Jo—. Esperaré hasta mañana. Me tenderé en esta galería, arrebujada, y no tendré frío. Hace buena temperatura.

—¡Te será muy duro! —observó Dick—. Nosotros volvemos a la habitación de arriba. Llámanos si ocurre algo. ¡Qué suerte que hayas quedado libre tú!

Jo se acomodó como pudo en el suelo, pero le fue imposible conciliar el sueño. El suelo estaba muy duro y las piedras eran muy frías. Entonces se acordó del cuartito en el que vieron el cántaro, el cuchillo y el envoltorio de chocolate. Sería un lugar mucho mejor para dormir. Podría incluso echarse sobre el banco.

Se levantó y trató de recordar el camino. Todo lo que tenía que hacer era recorrer la galería hasta llegar a la puertecita que daba a la escalera de caracol.

Hizo el camino con todo cuidado hasta la puerta. A tientas buscó la anilla de hierro y la hizo girar. La puerta se abrió. La oscuridad era absoluta. No podía ver nada delante de ella. Adelantó un pie con cuidado. ¿Estaría ya allí el primer peldaño de la escalera de caracol?

Comprobó que así era, en efecto; se sujetó con ambas manos a las paredes de piedra y fue descendiendo, despacio, escalón tras escalón.

«¡Dios mío! ¿Iré por buen camino? ¡Esta escalera parece no acabarse nunca! —se dijo angustiada Jo—. No me gusta nada, pero he de seguir adelante».

Capítulo 18

Jo vive sola una extraordinaria aventura

Por fin llegó al final de la escalera de caracol. El suelo volvía a estar nivelado y Jo recordó el corto pasadizo que conducía desde el pie de la escalera hasta el cuarto secreto. Bien, muy requetebién. Ahora llegaría a la habitación y podría echarse a dormir en el banco.

Atravesó el umbral del cuarto secreto sin darse cuenta. Tanteó por las paredes y de pronto notó la esquina del banco.

—¡Al fin he llegado! —exclamó en voz alta, sin percatarse de la imprudencia. Y entonces, ¡pobre Jo!, sufrió un terrible susto. Se sintió rodeada por unos fornidos brazos, que le impidieron moverse. Se revolvió como una fiera, pero de nada le sirvió. El corazón le latía con gran fuerza. ¿Quién sería? ¡Ah, si tuviese una luz!

Entonces se encendió una linterna, enfocándole el rostro.

—¡Ajá! Tú debes ser Jo, supongo —exclamó la voz de Pottersham, que surgía de la oscuridad, detrás de la lámpara—. Ya sospechaba yo que podías estar por ahí cuando oí que uno de los chicos te llamaba desde dentro. Deduje que te habías quedado fuera y esperé a que vinieras a este cuarto para echarte aquí en el banco.

—¡Suélteme! —chilló Jo con fiereza, mientras se revolvía como un gato salvaje, pero el hombre la sujetaba con más ahínco. Era un hombre fortísimo.

De repente, Jo bajó la cabeza y le mordió en la mano. Él dio un grito y aflojó instintivamente. Jo casi se sintió libre, pero el individuo volvió a estrechar los brazos en torno a ella y la zarandeó como un muñeco.

—Tú, fiera salvaje, no vuelvas a hacerlo.

Sin embargo, Jo volvió a morderle de nuevo, incluso con más fuerza que antes. Entonces el hombre la tiró al suelo. Jo gateó rápidamente hacia la salida del cuarto, pero el hombre le cortó el paso y volvió a sujetarla.

—Voy a atarte —amenazó el hombre, furioso—. Te ataré de manera que no puedas moverte y te dejaré sola en la oscuridad hasta que esté de regreso.

Sacó una cuerda del bolsillo derecho de su chaqueta y ató a Jo firmemente. Las manos quedaron en la espalda y las piernas soldadas por estrechos nudos.

La niña cayó al suelo, gruñendo e insultando al hombre con todas las palabrotas que conocía.

—Bien, ahora ya estás fuera de juego por mucho tiempo —dijo Pottersham mientras se chupaba la mano mordida—. Yo me voy. Deseo que disfrutes del suelo frío y de la oscuridad, fierecilla salvaje.

Jo oyó cómo se alejaban sus pisadas. Deseaba insultarse a sí misma por no haber supuesto que él la esperaría en algún sitio. Ahora ya no podía buscar la ayuda que los otros necesitaban. Su propia situación era peor aún que la de ellos, puesto que la habían atado.

¡Pobre Jo! Exhausta, iba adormilándose. La batalla terrible vivida la había agotado. Estaba tendida contra la pared, pero de una manera tan incómoda que cada cinco minutos se despertaba inquieta.

De pronto una idea le vino a la mente. Se acordó del hombre de las ligaduras, de cómo sabía libertarse con todo el cuerpo atado con cuerdas. Muchas veces le había observado la forma en que se desligaba fácilmente. ¿No podría valerse ella de alguno de sus trucos?

«El hombre de las ligaduras saldría de este trance en dos minutos», pensó. Y empezó a forcejear para intentar librarse. Pero ella no era el hombre de las ligaduras y, tras una hora de intentos vanos, se sintió tan rendida que volvió a dormirse profundamente.

Cuando se despertó se sintió mejor. Intentó incorporarse y sentarse para poder reflexionar con calma y serenidad.

«Primero desataba un nudo —pensó, recordando la técnica del hombre de las ligaduras—. Al principio, no sabrás qué nudo es el principal. Cuando lo sepas, serás siempre capaz de desatarte en dos minutos. Pero, ante todo, importa descubrir el nudo clave».

Todo esto se lo decía a sí misma, mientras trataba de encontrar el nudo importante para deshacerlo. Por último notó una ligazón más débil que las demás. Era el que ligaba la muñeca izquierda con la derecha. Giró su mano hasta que el pulgar alcanzó el nudo. Tiró y apretó hasta que consiguió aflojarlo algo. Ya podía controlar mejor esta mano, pero ¡si pudiera disponer de una navajita! Se arreglaría como pudiera a fin de agarrarla entre el pulgar y los otros dedos y quizás alcanzara a cortar la cuerda.

De pronto perdió la paciencia y, al dar un fuerte tirón, chocó con la cabeza contra el banco. Golpeó contra algo, que cayó al suelo con ruido metálico. Jo se extrañó. ¿Qué sería aquello?

«¡Aquel cuchillo viejo y enmohecido! ¡Qué suerte! Si puedo alcanzarlo estoy salvada», se dijo.

Se revolcó por el suelo hasta hacer contacto con el cuchillo y se puso de espaldas encima, hasta que logró colocarlo de forma que pudiese alcanzarlo con el pulgar.

Se enderezó, inclinó el cuerpo hacia delante e hizo todo lo posible para que la hoja del cuchillo rozara la cuerda que ataba sus manos. Resultaba dificilísimo, porque tenía poco juego en las muñecas.

Maniobró con tanta fuerza que pronto se cansó de nuevo. Le fue necesario descansar. Luego, aunque con menos energías, volvió a intentar y otra vez le fue preciso el reposo. Por tercera vez lo intentó. Aquélla fue la vencida: la cuerda cedió por último, liberando casi las manos. Siguió maniobrando con el nudo.

Jo tardó en conseguir la total liberación, pero la logró al fin. Un súbito temblor atacó sus manos y le impidió llegar hasta las piernas. Pero, tras un buen descanso, terminó por deshacer las ligaduras de las piernas y liberarse totalmente.

—Bien, gracias a Dios aprendí algunos trucos del hombre de las ligaduras —se dijo en alta voz—. Sin recordarlos, nunca habría podido desatarme.

No tenía idea de la hora que era. La oscuridad de aquella

habitación resultaba impenetrable. Se levantó. Las piernas no la sostenían. Dio unos cuantos pasos y volvió a sentarse. Al fin, las piernas se recuperaron e intentó de nuevo alzarse.

«Ahora he de encontrar la salida —se dijo—. ¡Qué falta me está haciendo una linterna!»

Descendió con cuidado la escalera de piedra que bajaba del cuartito y llegó al amplio pasadizo que pasaba por delante del patio; lo recorrió satisfecha de haber hallado un camino recto y subió a la escalera que había en el interior de la muralla.

Jo trepó contenta, sabiéndose ya en buen camino, aunque todavía reinaba la oscuridad. Llegó al otro pasadizo, el que pasaba bajo la muralla y con tan poca altura de techo que la obligaba a andar agachada. No obstante, Jo exhaló un suspiro de alivio. Seguro que pronto encontraría la piedra desprendida y vería por fin la luz del día. Sin embargo, mucho antes de llegar allí, vio ya la luz. La vislumbró muy lejana y pequeña. Primero no sabía lo que era hasta que fue agrandándose a medida que avanzaba. ¡Al fin!

«¡Luz del día! Gracias a Dios», se dijo. Alcanzó el agujero, saltó por él y se sentó feliz, bebiendo con fruición los rayos del sol. Eran cálidos, brillantes y muy confortables. Después de la oscuridad de los pasadizos, aquel raudal de luz la embriagada. De pronto, se dio cuenta de que el sol estaba muy alto en el firmamento. ¡Santo Dios! Ya debía de ser el mediodía.

Oteó desde su sitio por el exterior de la muralla. Ahora que se sabía tan cerca de la libertad, temía que pudiera haber alguien acechándola. ¡Nadie! ¡No había nadie!

Jo se deslizó muralla abajo y corrió por el sendero de la colina. Corría descalza como una cabrita. Llegó por fin a la carretera y siguió hasta llegar al campamento.

Estaba a punto de saltar el portillo cuando se detuvo para reflexionar. Julián le había ordenado que fuera a avisar a la policía. Pero Jo, como buena gitana, tenía pánico a los guardias. Ningún gitano quiere tratos con la policía. Jo se estremeció pensando que no tenía otro remedio que hablar con un guardia.

«No —pensó—. Prefiero contárselo todo a tío Fredo. Él sabrá lo que hay que hacer».

Mientras atravesaba el prado, vio a una persona extraña. ¿Quién

era? ¿Podía ser aquel malvado que la había atado? Ella no lo había visto en la claridad y temía que pudiera ser él. Observó que hablaba muy nervioso con algunos de los feriantes. Éstos le escuchaban con atención, pero Jo se daba cuenta de que ellos le tomaban por loco. Se acercó sigilosamente y oyó que preguntaba por Julián y los demás. El hombre se impacientaba con los titiriteros, porque éstos declaraban no saber dónde estaban los niños.

«Seguro que es el hombre que se llama Pottersham», pensó Jo ocultándose debajo de un carromato. Se mantuvo oculta hasta que el individuo se alejó, yéndose hacia la carretera con el rostro enrojecido y amenazando con avisar a la policía. Jo salió del escondite y los feriantes la rodearon en seguida.

—¿Dónde has estado? ¿Dónde están los demás? Este hombre preguntaba por ellos y quería saber dónde estabais. Parece medio loco.

—Es un hombre malo —reveló Jo—. Os contaré todo lo que sé de él y también dónde están los demás. Hemos de ir a rescatarlos.

Con lo cual, Jo entró de lleno en su relato con el mayor entusiasmo, empezando por la mitad, retrocediendo luego al principio, introduciendo sus omisiones anteriores y revolviéndolo todo. Cuando terminó, todos la miraban, admirados. No sabían de lo que se trataba, pero captaron unos cuantos hechos.

—¿Pretendes decirnos que esos chicos están encerrados en aquella torre de ahí arriba? —resumió Alfredo, aún sorprendido—. Y que hay un espía con ellos.

—No, no es un espía, es un hombre bueno —explicó Jo—. Ellos le llaman un científico, muy, muy sabio.

—Aquel hombre que acaba de irse dijo que él era un… un «cientilífico» —intervino Skippy, tropezando con la palabra, que no le era familiar.

—Bueno, es un hombre malo —aseguró Jo con firmeza—. Probablemente es un espía. Él raptó al hombre bueno, el que está en la torre, para llevárselo a otro país. Y también me ató a mí, tal como os lo conté. ¡Mirad mis muñecas y mis piernas!

Las huellas de Jo les disgustaron. Los saltimbanquis las contemplaron en silencio, hasta que Bufflo dio un chasquido con su látigo que hizo pegar un brinco a todos.

—Vamos a rescatarlos —propuso—. Esto no es cosa de la policía. Es cosa nuestra.

—Cuidado, que vuelve aquel «cientilífico» —advirtió Skippy. En efecto, se aproximaba a través del prado para hacer más preguntas.

—Ahora verá —murmuró Bufflo. Todos los feriantes esperaron en silencio. Cuando llegó le rodearon estrechamente. Se pusieron a caminar prado arriba, arrastrándolo con ellos. Él no pudo sustraerse. Fue empujado hacia un carromato y, antes de que la multitud se apartara, se encontró cuerpo a tierra, sólidamente atado por el hombre de las ligaduras.

—Bien, ya te hemos atrapado —dijo el hombre de las ligaduras —. Y ahora vamos a empezar la segunda parte de nuestra tarea.

Capítulo 19

Jo vuelve a actuar

El «cientilífico», como Skippy se empeñaba en llamarle, fue encerrado en un carromato vacío, con las puertas y ventanas bien cerradas para acallar su vocerío. Cuando el hombre de las serpientes abrió la puerta e hizo entrar a una de sus boas, el científico se aplacó y cesó el escándalo por fin.

El hombre de la serpiente dejó entonces que saliera otra vez la pitón. El hombre encerrado en el carromato había aprendido a callar. A partir de ese momento, ya no volvió a oírsele más.

Luego, todos los del campamento se reunieron para conferenciar. Lo hicieron sin precipitación, porque habían acordado no tomar decisiones hasta la noche.

—Si nos ponemos en camino a la luz del día, en seguida se presentará la policía —advirtió Alfredo—. Nos impedirán actuar y no nos creerán una sola palabra. Nunca dan crédito a lo que decimos.

—¿Cómo haremos para rescatarlos? —preguntó Skippy—. Será necesario ir por los extraños pasadizos y escaleras de piedra. La verdad es que no me gusta mucho todo esto.

—No es nada agradable —confirmó Jo—, pero de todos modos es inútil. La puerta que da al cuarto de la torre está cerrada, ya os lo dije. Y aquel hombre se llevó la llave.

—¡Ah! —exclamó Bufflo poniéndose en pie—. ¿De manera que él tiene la llave? Pues se la voy a quitar.

—No pensé en ello, la verdad —confesó Jo, mirando como Bufflo subía brincando las escaleras del carromato. A los pocos

minutos, salió de nuevo y volvió a reunirse con sus compañeros.

—No tiene llave alguna —manifestó—. Dice que nunca tuvo ninguna. Y añade que todos estamos locos y que él dará parte a la policía de este atropello.

—No le será fácil ir ahora a la policía —se chanceó la mujer de Alfredo sonriendo—. Habrá escondido la llave o la habrá entregado a algún cómplice.

—Bien, está claro que por ahora no podemos entrar en la torre por aquella puerta —dijo el domador de serpientes, que parecía tener más clara la cabeza que los demás—. ¿Hay otra manera de entrar en aquel cuarto?

—Únicamente por la ventana —contestó Jo—. Por aquel ventanuco de allí arriba, demasiado alto para cualquier escalera, desde luego. De todos modos, antes hemos de llegar al gran patio y, para esto, hemos de escalar la gran muralla de afuera.

—Eso es fácil —opinó el hombre de goma—. Yo puedo trepar por cualquier muro, pero quizás el de la torre me resulte demasiado elevado.

—¿Puede pasar alguien por la ventana? —preguntó Bufflo fijando su vista en la torre.

—¡Oh, sí! Es más grande de lo que parece —contestó Jo—. Sólo que es muy profunda, porque los muros son muy gruesos, ¿comprendes? Aunque me figuro que allí en lo alto son menos profundos que aquí. De todas maneras, Bufflo, ¿cómo podremos alcanzar la ventana?

—Puede hacerse —contestó Bufflo—. No es tan difícil. ¿Nos puedes prestar una cuerda de escalada, Jekky? —añadió dirigiéndose al hombre de las ligaduras.

—Sí —contestó Jekky. Jo sabía ya de qué se trataba. Eran unas cuerdas muy gruesas, con palos atados de trecho en trecho para servir de apoyo a pies y manos.

—¿Y cómo vas a colgar la cuerda de escalada? —preguntó Jo, extrañada.

—Puede hacerse —volvió a contestar Bufflo. Y continuaron discutiendo los planes.

Jo se sintió repentinamente hambrienta y abandonó la reunión para ir en busca de algo que comer. Cuando volvió, todo parecía ya

resuelto.

—Nos pondremos en camino tan pronto como oscurezca —le explicó Bufflo—. Tú no vendrás, Jo. Es tarea de hombres.

—¡Claro que iré! ¡No faltaría más! —protestó Jo, indignada ante el pensamiento de que la dejaran atrás—. Son mis amigos, ¿verdad? Por lo tanto, debo ir.

—¡No irás! —repitió Bufflo. Jo se propuso escapar, esconderse y prepararse para seguirles.

Serían ya las seis de la tarde cuando Bufflo y el hombre de goma desaparecieron en el carromato de Jekky, en donde lo prepararon todo. Jo trató de curiosear, pero la echaron fuera.

—Esto ya no es trabajo tuyo —le dijeron. Y le dieron con la puerta en las narices.

Al llegar el anochecer, un pequeño grupo salió del campamento. Habían buscado a Jo para cerciorarse de que se quedaba en el campamento, más ésta había desaparecido.

Bufflo iba delante, cuesta abajo. Parecía gordísimo, porque llevaba la cuerda arrollada a su cuerpo. Le seguía el señor Slither, envuelto en una de sus boas, y, por último, el hombre de goma con el señor Alfredo.

Bufflo también llevaba un látigo, aunque nadie sabía para qué. En realidad, Bufflo nunca se separaba de su látigo. Formaba parte de su indumentaria normal y, por lo tanto, nadie se intrigó demasiado por él.

Tras ellos, como una pequeña sombra, se deslizaba Jo. ¿Qué iban a hacer? Ella había vigilado la ventana de la torre durante aquellas horas de espera. Al hacerse oscuro, divisó una luz que se encendía y se apagaba continuamente.

«Eso es Dick o Julián haciendo señales —se dijo—. Se habrán extrañado de no recibir en todo el día la ayuda que yo les prometí. Ellos no saben que fui atrapada y atada. Tendré que contárselo cuando volvamos a estar juntos».

El pequeño grupo llegó al portillo y lo saltó. Siguió por la carretera y luego subió por el sendero hacia el castillo. Llegaron a la muralla. El hombre de goma tomó carrera y trepó por la muralla como si fuera un camino normal. Llegó a la cima y desapareció por el otro lado.

—Lo ha logrado —comentó Bufflo—. Como es de goma, todo es facilísimo para él.

Un largo silbido se dejó oír del otro lado de la muralla. Bufflo desató una cuerda fina que llevaba arrollada a su cuerpo, ató una piedra y la lanzó por encima de la muralla. Toda la cuerda se alzó con el impulso y siguió a la piedra como un largo gusano.

—¡Plaff! —oyeron como caía la piedra por el lado opuesto del muro. Otro leve silbido les hizo saber que el hombre de goma acusaba recibo de la cuerda.

Bufflo acabó de desenrollar la cuerda de escalar de su cuerpo y entre él y los demás la extendieron. Luego ataron su extremo a la cuerda más fina que pendía de la muralla.

El hombre de goma, desde el otro lado, fue tirando del grueso cordel y, cuando ya lo hubo enrollado casi todo, la cuerda de escalar empezó a subir culebreando como una oruga. Los palos que atravesaban el trenzado le daban todavía más el aspecto de los aros que marcaban el cuerpo de un reptil.

Jo contemplaba escondida la maniobra. Sí. Estaba bien pensado. Era una manera fácil e ingeniosa de salvar la muralla, pero le parecía imposible que de aquel modo pudieran alcanzar también el ventanuco de la torre.

Se volvió a oír un silbido. Bufflo soltó el extremo de la cuerda y ésta dio contra un muro y quedó colgando verticalmente. Entonces él tiró de la cuerda para comprobar si estaba bien sujeta. En efecto, el hombre de goma la había asegurado firmemente. Ya no había peligro en subir. Seguro que aguantaría bien el peso de cualquiera sin ceder.

Bufflo fue el primero en iniciar la escalada, utilizando los pequeños travesaños como soporte para sus pies, mientras que con las manos sujetaba la cuerda haciendo presión hacia arriba.

Los demás hombres subieron asimismo con facilidad por la cuerda. Jo esperó a que subiera el último y luego se agarró a su vez a la cuerda. Como un gatito, trepó rápidamente y llegó al lado de Bufflo, en el interior de la muralla.

Él se quedó pasmado. Le dio una bofetada y Jo hubo de apartarse en seguida para evitar otra. Estaba intrigada por ver cómo alcanzarían la muralla y, además, se sentía segura de poder prestar

su ayuda.

Los cuatro hombres, iluminados por la luz de la luna, miraban hacia la ventana de la torre. Hablaban entre sí en voz baja, mientras el hombre de goma desataba el cordel grueso de la cuerda y la arrollaba como para hacer un lazo. La cuerda de escalada quedó pendiente de la muralla.

Jo oyó circular un coche por la carretera al pie de la colina del castillo. Percibió cómo frenaba e iniciaba una maniobra. Parte de su atención estaba absorbida por los hombres. No obstante, siguió atenta al ruido del coche en la carretera.

El coche paró su motor y ya no se oyó más ruido. Jo lo olvidó por unos minutos, pero luego volvió a escuchar, intrigada. ¿No eran voces las que sonaban acercándose? Escuchó con toda atención. Volvió a percibir el ruido. No había duda: eran voces que se acercaban.

Jo contuvo la respiración. ¿Era posible que aquel horrible hombre…? ¿Cuál era su nombre? ¿Pottersham?… ¿Podría haber organizado un plan para que sus infames compinches se llevasen esta misma noche al señor Terry-Kane y a los niños hasta el continente? A lo mejor ya tenían alquilada la barca de pesca de José, el viejo pescador, y todos se marcharían sin que nunca más se volviera a saber de ellos.

Jo se atormentaba con estos pensamientos. Era muy posible que el señor Pottersham hubiera recibido nuevas órdenes y que le hubiera sobrado tiempo para organizarlo todo antes de visitar el camping, donde había sido apresado y encerrado en el carromato.

¡Oh, santo Dios! Era necesario que avisara a su tío Alfredo, a quien veía a la luz de la luna conferenciando con los otros.

«Me pegará si me ve —pensó Jo frotándose la oreja izquierda, que aún le dolía a causa del cachete de Bufflo—. No me harán caso, lo sé. Pero debo intentarlo».

Con todo cuidado, se acercó al grupo de hombres. Vio como Bufflo sacaba de su bolsillo una navaja en forma de puñal y lo ataba al extremo de la cuerda que sostenía el hombre de goma. En seguida comprendió lo que trataba de hacer y corrió hacia él.

—¡No, Bufflo, no! No tires ese cuchillo allá arriba. Podrías herir a alguno. ¡No, por favor!

—Fuera de aquí, mocosa —contestó Bufflo, indignado, levantando la mano para pegarle de nuevo. Pero Jo se escabulló. Rodeó el grupo y se acercó a su tío.

—¡Tío Fredo! —le dijo en tono conciliador—. Oigo voces. Escucha. Me figuro que son aquellos…

Alfredo la apartó bruscamente:

—¡Jo! ¡Entrometida! ¿Vas a callarte de una vez? Eres más pesada que una mosca zumbante.

El señor Slither la llamó:

—Ven aquí, Jo. Si quieres ser útil, cuídate de Beauty. No tardará en estorbarme.

Y dicho y hecho, le colocó la serpiente sobre los hombros. Beauty silbó y se enrolló alrededor del cuerpo de Jo, mientras ella la sujetaba por la punta del rabo. Ella quería mucho a Beauty, pero en aquella ocasión no le hacía gracia el encarguito. Se mantuvo alerta, a la expectativa, espiando lo que iba a hacer Bufflo, aunque ya se lo imaginaba y su corazón latía lleno de temor. Él intentaría lanzar el cuchillo por la ventana, como únicamente él podía hacer con pericia.

«Pero si, al caer de la ventana, hiriera a alguno de los cuatro o bien al señor Terry-Kane… —pensó, llena de pánico—. Puede herir a Dick o a Tim. ¡Oh, cómo deseo que Bufflo no llegue a intentarlo!»

Volvió a oír voces. Esta vez procedían justamente del otro lado de la muralla.

Sin duda pensaban meterse por los pasadizos secretos para llegar al cuarto de la torre. Jo estaba segurísima de ello. Llegarían allí antes de que Bufflo y los otros hubiesen acabado de organizar su plan de rescate. Se imaginó a los cuatro niños arrastrados escaleras abajo y también a Terry-Kane. ¿Los defendería Tim? Seguramente lo haría, pero los hombres sabrían defenderse. Ellos conocían ya la existencia de un perro allí dentro, puesto que Tim ladró la noche anterior.

«¡Oh, santo Dios! —pensó Jo, desesperada—. Tengo que hacer algo… Pero ¿qué puedo hacer yo?»

Capítulo 20

Un montón de emociones

Jo tomó una decisión: seguiría a aquellos hombres a través de los pasadizos y trataría de avisar a los otros, gritando al llegar cerca del cuarto de la torre. Les ayudaría fuera como fuera. Bufflo y sus compañeros seguramente llegarían tarde.

Jo corrió a la muralla. En un santiamén subió descendiendo luego por la escalera de cuerda dejada allí. Después siguió corriendo hasta el lugar donde la piedra desprendida señalaba el boquete de entrada en la muralla.

Beauty, la boa, se llevó una gran sorpresa al encontrarse en el suelo mientras Jo corría. No estaba acostumbrada a estos tratos. Se quedó formando anillas con su cuerpo, completamente desconcertada. ¿Adonde demonios se había ido aquella traviesa muchacha? Beauty quería a Jo, porque siempre la trataba bien.

Se deslizó reptando en pos de ella. También trepó por el muro y descendió fácilmente por el otro lado, ya que ella no necesitaba la ayuda de la cuerda como Jo. Siguió reptando rápidamente tras Jo. Era magnífico verla culebrear cuando avanzaba de prisa.

Llegó al agujero del muro. ¡Ah, cómo disfrutaba con los agujeros! Se metió dentro después de Jo. La alcanzó justamente al final del pasadizo bajo, que la chica tenía que recorrer agachada. Chocó con sus piernas y en seguida volvió a enroscarse en su cuerpo.

Ésta soltó un pequeño chillido hasta comprender de qué se trataba:

—Beauty, te va a castigar el señor Slither por escaparte

conmigo. Vuelve a tu sitio. No te enrosques en mi cuerpo, que yo tengo cosas muy importantes que hacer. ¡Vete!

Pero Beauty no era como Tim. Ella sólo obedecía cuando quería, y no estaba dispuesta a obedecer en aquel momento.

—Bueno, ven conmigo si quieres —dijo Jo por fin, después de haber tratado en vano de apartarla—. Me harás compañía, supongo. Pero, por favor, no silbes de esta manera, Beauty. Pareces un barco soltando vapor en este estrecho pasadizo.

No tardó Jo en bajar la escalera que conducía al túnel debajo del patio. También Beauty bajó los escalones, aunque algo sorprendida por la bajada. Anduvieron por el túnel todo recto y Beauty se adelantó. Jo le pisaba a veces la cola.

Otra vez escaleras. Esta vez para arriba y por el interior del grueso muro del castillo. Algo que brillaba delante de ella hizo que Jo se parara de súbito. Se puso a escuchar, pero nada oyó. Avanzó con sigilo y encontró que en el cuartito secreto habían abandonado una linterna encendida. Debía de pertenecer a alguno de los hombres que pasaron antes que ella.

Vio el cuchillo enmohecido en el suelo, allí donde lo había dejado ella la noche anterior, y se echó a reír. También estaba allí la cuerda con la que le habían atado brazos y piernas.

Jo siguió adelante por el pasadizo que conducía a la escalera de caracol. Ahora percibía algún ruido. Trepó por los escalones de piedra, enfadada con Beauty porque ésta la había empujado y casi la había hecho caer en el tropiezo. Llegó por último a la puerta que le separaba de la galería. ¿Se atrevería a abrirla? ¿Y si los hombres estaban justamente al otro lado?

La entreabrió cautelosamente. Al otro lado reinaba una oscuridad absoluta, pero Jo sabía que ya se encontraba en buen camino. Beauty, de repente, se enroscó amorosamente alrededor de su cuerpo. Jo no logró desenroscarla y tuvo que entrar en la galería con Beauty firmemente abrazada a ella.

Y entonces, ¡qué espantoso ruido! Se quedó casi paralizada. ¿Qué demonios ocurriría allí arriba? Oyó voces excitadas; una de ellas pertenecía seguramente a Bufflo. Y aquel ¡crac!, ¿sería un disparo de pistola? Y, entre tanto, ¿que había ocurrido con los demás, allá abajo, mientras Beauty desaparecía con Jo por encima

de la muralla y a través de los pasadizos?

Ninguno de los hombres se había dado cuenta, tan interesados estaban en su plan. Bufflo iba a utilizar su habilidad como lanzador de cuchillos en una forma muy diferente a la habitual. Iba a lanzar su puñal al aire y hacer que su trayectoria traspasara el muro, por la ventana que se abría en lo alto de la torre. Bufflo era un especialista en el lanzamiento de puñales, mejor dicho, en toda clase de lanzamientos. Se había plantado en medio del patio, mirando fijamente hacia la elevada ventana. Con los ojos medio cerrados calculó en su mente la distancia y el impulso. De pronto la luna se ocultó y él aflojó la mano. ¡No podía apuntar bien en la oscuridad!

La luna volvió a aparecer más brillante todavía y otra vez Bufflo respiró profundamente. Sus ojos se estrecharon e inmediatamente el cuchillo salió disparado por el aire, brillando en su camino y arrastrando tras de sí, como una larga cola, la cuerda fina. Chocó contra el dintel de la ventana y volvió a caer abajo. Bufflo cogió de nuevo el cuchillo. A la luz de la luna se vio que la punta no era aguda. Bufflo la había limado previamente. ¡Jo no tenía por qué haber temido tanto! No había peligro de que a nadie se le clavara la punta.

Bufflo inhaló aire de nuevo y probó otra vez, lanzando con más fuerza el cuchillo por el aire, como una golondrina reflejando plata en su camino.

Esta vez cayó limpiamente en el sitio deseado: entró en línea recta, resbalando sobre el alféizar interior, y cayó al suelo de golpe.

Causó el natural espanto allí dentro. La sorpresa fue enorme. El señor Terry-Kane, los cuatro niños y Tim estaban acurrucados en el mismo rincón para darse calor mutuamente. Tenían frío y hambre. Nadie les había llevado comida. Y no tenían más prendas de abrigo que la manta de Terry-Kane.

Todo el día habían vivido en la esperanza, mirando por la ventana o gritando todos juntos con fuerza desde el cuarto de la torre, pero nadie les oyó ni les vio.

¿Por qué Jo no les traía ayuda? Se lo habían preguntado miles de veces a lo largo de aquel interminable día. Ellos ignoraban que la

pobre Jo había sido atada y había tardado horas en liberarse de sus ligaduras.

Habían mirado por la ventana hacia el campamento en la ladera, donde los feriantes seguían sus tareas. Parecían hormigas corriendo por el verde césped. ¿Estaría Jo entre ellos? La distancia era demasiado enorme para precisar los detalles. Al oscurecer, Julián había hecho señales con su linterna. Después, llenos de frío y de desesperación, se habían agrupado en una esquina del cuartucho, mientras Tim les iba lamiendo uno tras otro, sin comprender por qué permanecían quietos en aquel lugar.

—Tim debe de tener sed —había observado Jorge—. Se relame el hocico, como hace siempre que desea beber.

—Bueno, yo también me estoy abrasando de sed y de hambre —murmuró Dick.

Estaban medio dormidos cuando se produjo la irrupción del cuchillo, chocando contra el suelo del cuarto.

Tim pegó un brinco y se puso a ladrar, furioso. Se plantó delante del cuchillo, que brillaba a la luz de la luna, y siguió ladrando sin parar.

—¡Un puñal! —gritó Jorge, excitada—. ¡Un cuchillo con un cordel atado!

—¡Está despuntado! —exclamó Julián levantándolo—. La punta ha sido limada. ¿Qué significará esto? ¿Y este cordel?

—Ten cuidado de que no llegue otro cuchillo por la ventana —advirtió Terry-Kane.

—No hay cuidado —contestó Julián—. Estoy seguro de que esto tiene algo que ver con Jo. No ha ido a avisar a la policía, sino que ha traído a los feriantes para que nos ayuden. Este cuchillo es de Bufflo, estoy seguro.

Todos le rodearon para examinar el objeto.

—Voy a asomarme a la ventana —dijo Julián—. Quiero echar una mirada al patio. Sujétame las piernas, Dick.

Subió encaramándose al alféizar de piedra y se arrastró a través del grueso del muro hasta la abertura exterior. Llegó al borde y miró hacia abajo. Dick le agarraba por las piernas, temeroso de que perdiera el equilibrio y cayera al vacío.

—Veo cuatro individuos abajo en el patio —dijo Julián—. ¡Oh,

estupendo! Uno es Alfredo, otro Bufflo…, pero no logro identificar a los otros dos. ¡Hola, los de abajo! —añadió gritando.

Los cuatro hombres miraban atentamente hacia arriba. Vieron la cabeza de Julián en la ventana y le hicieron señas.

—¡Recoge la cuerda! —gritó Bufflo, mientras volvía a unir la cuerda de escalada al cordel grueso. Los demás le ayudaban a izarla.

Julián se deslizó de nuevo hacia el interior de la torre. Estaba emocionado.

—El cordel del cuchillo llega hasta el patio y está atado a la cuerda de una escala —les explicó—. Voy a recogerlo. Así conseguiremos un medio para iniciar la huida.

Fue tirando de la cuerda, que cada vez se arrollaba más dentro del cuarto. Luego Julián sintió más peso y adivinó que la cuerda gruesa iba subiendo. Ahora recogía con más lentitud, aunque Dick le ayudaba.

Por encima del alféizar apareció el primer tramo de la cuerda de escalada. Los niños nunca habían visto una igual. Sólo conocían cuerdas ordinarias, pero Terry-Kane sabía de qué se trataba.

—Es una cuerda-escala —les explicó—. La gente de circo y feria las utilizan mucho. Son más sencillas y más fáciles de emplear que las escaleras de cuerda. Hemos de atar al extremo algo bien sólido, a fin de que pueda sostener nuestro peso.

Ana miró la cuerda de escalada algo desilusionada. No le hizo mucha gracia la idea de descender por ella balanceándose sobre el abismo.

Pero los otros la examinaban llenos de emoción. Era su única manera de escapar. Se trataba de una cuerda buena y fuerte, que les serviría para salir de tan fría y odiosa cárcel.

Terry-Kane buscó algo fuerte para atar la cuerda. En el muro, al lado de la ventana, había una gran anilla de hierro enganchada en la piedra. Nadie sabía para qué se habría utilizado antaño, pero ahora sí que sería aprovechada.

No había peldaños en los primeros metros de cuerda. Terry-Kane y Julián cortaron el cordel que les había servido para subir la cuerda y pasaron el extremo de ésta por la anilla. Luego tiraron de ella hasta que el primer peldaño llegó al borde de la ventana, e

hicieron un nudo muy fuerte con objeto de que no pudiera desprenderse.

Julián asió la cuerda y tiró con todas sus fuerzas.

—¡Aguantaría una docena de nosotros a la vez! —exclamó, complacido—. ¿Quiere que salga yo primero, señor? Podría ayudar a los que me siguen cuando esté afuera. Dick y usted pueden ayudar a las niñas a encaramarse para salir.

—¿Qué hacemos con Tim? —preguntó de pronto Jorge.

—Lo envolveremos en la manta y lo ataremos firmemente con el cordel —propuso Dick—. Es un cordel muy fuerte. En realidad, se trata de una cuerda delgada.

—Ahora voy a bajar yo —dijo Julián dirigiéndose a la ventana. Pero, de pronto, se quedó parado. Se oían pisadas en la escalera de piedra que conducía a la torre. Alguien se acercaba a la puerta. ¿Quién sería?

Capítulo 21

En el cuarto de la torre

La puerta se abrió violentamente y apareció un hombre furioso. Detrás de él entraron otros tres:

—¡Pottersham! —exclamó Terry-Kane—. ¿Otra vez aquí?

—Sí, aquí estoy —dijo el hombre, violento.

Tim comenzó entonces a ladrar, tratando de escapar de la mano de Jorge. Mostraba los dientes, y los pelos de su cuerpo se erizaban. Su aspecto era verdaderamente salvaje.

Pottersham retrocedió. Le asustaban los ojos de Tim.

—Si soltáis a ese perro, lo mato —amenazó, mientras lo encañonaba con un fusil.

Jorge trató con todas sus fuerzas de contener a Tim, pero pronto hubo de acudir a Julián.

—Julián, ayúdame a sujetarlo. Quiere echarse sobre ese hombre. Está de verdad furioso.

Julián acudió en su ayuda y entre los dos obligaron al salvaje perro a mantenerse quieto en una esquina. Jorge trató de pacificarlo. El temor de que pudieran matarlo la tenía atemorizada.

—Usted no puede portarse de esta manera —empezó Terry-Kane. Pero en seguida le cortaron la palabra.

—No hay tiempo que perder. Nos lo llevamos con nosotros y junto a usted vendrá uno de estos chiquillos. Nos servirá de rehén si su desaparición nos crea problemas. Nos llevaremos a este muchacho —añadió cogiendo a Dick. Éste se defendió inesperadamente dándole un puñetazo en la mandíbula, en tanto agradecía mentalmente a las estrellas sus buenos ratos de boxeo en

la escuela. Mas pronto se encontró tirado en el suelo. Los hombres se le habían lanzado encima. No estaban para bromas. Tenían mucha prisa.

—¡Agárralo! —ordenó Pottersham a uno de sus cómplices que estaba detrás. Éste le cogió del suelo y lo sujetó. Luego prendieron también a Terry-Kane, atándole los brazos a la espalda.

—¿Qué haréis con los otros? —preguntó el científico, preocupado—. ¡No podéis dejarles en esta habitación encerrados!

—Pues precisamente ésa era nuestra intención —contestó Pottersham—. Dejaremos una nota a la guardiana del castillo diciéndole que están aquí. Que venga la policía si quiere y que los rescate si puede.

—Es usted un… —empezó Terry-Kane, pero hubo de agacharse para evitar un puñetazo.

Tim ladraba como un loco todo el tiempo y casi se despellejaba tratando de soltarse de Jorge y Julián. Estaba rabioso y aún se enfureció más cuando vio que maltrataban a Dick. Dio un estirón y estuvo a punto de soltarse. Sin embargo, los niños lo sujetaron de nuevo.

—¡Lleváoslos! —ordenó Pottersham—. ¡De prisa! Bajad las escaleras.

Los tres hombres comenzaron a arrastrar a Terry-Kane y a Dick hacia las escaleras, pero en aquel momento ocurrió algo sorprendente. Todos se volvieron, asombrados. Una voz fuerte se dejó oír desde la ventana.

Ana se quedó boquiabierta. ¡Allí estaba Bufflo! No comprendiendo por qué nadie bajaba, había subido a ver lo que pasaba. Y, para gran sorpresa suya, resultaba estar viendo todo un tremendo espectáculo.

—¿Qué es esto? ¡Todo el mundo quieto! —rugió deslizándose al interior del cuarto. Parecía un ser de otro mundo, con su pelo alborotado y amarillo, su camisa de colorines y el látigo en la mano.

—¡Bufflo! —gritaron los cuatro niños, mientras que Tim cambiaba su ladrido de rabia por otro de bienvenida.

Terry-Kane le miraba lleno de asombro, con sus brazos aún sujetos a la espalda.

—¿Quién es usted? —exclamó Pottersham, verdaderamente

aterrado ante aquella repentina aparición desde la ventana—. ¿Cómo demonios pudo entrar por ahí?

Bufflo se fijó en el fusil que Pottersham empuñaba e, instintivamente, hizo chasquear un par de veces su potente látigo.

—¡Suelta ese cacharro! —ordenó con voz potente, arrastrando las palabras en son de amenaza—. ¡No debes manejar fusiles con niños a tu alrededor! ¡Suéltalo he dicho!

Y volvió a chasquear su látigo. Pottersham, furioso, le apuntó con el arma. En un santiamén pasó algo sorprendente: el fusil desapareció de las manos de Pottersham, voló por los aires y cayó en manos de Bufflo. Todo esto con un solo chasquido de látigo.

¡Crac! Sólo eso, y el fusil había sido arrebatado por la potente cola de cuero, a la vez que ésta lastimaba los dedos de Pottersham, el cual estaba ahora soplándoselos con expresión dolorida.

Terry-Kane se había quedado boquiabierto. ¡Qué gran truco! Limpio y rápido, pero ¡qué peligroso! El fusil pudo haberse disparado. La situación había sido completamente tergiversada, porque ahora era Bufflo quien sostenía el fusil y no Pottersham. Éste estaba pálido. Miraba fijamente, sin saber qué hacer.

—¡Soltadlos! —ordenó Bufflo, indicando a Terry-Kane y a Dick. Los tres hombres soltaron al punto a los dos presos y retrocedieron.

—¡Parece que ya es hora de avisar a la policía! —se lamentó Bufflo con voz normal, como si la decisión le costara—. Suelta al perro ya, Julián.

—¡No! ¡No! —gritó Pottersham, lleno de terror.

En aquel momento, la luna se ocultó tras una nube; mientras el cuarto de la torre se sumergía en la oscuridad. Sólo quedó la luz de la linterna que Pottersham había depositado en el suelo a su llegada.

El hombre comprendía que se le presentaba una posibilidad de salvarse. De repente, dio un puntapié a la linterna, que voló por los aires, dándole a Bufflo en la cara. Se apagó y el cuarto quedó completamente a oscuras. Bufflo no se atrevió a disparar. Podía dar a los suyos.

—¡Soltad el perro! —gritó.

Pero era demasiado tarde. Cuando Tim llegó a la puerta, ésta había sido ya cerrada de golpe y atrancada mediante el cerrojo

exterior. Se oyeron las pisadas de los que huían escaleras abajo precipitadamente.

—¡Maldita seas! —gritó Bufflo a la luna cuando salió de nuevo iluminando los rostros desilusionados de los que quedaban de nuevo encerrados—. ¡Hemos fracasado! ¿No os parece? ¡Se han escapado!

—Sí, pero sin nosotros —manifestó Terry-Kane mientras Dick le desataba los brazos—. Probablemente están escapando ahora a través de los largos pasadizos. Y habrán salido del recinto antes de que podamos hacerlo nosotros, lo que es peor aún. Bien, tendremos que bajar por la escalera de cuerda por el exterior de la torre, ya que la puerta está cerrada.

—Adelante, pues —propuso Julián—. Vayámonos antes de que ocurra algo más.

Se dirigió a la ventana, se deslizó por ella y se agarró a la cuerda. Fue muy fácil el descenso, aunque no resultaba agradable mirar hacia el patio. ¡Parecía tan inmensamente lejos! Ana fue la siguiente. Estaba muy asustada, aunque procuraba no demostrarlo. Como era buena gimnasta, no halló dificultades en su descenso. Sin embargo, se sintió muy feliz cuando se vio ya abajo, a salvo y al lado de Julián.

—No puedo imaginarme lo que les ocurre a esos cuatro hombres. Parece que siguen arriba y están gritando como locos. Suena como si estuviesen prisioneros en la galería que hay inmediatamente debajo de la torre.

—Bueno. ¡Déjalos! Cuanto más tarden, mejor; así les podremos atrapar en la salida, junto al agujero de la muralla.

—Ahora baja Tim —dijo Jorge, que ya había descendido—. Lo he envuelto en la manta y lo he atado bien. La cuerda le defiende y Dick lo sujeta para evitar que se haga daño. Mira. Ya lo descienden. Pobre Tim, no puede imaginarse lo que está ocurriendo.

Tim bajaba suavemente, balanceándose un poco y dando ligeros golpes contra el muro. Cada vez que esto sucedía, dejaba escapar un débil gemido y Jorge estaba segura de que se haría pequeños cardenales. Llena de ansiedad, esperaba su llegada.

—Tim ya debería estar acostumbrado a estas aventuras —comentó Julián—. Ha pasado tantos apuros en las hazañas que

hemos llevado a cabo juntos… ¡Hola, Tim! Ya estás a salvo. Eres un buen perro. Apuesto a que te alegras de volver a pisar tierra firme.

Tim se alegraba. ¡Cómo no! Pero supo mantenerse quieto mientras Jorge lo desataba. Luego dio unos cuantos pasos, para ver si el suelo era realmente firme bajo sus pies. Al comprobarlo, brincó alrededor de Jorge, manifestando así su alegría desbordante al encontrarse en libertad.

—Ahora llega Dick —dijo Julián. La escala de cuerda se tambaleó con más fuerza y Alfredo acudió a sujetarla, poniéndola más tirante. Tanto él como el señor Slither y el hombre de goma estaban preocupados por algo. Tanto que apenas encontraban palabras para hablar con Julián, Jorge y Ana.

Repentinamente se habían dado cuenta de que Jo y la serpiente habían desaparecido. Al hombre de las serpientes le tenía sin cuidado lo que pudiera pasarle a Jo, pero sí le importaba lo que pudiera ocurrir a su magnífica, preciosa y apreciada boa. Ya llevaban un buen rato buscándola por todos los rincones del patio.

—Si Jo se la ha llevado al campamento, le arrancaré los pelos —murmuró el hombre de las serpientes, indignado. Julián lo miró, asombrado. ¿Qué demonios farfullaba?

Terry-Kane fue el siguiente en bajar. Y el último de todos, Bufflo, quien descendió de una manera formidable, sin utilizar los peldaños, y llegó al lado de los otros riendo.

—Hay un alboroto tremendo allá arriba. Se oyen carreras, gritos y chillidos. ¿Qué les ocurrirá a esa gente? Podremos atraparles fácilmente corriendo ahora al agujero de la muralla. No tardarán en salir, supongo. Vamos allá.

Capítulo 22

Beauty y Jo se divierten de lo lindo

Algo extraordinario había ocurrido, en efecto, para asustar a Pottersham y a sus compinches. Después de haber cerrado y atrancado la puerta del cuarto de la torre, los hombres habían bajado la escalera de piedra, llegando hasta la puerta de la galería, la habían abierto y habían salido.

Pero antes de llegar a la escalera de caracol, Pottersham había pisado algo, algo que silbaba como una caldera que suelta vapor y que se atornilló alrededor de sus piernas.

Gritó como un condenado y chocó contra aquella cosa extraña. Primero creyó que era un hombre que le acechaba y que le agarraba, sujetándole las piernas, pero ahora comprendía que no se trataba de un hombre. Aquel silbido no podía ser humano.

Uno de los hombres encendió su linterna para ver lo que le ocurría a Pottersham. Lo que vio le hizo gritar a su vez. Por poco deja caer la linterna.

—¡Es una serpiente! ¡Una boa de lo más grande que he visto en mi vida! ¡Le tiene atrapado, Pottersham!

—¡Socorro! ¡Ayudadme! —gritó Pottersham golpeando con los puños a la serpiente con todas sus fuerzas—. Me está aplastando las piernas con sus anillos.

Los demás corrieron en su ayuda. Pero tan pronto como atacaron, Beauty se desenroscó y se perdió en las sombras.

—¿Dónde se ha metido ese monstruo horrible? —vociferó Pottersham—. ¡Me ha hecho polvo las piernas! De prisa, escapemos antes de que regrese. ¿De dónde diablos habrá salido?

Dieron unos cuantos pasos, mas la serpiente estaba acechándoles. Los hizo tropezar a todos deslizándose entre sus piernas y luego empezó a enroscarse alrededor del cuerpo de uno de los hombres.

Se armó entonces un guirigay espantoso. Todos chillaban y brincaban para escapar. Si alguna vez hubo hombres completamente asustados, lo eran estos cuatro. Lo mismo daba que fueran a un lado o a otro. La serpiente parecía estar en todas partes. Enroscándose y desenroscándose, reptando por el suelo y trazando anillos alrededor de los cuerpos. Y todo ello en tanto silbaba espantosamente.

Desde luego, había sido Jo la que había azuzado a la boa contra los hombres. Jo había permanecido en la galería durante todo el jaleo que se había armado en la torre. Tenía a Beauty arrollada amorosamente a su cuello. Jo trataba en vano de comprender cuanto ocurría allá arriba.

Luego había oído cómo se cerraba la puerta y era atrancada a continuación. Y los pasos de los hombres bajando las escaleras. Dedujo que debía tratarse de los cuatro cuyas voces había oído antes y a quienes estaba siguiendo a través de los pasadizos.

—Beauty, ahora entras tú en escena —dijo a la serpiente, mientras soltaba sus anillos de los hombros. La boa se deslizó hacia el suelo con elegantes movimientos. Reptó hacia los hombres que se acercaban por la galería.

Después de esto, la serpiente boa se divirtió de lo lindo. Cuando más aullaban los hombres, más se excitaba ella.

Jo se revolcó en una esquina, riéndose a mandíbula batiente. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Ella sabía que la serpiente era inofensiva, salvo algún que otro apretón que pudiera propinar a los hombres. Desde su escondrijo no podía ver lo que ocurría, pero lo oía perfectamente.

«¡Vaya por Dios! Ahora ya va otro agarrado —pensó Jo al oír que otro de los hombres caía al suelo—. Ahora otro más. Me voy a morir de risa. ¡Qué estupendamente lo haces, Beauty! Nunca te han permitido portarte así en tu vida normal. ¡Cómo debes divertirte!»

Por último, los hombres ya no aguantaron más.

—Volvamos al cuarto de la torre —gritó Pottersham—. Me niego

a recorrer estos pasadizos llenos de serpientes. Debe de haber docenas de ellas. Pronto nos morderán.

Jo rió en alta voz. «¡Docenas de ellas! Realmente Beauty parece multiplicarse entre los hombres asustados que tropiezan en la oscuridad, pero mi querida boa no muerde. No es venenosa».

De alguna manera, los hombres consiguieron regresar al cuarto de la torre, dejando atrás a la serpiente. Beauty estaba ya cansada del juego y regresó tranquilamente al lado de Jo cuando ésta la llamó. Volvió a enroscarse alrededor del cuello de la niña. Ésta seguía escuchando.

La puerta del cuarto se abrió y se cerró de golpe. Jo se deslizó entonces escaleras arriba, tanteó el cerrojo en la oscuridad y lo corrió. Ahora, si los hombres no se arriesgaban a bajar por la escalera de cuerda que Jo suponía izada por Bufflo en la ventana, quedarían atrapados allí arriba. Y si lo hacían, caerían en manos de los que esperaban abajo.

—Vámonos, Beauty —exclamó Jo bajando las escaleras. Deseaba tener una linterna. Entonces recordó la pequeña lámpara del cuarto secreto y se sintió aliviada. Le serviría para recorrer tranquilamente los pasadizos oscuros.

Beauty reptaba ante ella. Se sabía bien el camino. Llegaron al cuarto secreto y Jo recogió entusiasmada la lamparita encendida. Echó una mirada a la gran serpiente y ésta se la devolvió, con sus ojos fijos y brillantes.

Su largo cuerpo formaba eses y sus escamas de color castaño relucían a la luz.

—No me importaría tenerte como animal preferido junto a mí, si fueras más pequeña —manifestó Jo—. No comprendo por qué la gente se asusta de las serpientes. ¡Oh, Beauty! ¡Qué gracia me hacías cuando asustabas a aquellos hombres!

Y estalló otra vez en risas, mientras recorría los pasadizos secretos manteniendo en alto la luz, excepto en el último tramo, en que tuvo que agacharse más y más.

Beauty la esperó al llegar al agujero de la muralla. Había oído voces en el exterior. Jo salió primero y quedó intensamente sorprendida al sentirse agarrada y sujetada.

Se retorció dando patadas y finalmente mordió la mano que la

sujetaba.

Entonces le enfocaron un rayo de luz.

—¡Pero si es Jo! ¿Dónde estabas, Jo? ¡Ay, fierecilla! Si muerdes de esta manera, te daré una azotaina.

—¡Bufflo! Lo siento, pero ¿por qué me agarraste tan fuerte? —preguntó Jo. De pronto reapareció la luna y alumbró toda la escena. Vio a Julián y al resto subiendo a toda prisa por las piedras.

—Jo. ¿Estás bien? —preguntó su tío—. Estábamos muy preocupados por ti. ¿Dónde has estado?

Jo no hizo caso. Corrió hacia Dick y los demás chicos.

—¿Habéis escapado? —gritó—. ¿Pudisteis bajar sin peligro por la cuerda?

—No hay tiempo para explicarte nada ahora —interrumpió Bufflo, que vigilaba el agujero de la muralla—. ¿Qué sabes de aquellos individuos? Los estamos esperando por aquí. ¿No los viste, Jo?

—¡Pues sí, ya lo creo! ¡Los seguí! ¡Si supieras, Bufflo, fue tan divertido todo! —contestó Jo riendo.

Bufflo trató de contenerla, pero no lo consiguió. Entonces, por el agujero, algo salió reptando… ¡Y quién había de salir reptando sino la propia Beauty!

El señor Slither la vio y soltó un grito:

—¡Beauty! Jo, tú te la llevaste. ¡Eres tremenda!

La serpiente se deslizó hacia él, arrollándose en torno a él cariñosamente.

—¡Yo no soy tremenda! —contestó Jo, indignada—. Beauty me siguió porque le dio la gana y gracias a ella, que se enroscó en todos aquellos hombres y…

Volvió a estallar en carcajadas. Dick se contagió. ¡Jo resultaba siempre muy graciosa cuando no podía contener sus risas!

Alfredo la zarandeó violentamente para hacerla callar.

—Dinos lo que sabes de esos hombres —ordenó—. ¿Van a salir de aquí? ¿Dónde están?

—¡Oh, los hombres! —contestó al fin Jo, secándose las lágrimas y reprimiendo su risa—. Están bien. Beauty les hizo volver al cuarto de la torre y yo los encerré allí. Espero que no hayan intentado bajar por la cuerda, pero apuesto a que no lo harán.

Bufflo soltó una buena risa:

—Lo hiciste bien, Jo. Tú y Beauty.

Tras esto dio una breve orden al hombre de goma y a Alfredo, los cuales fueron hacia el patio para vigilar que los hombres no escaparan por la cuerda.

—Creo que sería buena idea avisar ahora a la policía —propuso Terry-Kane, que se creía en un sueño extraordinario por el que desfilaban escalas de cuerda, látigos, cuchillos y serpientes—. Ese individuo, Pottersham, es peligroso. Es un traidor y hay que capturarlo antes de que revele los secretos de las investigaciones que él y yo realizábamos.

—Tiene razón —asintió Bufflo—. Tenemos también otro individuo encerrado en un carromato vacío.

—Pero ¿no se ha escapado? —preguntó Jo, sorprendida—. Yo creí que ese hombre llamado Pottersham que está ahora arriba en la torre era el mismo que habíamos encerrado en la feria.

—El que nosotros tenemos prisionero sigue encerrado —afirmó Bufflo enérgicamente.

—Entonces, ¿quién será? —preguntó Terry-Kane, extrañado.

—Pronto lo averiguaremos —manifestó Bufflo—. Vayamos allá. Es muy tarde. Vosotros, niños, tenéis que estar muertos de hambre. Alguien ha de ir a la policía y yo quiero volver al campamento.

—Alfredo y el hombre de goma vigilan la cuerda —dijo el señor Slither mientras acariciaba a Beauty—. No hace falta que los demás permanezcamos más tiempo aquí.

Bajaron la colina en un santiamén. Terry-Kane fue a informar a la comisaría de policía y a las que llamó vagamente «autoridades superiores».

Los cinco niños empezaron a pensar, hambrientos, en algo de comer y de beber. Tim corrió al río en cuanto llegaron al campo y se puso a beber, lleno de ansiedad.

—Vamos a ver si conocéis al individuo que tenemos encerrado en el carromato —dijo Bufflo—. Es la única pieza que no ajusta en este rompecabezas.

Abrió la puerta del carricoche y gritó fuertemente:

—¡Salga! Queremos saber quién es usted.

Mantuvo en alto la luz y el hombre que había dentro se asomó a

la puerta.

Un grito de admiración salió de la boca de los niños:

—¡Tío Quintín! —gritaron Julián, Dick y Ana.

_¡Papá! —exclamó Jorge—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Capítulo 23

Unos dias maravillosos

Hubo un minuto o dos de silencio. Todos estaban consternados. ¡Pensar que el padre de Jorge había sido encerrado de aquella manera! Desde luego fue una equivocación de Jo, al estar tan segura de que se trataba del señor Pottersham.

—Julián —dijo tío Quintín muy dignamente, pero también lleno de enfado—. Te ruego vayas en busca de la policía. Me encerraron en este carromato sin darme explicación alguna.

Bufflo empezó a sentirse avergonzado. Se volvió hacia Jo.

—¿Por qué no nos dijiste que era el padre de Jorge? —preguntó.

—No sabía que lo era —contestó Jo—. Nunca le había visto y creí de verdad que…

—No importa lo que tú creíste —interrumpió tío Quintín, mirando disgustado a la pequeña y flacucha gitanilla—. Insisto en que se vaya en busca de la policía.

—¡Tío Quintín! Estoy seguro de que todo fue un equívoco —intervino Julián—. De todos modos, el señor Terry-Kane ha ido ya a avisar a los policías.

Su tío se le quedó mirando, sin dar crédito a sus oídos.

—¿Terry-Kane? ¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido? ¿Lo habéis encontrado vosotros?

—Sí. Es una historia muy larga —explicó Julián—. Todo empezó cuando vimos aquella cara en la ventana. Se lo conté a tía Fanny, tío, y ella prometió explicártelo cuando regresaras de Londres. Pues bien, en efecto, era Terry-Kane el que estaba allí.

—También lo creí yo. Dije a vuestra tía que tenía el

presentimiento de que era él —contestó su tío—. Por eso vine aquí en cuanto pude. Pero vosotros no estabais. ¿Qué os había ocurrido?

—Bueno, eso forma parte de la historia —contestó Julián pacientemente—. Sin embargo, quisiera comer antes. Verdaderamente hemos estado a punto de morirnos de hambre. Desde ayer no hemos probado bocado.

Con esto se terminó la entrevista, de momento. La señora de Alfredo se ocupó de organizar la comida y pronto todos pudieron saciar su hambre con la magnífica cena ofrecida a los cinco niños hambrientos.

Se sentaron alrededor de una hoguera y se dedicaron a comer y a comer sin parar. La mujer de Alfredo vació prácticamente su despensa para saciarlos. Tim se vio rodeado de platos de sobras y de grandes huesos que le iban trayendo todos los miembros del campamento. Casi cada minuto salía alguien de la oscuridad con grandes fuentes de víveres para los niños y para Tim. Por último, ya no pudieron pasar un bocado más y entonces Julián se dispuso a contar todo lo acontecido en aquellas horas.

Era toda una historia. Dick intervenía a veces en la narración y Jorge añadía algún que otro detalle. Pero la que más interrumpía era Jo, aunque Tim no le iba a la zaga, sazonando la historia con sus ladridos expresivos. Únicamente Ana se mantuvo callada. Se había apoyado en su tío y estaba profundamente dormida.

—Nunca en mi vida he oído una aventura como ésta —exclamaba tío Quintín de cuando en cuando—. ¡Jamás! ¡Pensar que ese individuo, Pottersham, fuera capaz de raptar a Terry-Kane de tal manera! ¡Yo sabía que Terry-Kane era de los buenos, de los que nunca traicionan a su país! En cambio, Pottersham nunca me gustó. Bien. Continúa.

Los feriantes se interesaron tanto por la narración como el propio tío Quintín. Se acercaban cada vez más. Se interesaron especialmente por los episodios relativos a los pasadizos secretos, al cuarto escondido y a las escaleras de piedra.

Se emocionaron cuando oyeron cómo Bufflo hizo su aparición por la ventana de la torre y cómo arrebató el fusil de la mano de Pottersham con su látigo. Tío Quintín apartaba la cabeza y se indignaba al saber que Pottersham había amenazado con el fusil a

los niños.

—¡Qué espanto debió sentir ese individuo ante el latigazo de Bufflo! Me hubiera gustado verle. Bien, nunca oí una historia como ésta.

Luego fue Jo quien intervino. Su narración resultó aún más impresionante: cómo siguió los pasos de los cuatro hombres por los pasadizos y cómo les azuzó con la serpiente. Mientras lo contaba, volvía a escapársele la risa. Y pronto, todos a una, acabaron riéndose a carcajada limpia. Algunos de los niños se revolcaban por el suelo y las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Únicamente tío Quintín permanecía solemne y grave en este punto. Recordaba con horror cuando a él mismo le fue soltada la serpiente dentro del carromato para hacerle callar.

—Señor Slither, suelte usted a Beauty —pidió Jo—. Quiero que escuche esta parte de la historia. Se portó maravillosamente. Se divirtió de lo lindo y estoy segura de que se hubiera reído ella también si las serpientes fueran capaces de reír.

El pobre tío Quintín no se atrevió a objetar nada cuando el hombre de las serpientes puso en libertad a las dos boas. Éstas se vieron halagadas. Todo el mundo las acariciaba y ellas se sentían mimadas.

—Déjeme sostener a Beauty, señor Slither —pidió Jo. Y colocó en seguida a la serpiente como si fuera su bufanda.

Tío Quintín parecía marearse. Por su gusto se hubiera levantado para marcharse, pero temía despertar a su sobrina favorita, Ana, que tan dulcemente dormía apoyada en su hombro.

«¡Qué amistades más extrañas tiene Jorge! —pensaba—. Supongo que son buena gente en el fondo, pero todas estas historias de látigos, fusiles y serpientes son en realidad muy raras».

—Alguien viene por el campo —avisó Jo repentinamente—. Sí, es el señor Terry-Kane. Le acompañan tres policías.

Inmediatamente todos los feriantes se apartaron, desapareciendo en la oscuridad. Aunque sabían muy bien que la policía no venía por ellos, sino por el señor Pottersham y sus desagradables compinches, nunca les complacía el trato directo con la policía. Los tres voluminosos policías que subían con Terry-Kane por la colina eran visitas mal recibidas en la feria.

Tío Quintín se levantó tan pronto como vio a Terry-Kane. Lleno de alegría, corrió a su encuentro, le dio su mano y estrechó la suya tan violentamente que el pobre Terry-Kane quedó exhausto.

—¡Querido amigo! —iba diciendo tío Quintín—. Es maravilloso que te encuentres a salvo. Ya decía yo a todo el mundo que tú no eras un traidor, a todo el mundo se lo aseguraba. También fui a Londres a manifestarlo así. Me alegro de que estés libre y bien.

—Gracias a estos niños —contestó al fin Terry-Kane, que parecía muy cansado—. Supongo que habrás oído la extraña historia de mi cara en la ventana.

—Sí, es tan extraordinaria que no la creería de haberla leído en un libro —contestó tío Quintín—. Y, sin embargo, todo ha sucedido realmente. Querido amigo, debes de estar muy cansado.

—Lo estoy —confirmó Terry-Kane—, pero no pienso echarme a dormir hasta saber que esos individuos, Pottersham y sus cómplices, están a buen recaudo y bajo llave en la cárcel. ¿Te importa que te abandone ahora para volver al castillo? Tenemos que detenerlos ahora mismo. Vine para ver si alguno de los niños podría acompañarnos, pues tengo entendido que hemos de recorrer un verdadero laberinto de pasadizos, galerías, escaleras de caracol y Dios sabe cuánto más.

—Pero ¿no siguió usted mismo este camino cuando Pottersham le prendió y le encerró en aquella habitación? —preguntó sorprendido Dick.

—Sí, sin duda fuimos por aquel camino, efectivamente, pero yo llevaba los ojos vendados y estaba medio inconsciente a causa de una droga que me hicieron beber. No tengo idea del camino. Desde luego, Pottersham lo conoce palmo a palmo. Como sabréis, ha escrito libros sobre castillos antiguos y no hay nadie que conozca mejor sus secretos. No hay duda de que se aprovechó de estos conocimientos para secuestrarme.

—Yo iré con usted —se ofreció Jo—. Ya he recorrido cuatro veces los pasadizos. Me los sé de memoria. Los otros sólo fueron una vez.

—Sí, ve tú —aceptó Bufflo.

—Puedes llevarte a Tim —propuso Jorge, dando pruebas de una generosidad desacostumbrada, ya que, en general, nunca consentía

en que Tim fuera con Jo.

—Llévate una serpiente —sugirió Dick riendo.

—No pienso llevarme nada —contestó Jo—. Ya voy bien con tres robustos policías. Mientras no sea a mí a quien persigan, somos buenos amigos.

En realidad, no estaba muy contenta de ir con ellos, pero no podía evitar la pequeña fanfarronada de hacerse la valiente.

Se puso en camino con Terry-Kane y los tres policías, pavoneándose un poco y sintiéndose una auténtica heroína.

Los demás se dirigieron a sus carromatos, verdaderamente rendidos de cansancio. Tío Quintín se sentó a la hoguera, para esperar a Pottersham y a sus tres cómplices.

—Buenas noches —dijo Julián a las chicas—. Me gustaría esperar el regreso de la expedición con el hombre de goma y Alfredo, pero me caigo de sueño y, si sigo un minuto más, me quedaré dormido de pie. ¡Qué cena más estupenda nos han dado! —añadió.

—¡«Súper»! —confirmaron los demás—. Bien, hasta mañana.

Al día siguiente, todos durmieron hasta muy tarde. Jo había regresado mucho antes de que ellos despertaran. Estaba ansiosa de contarles cómo habían capturado a Pottersham y a los otros, cómo los habían llevado a la comisaría de policía, seguidos por ella todo el camino.

Pero el señor Alfredo no le permitió despertar a sus amigos.

De todos modos, no tardaron en despertarse y levantarse rápidamente, recordando las emociones vividas el día anterior.

Pronto bajaron los escalones de los dos carromatos, ansiosos por conocer las últimas noticias.

—¡Hola, papá! —gritó Jorge, viéndole allí cerca.

—¡Hola, tío Quintín! ¡Hola, Jo! —exclamaron los otros. Y pronto fueron informados detalladamente de los últimos acontecimientos por Jo, orgullosa de haber asistido hasta el final de todo.

—No opusieron resistencia —añadió ella—. Creo que Beauty les había quitado todas las ganas de pelea la noche anterior. Se entregaron sin decir una sola palabra.

—¡Oíd, niños! —gritó la mujer de Alfredo—. He preparado un pequeño desayuno para vosotros. ¿Queréis venir?

¡Ya lo creo que querían! Jo también fue, aunque ya se había desayunado antes. Tío Quintín se acercó asimismo, admirado de todo cuanto ocurría en el campamento. Bufflo hacía ejercicios con su lazo y su látigo. El hombre de goma pasaba su cuerpo entre los radios de las ruedas de su carromato una y otra vez. El señor Slither lavaba y pulía la piel de sus serpientes. Dacca bailaba zapateado sobre un tablado: «cric, cric, tap, tip, cric».

Alfredo se acercó con sus antorchas preparadas y sus cazuelas de metal para encenderlas.

—Voy a darle una representación gratuita —ofreció a tío Quintín—. Quiero que me vea tragar llamas. ¿Le gustará?

Tío Quintín se lo quedó mirando como viendo visiones.

—Es un tragallamas, tío —explicó Dick.

—¡Oh! ¡No, gracias, buen hombre! Prefiero no verle tragar llamas —reaccionó tío Quintín, contestando amable pero firmemente.

Alfredo se quedó disgustado. Había creído hacerle un gran favor obsequiándole con su arte y se fue cabizbajo, perseguido por su mujer, la cual le decía a gritos:

—¡Eres un tonto! ¡Nadie quiere verte tragar llamas! Eres tan estúpido como gordote. Ya estamos todos hartos con tus llamas.

Tío Quintín se la quedó mirando, asombrado por el arrebato inesperado de aquella mujercita.

«¡Qué sitio tan extraño! ¡Dios santo! ¡Qué clase de gente habita aquí! Todo es extraordinario en este lugar», pensó.

—Hoy vuelvo a casa, Jorge —manifestó de pronto—, ¿no queréis regresar todos conmigo? No me parece lugar a propósito para vosotros este sitio. ¡Suceden cosas tan raras!

—¡Oh, no, papá! —contestó Jorge, indignada—. ¿Volvernos a casa ahora que empezamos a sentirnos a gusto? Desde luego, no. Rotundamente no. Ninguno de nosotros quiere marcharse, ¿verdad, Julián?

Julián contestó firmemente:

—Jorge tiene razón, tío. Ahora es cuando empezamos a disfrutar de todo esto. Todos sentimos lo mismo, creo yo.

—Sí, sí —gritaron todos, mientras que Tim, agitando el rabo, soltó un potente ¡guau!

—Muy bien-aceptó tío Quintín levantándose. —Pues yo tengo que irme. He de tomar el autobús que va a la estación. Acompañadme.

Fueron con él hasta la carretera. El autobús de línea vino puntualmente y el tío Quintín se montó en él.

—¡Adiós! —dijo—. ¿Qué es lo que quieres que diga de tu parte a tu madre, Jorge? Ella espera que le cuente algo de vosotros cinco.

—Bien —contestaron todos—. Dile solamente que los cinco están pasando unos días maravillosos. ¡Adiós, tío Quintín, adiós!

Notas

[1] <<En los países anglosajones suele tenerse la errónea idea de que todos los españoles son morenos.